Bajamar

Por

Robert Louis Stevenson

Freeditorial

PRIMERA PARTE

El trío

Noche en la playa

En las islas del Pacífico, aquí y allá, hombres de diferentes pueblos europeos, de varia clase y condición social, desempeñan actividades de toda índole, y contagian enfermedades. Unos prosperan, otros vegetan. Los hay que han ascendido por las gradas de los tronos, que han llegado a poseer islas y compañías de navegación. Sin embargo, otros se casan para sobrevivir. Hay damas bien parecidas, de buen carácter y del color del chocolate, que los toman a su cargo y los mantienen en completa ociosidad. Vestidos como nativos, reposan bajo tejadillos de hoja de palma, apenas conservan algún elemento extranjero en los andares, en los gestos, tal vez incluso no se hayan desprendido de algún recuerdo del pasado (quizá un monóculo), de cuando fueran oficiales o caballeros; se dedican en general a entretener a un público de aborígenes con recuerdos de los music-halls. Los hay menos dóciles, con menos talento, con peor fortuna, acaso menos degradados, que incluso en estas islas de la abundancia siguen careciendo de pan que llevarse a la boca.

En las afueras de Papeete, en la playa, sentados bajo un purao, se hallaban tres hombres pertenecientes a esta última categoría.

Se había hecho tarde, hacía rato que la banda había desfilado sin dejar de tocar, mientras la seguía bailando un pintoresco grupo de hombres y mujeres, tenderos y oficiales de marina, cogidos ellas y ellos de las cinturas, coronados con guirnaldas. Ya hacía rato que la oscuridad y el silencio reinaban en todas las casas de esta frágil ciudad de paganos. Sólo brillaban las farolas, que dibujaban un halo como de luciérnaga entre las frondosas alamedas o sobre las aguas del puerto. Entre los montones de leña del embarcadero, junto a las oficinas del puerto, se escuchaba un ronquido. El viento lo llevaba a la orilla, donde las graciosas goletas, cuya obra muerta era como la de los veleros, estaban amarradas unas a otras como barquitas; los tripulantes dormían en cubierta, bajo las estrellas; o se apretujaban bajo unos deteriorados toldos, entre las mercancías.

Pero los que estaban bajo el purao no tenían intención de dormir. Cualquiera habría pensado que la temperatura era la normal en un verano en Inglaterra, pero era demasiado fría para los mares del sur. La muda naturaleza lo sabía, porque el aceite de coco se había helado en las botellas de todas y cada una de las muy ventiladas casas de la isla. Estos tres hombres también lo

sabían, porque tiritaban. Se abrigaban con unas prendas de algodón muy finas, en las que habían estado sudando a lo largo del día, en las que habían soportado el castigo de las lluvias tropicales; para completar la desgracia, no habían desayunado, no habían almorzado ni, por supuesto, habían cenado.

Como dicen en los mares del sur, estaban on the beach (en las últimas). Una desgracia similar había reunido aquí a estas tres criaturas, las más desdichadas de habla inglesa en Tahití. Ninguno sabía cómo se llamaban los otros dos, sólo sabían que los tres eran unos desgraciados. Haber caído tan bajo había sido el resultado de un largo proceso, durante el cual los nombres habían encogido hasta convertirse en apodos. Sin embargo, ninguno de ellos había tenido que comparecer ante un juez. Dos de ellos demostraban poseer buen carácter: uno de estos dos, sentado, tiritando bajo el purao, llevaba un deteriorado Virgilio en el bolsillo.

Seguro que si de este libro hubiera podido sacarse algún dinero, Robert Herrick habría sacrificado su última posesión hacía mucho tiempo; pero la demanda de literatura, muy elevada en algunos lugares de los mares del sur, no parecía que favoreciera las lenguas muertas; este Virgilio que no había podido canjear por una comida, sin embargo, le había servido para engañar el hambre. Tumbado en el suelo del viejo calabozo, con el cinturón apretado, buscaba en él los pasajes favoritos, pero hallaba tal vez otros pasajes que acaso no le parecerían tan buenos, porque les faltaba la consagración del recuerdo. A veces, cuando paseaba por el campo, se detenía, se sentaba a un lado del camino, contemplaba, sobre el horizonte del mar, los montes de Eimeo, y se zambullía en la Eneida para hacer la prueba de las sortes. Cuando el oráculo (como todos los oráculos) titubeaba y traía pronósticos desalentadores, por lo menos las imágenes de Inglaterra colmaban la memoria del exilio: la escuela tan llena, los verdes campos de juego, la ruidosa y perenne actividad de Londres, el hogar, los blancos cabellos de su padre. El destino de esos escritores clásicos, serios y circunspectos, con los que con frecuencia mantenemos una relación difícil y dolorosa en la escuela, es el de adquirir carta de naturaleza en nuestra sangre, y la de ser parte importante de nuestros recuerdos. Por ello, un verso de Virgilio apenas dice nada de Mantua o de Augusto, pero sí que habla de lugares ingleses, y de la abolida juventud de quien fue estudiante.

Robert Herrick era hijo de un hombre inteligente, enérgico y emprendedor, que tenía una modesta participación en una importante empresa de Londres. Se pusieron muchas esperanzas en el muchacho. Fue a un buen colegio, consiguió una beca para estudiar en Oxford; a su debido tiempo, concluyó los estudios en la universidad. A pesar de su talento y de su buen gusto (muy considerables), carecía de determinación y de madurez intelectual: se entretuvo en varias ramas del árbol de la ciencia, se interesó por la música y la

metafísica, cuando debía haberse aplicado al griego; en fin, se licenció sin pena ni gloria. En ese momento, la prestigiosa empresa de Londres quebró. Mr. Herrick tuvo que empezar de cero, como empleado, en otra compañía; Robert se vio obligado a renunciar a sus esperanzas, tuvo que agradecer que lo admitieran en la carrera que siempre había detestado y despreciado. No era bueno para las cuentas, no sentía ningún interés por la economía, detestaba los inconvenientes de los horarios de trabajo, despreciaba las metas y éxitos de los comerciantes. Desde luego, nunca había pensado en hacerse rico, sólo quería que le fueran moderadamente bien las cosas. Cualquier joven peor o más valiente habría luchado contra el destino, quizá habría probado suerte con las letras, o, incluso, habría preferido la milicia. Robert, más prudente, quizá más tímido, aceptó la forma de vida que le brindaba más oportunidades para ayudar a la familia. Lo hizo sin convicción, por ello quiso alejarse de sus antiguos compañeros; eligió, entre varias posibilidades, un empleo mediocre en una oficina de Nueva York.

Su vida profesional fue una concatenación de humillaciones. No bebía, era escrupulosamente honrado, se llevaba bien con los jefes, pero a pesar de todo lo despedían de todas partes. Como no le interesaba lo que hacía, no ponía ningún entusiasmo. Los días eran para él un rosario de asuntos inconclusos y mal hechos, a donde quiera que fuera, la fama de incompetente lo precedía. No hay nadie capaz de soportar el reproche de esa fama sin, al menos, ruborizarse un poco, porque ninguna otra ofensa contra el amor propio es tan hiriente; Herrick, que sabía cuál era su talento, su mérito, y que, además, desdeñaba los humildes empleos que le ofrecían, hallaba en el dolor un sufrimiento exquisito. Al principio de su decadencia había dejado de enviar dinero a casa, después, al no tener nada que comunicar, excepto su propia derrota, dejó de escribir. Un año antes de que comenzase esta historia, arrojado en medio de las calles de San Francisco, víctima de un vulgar pero colérico judío alemán, rompió los últimos lazos de su amor propio; un impulso repentino le hizo cambiarse de nombre, e invertir el último dólar en una huida en el bergantín correo Ciudad de Papeete. Herrick no sabía muy bien qué esperaba hallar en los mares del sur. Sí, podía hacerse una fortuna con el negocio de las perlas o la copra; por supuesto, otros, no con más talento que él, habían prosperado en el mundo de las islas, se habían convertido en reyes consortes o en ministros. Si Herrick hubiera ido allí con alguna finalidad bien definida, habría mantenido su apellido, pero el cambio de nombre hacía explícita su bancarrota moral. Había arriado la bandera, había perdido la esperanza de volver a ser el que fue, de poder ayudar a su empobrecida familia; decidió irse a las islas, donde sabía que lo aguardaban un clima suave, unas costumbres fáciles, una forma sencilla de ganarse la vida; se fue como quien huye de la batalla de la vida y de sus obligaciones. Se dijo que el fracaso era lo que le había tocado en suerte, por lo tanto había que dejar que fuese un fracaso agradable.

Por fortuna, decir «seré un fracasado» no es suficiente. La carrera de Herrick hacia el fracaso continuó en las islas; aun en un nuevo paisaje, con nombre nuevo, siguió sufriendo como antes. Obtuvo un nuevo empleo, lo echaron; pasó del sufrimiento de ser sustentado por los propietarios de los restaurantes a un tipo de caridad mucho más evidente, la que se ejerce junto a la cuneta. Con el paso del tiempo, disminuía la caridad: después de uno o dos rechazos, Herrick renunció a mendigar. Había muchas mujeres que habrían mantenido a alguien mucho más feo y peor, pero Herrick no llegó a conocerlas ni a saber nada de ellas; si las conoció, algún sentimiento de orgullo brotó de su interior, y hubiera preferido, en ese caso, morir de hambre. Empapado con las lluvias, asfixiado de calor durante el día, tiritando por las noches, su techo era el de una deteriorada prisión abandonada; mendigaba el alimento, o lo obtenía de las inmundicias que hurtaba de la basura; sus amigos eran dos desterrados como él. Éste era el vaso de la penitencia que había estado apurando durante meses. Demasiado bien conocía la experiencia de ser despedido, la de estallar con infantil rebeldía ante el infortunio, lo que significaba entrar en el coma de la desesperación. Había cambiado. Dejó de engañarse con cuentos de una suave decadencia, acaso grata, empezó a considerarse de forma diferente. Había aceptado que no podía ascender, la experiencia le había enseñado que no sabía resignarse a la caída. Algo que apenas podía calificarse de orgullo o vigor, que tal vez sólo fuese refinamiento, le impedía rendirse; en cualquier caso, a veces, contemplaba su desgracia con ira creciente, otras veces se admiraba de su propia paciencia.

Habían pasado cuatro meses, todavía no había ningún signo de que aquello fuese a cambiar. La luna, deslizándose entre nubes de diferentes tamaños, formas y densidad, algunas tan negras como la tinta, otras tan delicadas como la suave hierba, ofrecía su maravilloso brillo sureño sobre un paisaje que era al mismo tiempo detestable y encantador: las montañas de la isla siempre coronadas por estáticas nubes, la exuberante ciudad adornada de extrañas farolas, los mástiles del puerto, la delicada imagen del atolón, y el espigón del arrecife donde las grandes olas se desvanecían en blanca espuma. La luna brillaba con ráfagas destellantes sobre sus compañeros: sobre el robusto americano que se hacía llamar Brown, un oficial de marina a quien le habían ido mal las cosas; y sobre el empleado londinense de corta estatura, de ojos claros, sonrisa desdentada y mal corazón. ¡Menuda compañía la de Robert Herrick! Al menos el capitán yanqui era un hombre de veras: tenía excelentes cualidades de comprensión y decisión; era uno de esos hombres a los que no te avergonzaría darle la mano. Por el contrario, no había ninguna cualidad que pudiese destacarse del otro, que a veces se hacía llamar Hay, otras veces, Tomkins, y que se reía de esta discrepancia. Había sido dependiente en todas las tiendas de Papeete, porque tenía aptitud para ello, pero lo habían despedido de todas por su vileza; había conseguido ofender a sus antiguos jefes, con lo

cual éstos ahora lo trataban como si fuese un perro cuando lo veían en la calle, todos sus antiguos compañeros lo evitaban como si fuese un acreedor.

No hacía mucho tiempo que un barco de Perú había traído la gripe, que se había extendido por toda la isla, especialmente en Papeete. Desde el purao se oía el escalofriante sonido intermitente de hombres que tosían, que incluso se ahogaban al toser. Los aborígenes enfermos, que desconocían la fiebre, habían salido a rastras de las casas para refrescarse; tendidos en la orilla o en las canoas de la playa, esperaban dolorosamente a que llegase el nuevo día. Como se oía el canto de los gallos por las noches en todas y cada una de las granjas de la isla, así se oían estos accesos de tos; se escuchaba cómo se propagaban, cómo morían en la distancia y cómo renacían. Cada uno de estos enfermos imitaba a su compañero, es decir, se desgarraba durante unos minutos, víctima de un cruel ataque de tos que lo dejaba sin ánimo ni voz cuando había pasado. Si alguien no hubiera sabido dónde invertir su piedad, la playa de Papeete en esas frías noches y en esa estación insalubre habría sido un buen lugar para hacerlo. De todos los que sufrían esta enfermedad, quizá el menos digno de piedad, pero al mismo tiempo el más lamentable, era el empleado londinense. Estaba acostumbrado a otra forma de vida: a un hogar con camas, a los cuidados delicados que suele haber en la habitación de todo enfermo; sin embargo, ahora yacía allí, a la intemperie, expuesto a los vientos repentinos, y con el estómago vacío. Además se sentía muy débil, la enfermedad lo había destrozado; a sus compañeros los sorprendía su resistencia. Los invadía una profunda compasión, y hacía que por un momento desapareciese el odio que sentían hacia él. El asco que provocaba una enfermedad tan repulsiva hacía mayor el desagrado. A la vez, con idéntica fuerza contraria, el remordimiento por su falta de piedad los movía a ser más solícitos. Incluso ese diabólico carácter suyo hacía que sus compañeros se ofreciesen a ayudarlo con más afán, porque la idea de la muerte es la más insoportable cuando se aproxima a lo sensorial y egoísta. De vez en cuando, lo incorporaban entre los dos; entorpeciendo más que ayudando, le daban golpecitos entre los hombros; cuando el desdichado volvía a tumbarse, exhausto después de un ataque de tos, sus compañeros se le quedaban mirando, como si quisieran asegurarse de que seguía vivo. No hay nadie que no tenga, al menos, una virtud, la de este empleado era el valor; siempre se apresuraba a tranquilizarlos aunque no siempre de forma refinada.

—Estoy bien, chicos —dijo con voz entrecortada—, esto viene bien para fortalecer los músculos de la laringe.

—¡Como quiera! —exclamó el capitán.

—Estoy bien, me siento fuerte —continuó el enfermo con voz apagada—. Pero me parece realmente duro que deba ser el único que tome parte de este vicio, y que sea yo lo único que les divierta. ¿Qué tal si despiertan?, ¿qué tal si

me cuentan algo?

—El problema es que no tenemos nada que decir, muchacho —respondió el capitán.

—Si quieren, puedo contarles lo que estaba pensando —dijo Herrick.

—Lo que sea —dijo el empleado—; sólo quiero sentir que sigo vivo.

Herrick empezó a contar su parábola, tumbado boca abajo y hablando lentamente, como si le faltara el aliento; se notaba que no hablaba como alguien que tuviese ganas realmente de decir algo, sino que lo hacía más bien como si le faltara tiempo.

Empezó a hablar:

—En fin, estaba pensando en que estaba tumbado en la playa de Papeete una noche, brillaba la luna, soplaba el viento, los compañeros tosían; tenía frío, tenía hambre. Me sentía derrotado. Tenía unos noventa años, y llevaba unos doscientos veinte en Papeete. Estaba pensando en que desearía tener un anillo que frotar, o poder convocar un hada madrina, o, quizá, a Satanás. Intentaba recordar cómo se hacía. Sé que se hacía un círculo de calaveras, lo vi en Freischütz. Te quitabas el abrigo y te remangabas, vi a Formes hacerlo cuando interpretaba el papel de Kaspar, y te dabas cuenta, por la forma en que lo hacía, de que era una tarea que conocía bien. Tenías que tener a mano algo de donde saliera humo y un olor apestoso, supongo que valdrá un cigarro; después, tenías que decir el Padrenuestro al revés. Me preguntaba si yo podría hacerlo, porque parecía realmente una proeza, también me preguntaba si luego sabría decirlo bien, me dije que sí. Sí, en cuanto llegué a «por los siglos de los siglos», vi a un hombre que vestía un pariu, con una estera bajo el brazo; venía paseando por la playa desde la ciudad. Era un señor mayor con mal aspecto, estaba tullido, cojeaba y no dejaba de toser, al principio no me gustó, pero después sentí lástima por él, porque la tos demostraba que estaba enfermo de verdad. Entonces recordé que nosotros teníamos un jarabe para la tos que nos había dado el cónsul americano para Hay. A Hay no le había servido de nada, pero pensé que podría serle útil a aquel hombre, entonces me puse de pie. Saludé:

»—Yorana —dije.

»Me contestó: —Yorana.

»—Mira esto, tengo algo muy bueno para la tos en este frasco, ¿tú entender?, aquí, te daré una cucharada en la palma de la mano, porque el servicio de mesa lo tenemos en el banco.

—Dije esto para que se acercara, pero cuanto más se acercaba menos me gustaba. Pero ya me había comprometido, ¿no?

—¿Qué es toda esta tontería? —interrumpió el empleado—. Se parece a las sandeces de los sermones.

—Es un cuento. Solía contar cuentos a los niños en casa —dijo Herrick—, pero si le aburre, lo dejo.

—No, no, continúe. Siempre será mejor que nada —respondió algo irritado el enfermo.

—Bien —continuó Herrick—, apenas había terminado de darle el jarabe, cuando el tipo pareció enderezarse y cambiar de repente; entonces me di cuenta de que no debía de ser de Tahití, más bien parecía árabe, llevaba una barba muy larga.

»—El bien con el bien se paga —dijo—. Soy un genio de Las mil y una noches, esta estera que llevo bajo el brazo es la auténtica alfombra de Mohamed-Ben-como-se-llame. Pronuncia la palabra, y podrás viajar en esta alfombra.

»—¿Quiere decir que ésta es la auténtica alfombra mágica? —pregunté.

»—Usted lo ha dicho —respondió.

»—Se supone que ha aparecido por América desde la última vez que leí Las mil y una noches —comenté un tanto desconfiado.

»—Así es. He estado por todas partes. Con una alfombra como ésta no va a dejarse pudrir uno en su casita.

»Aquello me convenció.

»—Bien —dije—, ¿quiere decir que puedo subir a esta alfombra, e ir volando, por ejemplo, a Londres, Inglaterra?

—Dije a Londres, Inglaterra, capitán, porque él parecía haber pasado mucho tiempo en esa parte del planeta que usted tan bien conoce.

»Contestó:

»—En un abrir y cerrar de ojos.

»Quise calcular el tiempo.

—¿Cuál es la diferencia horaria entre Papeete y Londres, capitán?

—Tomando como punto de referencia Greenwich y el punto Venus, unas nueve horas y pico —respondió el capitán.

—Sí, eso es lo que yo pensaba —dijo Herrick—, unas nueve horas. Como esto ocurría a las tres de la mañana, calculé que podría estar en Londres alrededor del mediodía. Estaba emocionado con la sola idea de que pudiera ser verdad.

»—Sólo hay un problema —dije—, no tengo ni un centavo, y sería una pena llegar a Londres y no comprar la edición de la mañana del Standard.

«Contestó:

»—Veo que no conoce las ventajas de esta alfombra. ¿Ve este bolsillo? Sólo tiene que meter la mano, y la sacará llena de soberanos».

—¿Está hablando de esas monedas de veinte dólares? —preguntó con curiosidad el capitán.

—¡Justamente ésas! —exclamó Herrick—. Eran muy grandes, ahora recuerdo que tuve que ir a Charing Cross a cambiar el dinero por libras.

—¿Estuvo allí? —preguntó el empleado—. ¿Qué más hizo? Seguro que se tomó una copa de brandy.

—Pues bien, fue exactamente como dijo el viejo, en un abrir y cerrar de ojos —dijo Herrick—. Eran las tres de la madrugada, estaba en la playa; de repente era mediodía, y estaba ante la Golden Cross. Al principio, estaba deslumbrado y me tapé los ojos, no cambió nada. El sonido en Strand era muy parecido al de los arrecifes, escuchen, ¡a que oyen el ruido de los taxis, de los autobuses, el ruido del tráfico de las calles! Abrí los ojos, todo seguía igual, no había duda. Allí estaban las estatuas de la plaza, los monumentos, St. Martin's-in-the-fields, los policías, los gorriones, los coches de alquiler; no puedo explicar lo que sentí. Tenía ganas de echarme a llorar, supongo, de bailar, de saltar por encima de la columna de Nelson. Me sentía como una persona que hubiera estado atrapada en el infierno, y, de repente, apareciera en la parte más maravillosa del cielo. Después alquilé un cabriolé que tenía un caballo espléndido y veloz.

»—¡Le doy un chelín si consigue llegar en veinte minutos! —le dije al conductor. Iba bastante rápido, aunque, desde luego, no podía compararse con la alfombra; en diecinueve minutos y medio estábamos delante de la puerta.

—¿Qué puerta? —preguntó el capitán.

—La puerta de una casa que conozco —respondió Herrick.

—¡Seguro que era un bar! —exclamó el empleado, pero no lo dijo con estas palabras.

—¿Por qué no fue en la alfombra en lugar de ir traqueteando en un carruaje?

—No quería llamar la atención en una calle tan tranquila. Es de mala educación. Además, era un cabriolé —continuó el narrador.

—Bueno, y ¿qué más? —preguntó con curiosidad el capitán.

—Entré —respondió Herrick.

—¿Sus padres? —preguntó el capitán.

—Eso es —contestó, tenía una hierba en la boca.

—¡Me parece a mí que no es usted muy bueno para esto de inventarse cuentos! —replicó el empleado—. ¡Dios mío!, es como de la Asociación para la Defensa de la Infancia. Yo sí que podría contar un buen cuento sobre mi viajecito. Yo habría entrado y habría tomado una copa de brandy, para propiciar la buena suerte. Después me habría conseguido un buen abrigo de astracán, y, con mi bastón, me habría ido a presumir por Piccadilly. Después habría ido a un lujoso restaurante y habría pedido un plato de guisantes, una botella de champán, y unas buenas chuletas de cordero, ¡ah!, se me olvidaba, también habría pedido para empezar un plato de pescaditos fritos bien sazonados, también pediría una tarta de grosella, y una copa de esa representación del placer que viene en grandes botellas con un sello, ¡Benedictine!, ése es el nombre. Después iría al teatro, charlaría con los amigos, iría a salones de baile y a bares, no volvería a casa hasta por la mañana, hasta que empezase a amanecer. Al día siguiente, tomaría ensalada de berros, jamón, bollitos con mantequilla, ¡vaya que sí…!

Lo interrumpió un nuevo ataque de tos.

—Bueno, ahora les contaré lo que habría hecho yo —dijo el capitán—. Para empezar yo no me habría metido en uno de esos carruajes con jarcias de fantasía, de esos que se gobiernan desde las crucetas de mesana, habría escogido un sencillo carruaje, sencillo de proa a popa, con el registro de tonelaje más alto. Primero habría ido al mercado, habría comprado un pavo y un lechón. Después iría a una bodega, compraría una docena de botellas de champán y vino dulce, fuerte, espeso, algo parecido al oporto o al madeira, lo mejor de la tienda. Después iría a una tienda de juguetes, me gastaría unos veinte dólares en juguetes de diferentes clases para los niños. Después iría a la confitería, encargaría pasteles, tartas, pan dulce, y esa especie de bizcocho con ciruelas dentro. Después iría a un quiosco, compraría todos los periódicos, cuentos ilustrados para los niños, novelones para mi mujer, de ésas de cómo el conde se declara a Anna-Mariar, y sobre cómo Lady Maude se fuga del manicomio. Luego le diría al conductor que me llevase a casa.

—Y caramelos para los niños —sugirió Herrick—, a los niños les gustan mucho los caramelos.

—Sí, claro, caramelos para los niños, caramelos rojos —dijo el capitán—. Y esas cosas que tiras de ellas y hacen ruido, que tienen en el interior unas poesías cursis. Nos lo pasaríamos como si fuera una mezcla del día de Acción de Gracias más los regalos de Navidad. ¡Dios mío, cómo me gustaría ver a los

niños! Estoy seguro de que saldrían corriendo de casa en cuanto viesen que llegaba su padre. La pequeña Adar…

El capitán se calló de repente.

—¡Continúe! —dijo el empleado.

—Lo peor de todo es que ni siquiera sé si estarán muriéndose de hambre —gimió el capitán.

—En cualquier caso sí que sabe que no están peor que nosotros, eso es ya un consuelo —respondió el empleado—. ¡Desafío al diablo a que me empeore!

Pareció realmente que el diablo hubiera estado escuchándolo. La luz de la luna había estado durante un buen rato velada, y habían estado hablando prácticamente a oscuras. Pero ahora se oyó un gran ruido, que sonó francamente cerca; el atolón se puso blanco de repente; antes de que hubieran podido ponerse de pie, empezó a llover a cántaros sobre los náufragos. La fuerza y el volumen de la lluvia en estos lugares son realmente inconcebibles para quien no haya vivido en el trópico; se asfixia uno como si estuviera debajo de una ducha. Parecía que el mundo se viniera abajo entre la oscuridad y el agua.

Corrieron a tientas a resguardarse en el refugio de costumbre, que ya casi podría decirse que era su hogar: el viejo calabozo. Llegaron empapados a las vacías habitaciones, se tumbaron como tres despojos de humanidad sobre el frío suelo coralino, cuando pasó la tormenta se escuchaba en la oscuridad el castañeteo de dientes del empleado.

—Amigos —gimió—, por el amor de Dios, acérquense a darme algo de calor; si no, creo que me voy a morir.

Gatearon a la vez como una única masa mojada, se tumbaron junto a él hasta que amaneció, estuvieron tiritando y despertándose continuamente, sumidos en la desesperación por causa de la tos del desdichado empleado.

Amanecer en la playa: las tres cartas

Habían desaparecido las nubes, reapareció la luz tropical de Papeete; volvían a agitarse en medio del calor las grandes olas en los arrecifes, y las palmeras de la isla.

Un barco de guerra francés regresaba a su país, estaba en medio del puerto, parecía un hormiguero. Por la noche había entrado en el puerto una goleta, que

descansaba lejos de la isla, cerca del canal; había izado bandera amarilla, símbolo de epidemia. Desde la costa podía divisarse una larga hilera de canoas que encabezaban la marcha hacia el mercado, eran como un largo pañuelo al que policromaban la vestimenta de los aborígenes, y la fruta que transportaban. Pero ni la belleza ni el cálido saludo de la mañana, ni siquiera todo el movimiento del puerto que tan interesante era para los marineros, incluso para los más vagos, atraía la atención de estos vagabundos. Estaban helados hasta los huesos, tenían en la boca la amargura de la falta de sueño, caminaban sin dirección a causa del hambre, iban en fila por la playa como si fueran patos mareados, en un silencio descorazonador. Se dirigían a la ciudad, en la que brotaba humo de las chimeneas, donde los ciudadanos más afortunados estarían desayunando en esos momentos; mientras se dirigían a la ciudad, sus ojos hambrientos miraban a todas partes buscando, sencillamente, algo que comer.

Una pequeña y sucia goleta estaba plácidamente amarrada al muelle; bajo un pequeño toldo había cinco canacos que eran toda la tripulación, estaban en cuclillas alrededor de un cuenco lleno de plátanos fritos (feis), bebían café en unos tazones de metal.

—Ocho campanadas, ¡descanso para el desayuno! —gritó el capitán con alegría fingida—. Barco nuevo, primera actuación, seguro que lleno el teatro.

Se acercó a donde descansaba una tabla sobre la hierba del muelle; dio la espalda a la goleta, empezó a silbar esa divertida canción: «La lavandera irlandesa». La melodía llegó a los oídos de los marineros canacos, que se movieron al unísono: miraron todos al mismo tiempo desde donde estaban comiendo, se acercaron a gatas hasta el otro extremo del barco con los plátanos en la mano, masticando sin dejar de mirar. Al igual que un pobre oso pardo de los Pirineos baila por las calles de algunas ciudades inglesas bajo la batuta del amo, de la misma forma, pero con mucho más ánimo y precisión, el capitán marcaba el paso siguiendo el ritmo de su propia tonada, su larga sombra bailaba y lo precedía saltando alegremente sobre la hierba. Los canacos sonrieron ante la escena; Herrick miraba con ojos tristes, el hambre había vencido en esta ocasión su timidez, un poco más lejos, no mucho, el empleado seguía sufriendo bajo los efectos de la gripe.

El capitán se paró de repente, fingiendo ver a su auditorio por primera vez, se comportó como una persona sorprendida en su más completa intimidad.

—Hola —dijo.

Los canacos aplaudieron, le hicieron señales para que continuase.

—¡No, señores! —dijo el capitán—. No comida, no baile, ¿entender?

—¡Pobre hombre! —respondió uno de los tripulantes—. ¿No comer?

—¡Ya lo creo que no! —dijo el capitán—. Gustar comer. No tener comida.

—Ah. Mí tener —volvió a decir el marinero—, venir aquí. Aquí café, plátanos muchos. Compañeros venir también.

—Creo que podemos hacerles una visita, compañeros —dijo el capitán; sus compañeros y él cruzaron la tabla. Los recibieron a bordo incontables y amistosos apretones de manos; se les hizo sitio alrededor del cuenco; añadieron una botella de espesa melaza a la fiesta en honor de los visitantes, trajeron un acordeón del castillo de proa, y lo dejaron intencionadamente junto al artista.

—Ariana —dijo con suavidad, acariciando el instrumento al hablar; cogió un buen pedazo de sabroso plátano, se lo comió; después alzó el tazón de café, y, dirigiéndose al portavoz de la tripulación, dijo—: ¡Salud, buen amigo!, es usted el orgullo del Pacífico.

Con la desagradable gula de una jauría de perros engulleron toda la comida caliente, y bebieron el café; incluso el empleado, a quien le brillaban los ojos, pareció revivir. Vaciaron la cafetera y dejaron limpio el cuenco; los anfitriones, que habían atendido todas sus necesidades con amable hospitalidad polinesia, se apresuraron a ofrecerles como postre tabaco de la isla enrollado en hojas de pandáneo que servían de papel, se sentaron todos alrededor de los platos echando bocanadas de humo como si fueran jefes indios.

—La gente no sabe apreciar lo que es poder desayunar todos los días —comentó el empleado.

—Lo siguiente es almorzar —dijo Herrick, y después dijo apasionadamente—: ¡Cómo me gustaría ser canaco!

—Hay una cosa que está clara —dijo el capitán—, estoy al borde de la desesperación; tanto es así que preferiría colgarme antes que seguir pudriéndome aquí —diciendo esto, cogió el acordeón y entonó «Hogar, dulce hogar».

—¡No toque eso! —gritó Herrick—, no lo aguanto.

—Tampoco yo —contestó el capitán—, pero tengo que tocar algo, tengo que pagar mi parte, muchacho —cantó «John Browns Body», con delicada voz de barítono; después vino «Dandyjim of Carolina»; por último, «Rorin the Bold», «Swing low, Sweet Chariot» y «The beautiful Land». El capitán pagaba su parte con intereses, como ya había hecho en muchas otras ocasiones; más de una vez había canjeado por comida estas canciones que tanto gustaban a los melómanos aborígenes. Estaba cantando «Quince dólares en el bolsillo» con un entusiasmo que no justificaba la realidad, cuando de

repente notaron una rara reacción entre los tripulantes.

—Tapena Tom Harry my —dijo el cabecilla, señalando.

Los tres vagabundos, siguiendo su indicación, miraron y vieron la figura de un hombre que se acercaba aprisa en pantalón de pijama, con un jersey blanco; venía de la ciudad.

—Tapena Tom, ¿no? —preguntó el capitán dejando de tocar—. Me parece que no conozco a ese animal.

—Mejor nos largamos —dijo el empleado—. No me gusta.

—Bueno —dijo el músico con decisión—, no se sabe, en general. Voy a continuar. Puede que la música amanse al fiero Tapena, chicos. Puede que haya suerte, puede que consigamos un ponche helado en el camarote.

—¿Ponche helado? ¡Oh, Dios mío! —exclamó el empleado—, dedíquele algo, capitán, «Por el río Sewanee», pruebe con ésa.

—No, dijo el capitán, parece escocés —se puso a cantar «Auld Lang Syne».

El capitán Tom se acercaba con prisa indiferente; no percibieron ningún tipo de cambio en su barbuda cara cuando empezó a columpiarse en la tabla; ni siquiera miró al artista, que continuaba cantando:

Jugábamos los dos junto al río,

Desde la mañana a la noche.

El capitán traía un paquete bajo el brazo, lo dejó sobre la toldilla, y volviéndose de repente a los desconocidos vociferó:

—¡Eh, ustedes, ya está bien!

El empleado y Herrick se levantaron y echaron a correr por el madero. El artista, por su parte, dejó caer el instrumento, y se incorporó lentamente.

—¿Qué ha dicho? —preguntó—. No me importaría nada darle algunas lecciones de civismo.

—Deje de marearme con su cháchara —contestó el escocés—, o le enseñaré lo que es bueno. He oído hablar de ustedes tres, y puedo asegurarles que no van a durar mucho tiempo en este lugar. El gobierno no les pierde la pista. Los franceses saben cómo terminar de forma muy rápida con los vagabundos.

—¡Espere a que le encuentre fuera del barco! —gritó el capitán; volviéndose hacia la tripulación dijo—: ¡Hasta luego, amigos! Vosotros, al menos, sois unos caballeros. El peor negro de entre vosotros tendría mejor

aspecto en el puente de mando que este sucio escocés.

El capitán Tom ni siquiera se molestó en contestarle; observó con sonrisa irónica cómo se marchaban «los invitados»; tan pronto como el último pie estuvo fuera de la tabla, dio órdenes para que los marineros pusieran manos a la obra en el cargamento.

Los vagabundos se retiraban deshonrosamente derrotados por la playa. Herrick iba el primero, con la cara de color rojo encendido, con las piernas temblando por la ira histérica que sentía. A decir verdad, se tiró bajo el mismo purao donde habían estado tiritando la noche anterior y, gimiendo, hundió la cara en la arena.

—No me hablen, no me digan nada. No aguanto más —estalló de repente.

Los otros dos se quedaron mirándolo sorprendidos.

—¿Qué es lo que no aguanta? —preguntó el empleado—, ¿acaso no ha comido ya? Yo aún estoy relamiéndome.

Herrick, con la cara roja de ira, lo miró encolerizado y gritó:

—¡No sé mendigar! —Después de decir esto, volvió a tirarse boca abajo.

—Esto tiene que terminar —dijo el capitán respirando hondo.

—Sí, realmente tiene todo el aspecto de estar llegando a su fin, ¿no? —se rio con ironía el empleado.

—A él no le falta mucho para conseguirlo, y usted no se haga ilusiones —contestó el capitán. Luego ya, con una voz más afable, añadió—: Bien, esperen aquí, compañeros; voy a ver si puedo entrevistarme con mi representante.

Tras decir esto se dio la vuelta, y se dirigió hacia Papeete con sus andares de marinero.

Había pasado más de media hora cuando regresó. El empleado estaba echando una cabezada apoyado contra un árbol; Herrick todavía estaba echado en el sitio donde se había tirado; no se sabía si dormía o estaba despierto.

—¡Chicos! —gritó el capitán, con ese entusiasmo fingido que a veces resulta tan doloroso—, tengo otra idea.

Sacó papel, sobres franqueados y lapiceros, tres cosas de cada uno.

—Podemos enviar una carta a casa en el próximo barco correo. El cónsul me ha dado permiso para volver a la oficina y escribir las direcciones con tinta allí.

—Bueno, esto puede ser un buen comienzo —comentó el empleado—. La

verdad es que no había pensado en ello.

—Fue lo que hablamos anoche acerca de volver a casa lo que me hizo pensarlo —dijo el capitán.

—Bien, páselo —comentó el empleado—, probaré a ver. Se retiró hacia la sombra de una canoa.

Los otros dos se quedaron bajo el purao. Escribían dos o tres palabras, a ratos garabateaban; mordisqueaban el lapicero, se quedaban mirando el mar; otras veces miraban al empleado, que seguía apoyado en la canoa, miraba con gesto obsceno, tosía; veían cómo su lapicero se deslizaba con facilidad por el papel.

De repente Herrick dijo:

—No puedo, no tengo valor.

—Escuche —dijo el capitán hablando con seriedad poco habitual en él—, resulta muy difícil escribir, y sobre todo es difícil escribir mentiras, ¡bien lo sabe Dios!, pero es lo que hay que hacer. Tampoco cuesta tanto decir que está bien, contento, y que siente no poder mandar dinero en esta ocasión; si no lo hace, tendré que decirle lo que pienso de usted, y lo que pienso es que tiene usted la sensibilidad de un animal.

—Qué fácil es hablar —dijo Herrick—. Pero me parece que tampoco usted ha escrito demasiado a lo largo de su vida.

—¿Por quién me ha tomado? —estalló el capitán. La voz apenas era algo más que un susurro, pero había emoción en ella—. ¿Qué sabe de mí? Si hubiese dirigido el mejor bricbarca que haya surcado las aguas de Portland; si hubiese estado borracho en el camarote cuando el barco encalló en los rompientes de las Catorce Islas, y no hubiese tenido la inteligencia de permanecer allí y morir ahogado, sino que, en lugar de hacer eso, hubiese salido a cubierta, borracho, a dar órdenes estúpidas que fueran la causa de la muerte de seis personas, ¡entonces sí que podría entenderlo! —siguió hablando de forma más moderada—. Bonito cuento para un padre de familia, ya lo sabe. Cinco hombres y una mujer asesinados. Sí, había una mujer a bordo, no tenía que estar allí. Creo que la envié al infierno, si es que existe. No me atreví a volver a casa; mi esposa y los pequeños se fueron a Inglaterra, a casa de mi suegro. No sé qué habrá sido de ellos —añadió, con gesto de amargura; se encogió de hombros.

—Gracias, capitán —dijo Herrick—. Me gusta ahora más que nunca.

Se dieron un apretón de manos, breve pero intenso; evitaron mirarse, en sus corazones desbordaba la ternura.

—¡Venga chicos, a seguir mintiendo! —dijo el capitán.

—Creo que voy a dejar a mi padre, voy a probar con mi novia, para cambiar —respondió Herrick con una sonrisa forzada.

Escribió:

Emma:

He tachado el comienzo de la carta, era para mi padre, pero creo que me es más fácil escribirte a ti. Éste es mi último adiós a todos, será lo último que sepáis de un hijo y un amigo despreciable. He fracasado; estoy en la ruina, he destrozado mi vida, ahora incluso utilizo un seudónimo; tendrás que explicarle a mi padre todo esto con toda la delicadeza que te sea posible. Todo ha sido culpa mía. Sé que si hubiera tenido la oportunidad, habría triunfado, te juro que lo he intentado. No podría soportar que tú pensaras que no lo había hecho. Porque os quiero a todos, nunca debéis dudar de eso, tú menos que nadie. Siempre te he querido, pero ¿de qué me servía?, es más, ¿para qué sirvo yo? No he tenido la hombría de cualquier don nadie, no quise trabajar para merecerte; sé que te he perdido, pero, por tu bien, me alegro de ello. La primera vez que viniste a casa de mi padre, ¿lo recuerdas? Quiero que recuerdes lo mejor de mí, todas las virtudes que poseyera. ¿Recuerdas el día en que te cogí la mano, y la retuve entre las mías? ¿Recuerdas cuando mirábamos una barcaza en el puente de Battersea, y empecé a contarte uno de mis estúpidos cuentos para terminar diciendo que te quería? Aquello fue el principio, esto es el final. Cuando termines de leer esta carta, dales a todos un beso de despedida: a mi padre, a mi madre, a los niños, uno a uno, al pobre tío, y diles a todos que me olviden, e intenta olvidarme tú también. Cierra la puerta, no dejes entrar ningún recuerdo mío; olvida a este pobre fantasma que fingió ser un hombre, que robó tu amor. Al escribir, me tortura el desprecio que me tengo. Debo decirte que estoy bien y contento, que no necesito nada; no es que gane mucho, porque entonces se supone que debería mandar algo, pero estoy bien cuidado, tengo amigos, vivo en un bonito lugar con un clima estupendo, tal como habíamos soñado para nosotros dos; no es necesario, por tanto, que sintáis pena por mí. Sabes que en estos lugares es muy fácil vivir, incluso vivir bien, pero, al mismo tiempo, es difícil conseguir dinero. Explícaselo a mi padre, lo entenderá. No tengo nada más que decir, creo que soy como ese invitado que tarda en irse.

Que Dios te bendiga. Piensa en mí, por última vez, aquí, en una hermosa playa, con un cielo y un mar de deslumbrante color azul, con grandes olas que rompen sobre los arrecifes, donde hay una isla pequeña con verdes palmeras. Estoy bien, estoy sano. Es una forma mucho más placentera de morir que si todos vosotros estuvieseis en torno a mí en una cama de enfermo. Me muero. Este es mi beso de adiós. Perdóname y olvida a este pobre desgraciado.

Con lo escrito había llenado el papel. Le vinieron recuerdos de tardes al

piano, y de aquella canción, la obra maestra del amor, en la que tantos han encontrado la expresión de sus pensamientos más queridos. Escribió: «Einst, O Wunder». No necesitaba escribir nada más, sabía que su amada podría imaginarse la situación, con bellas imágenes y la adecuada armonía. Sabía que a lo largo de toda su vida el nombre de ella resonaría siempre en sus oídos; en cualquier sonido de la naturaleza escucharía el eco de su nombre, y cuando llegase la muerte, cuando yaciese sin vida, ese recuerdo seguiría en él, y estremecería todo su ser:

Una vez, ¡ah, qué maravilla!, una vez,

Entre las cenizas de mi corazón brotó una flor.

Herrick y el capitán terminaron las cartas más o menos al mismo tiempo; los dos respiraron profundamente, mientras cerraban los sobres, sus miradas se cruzaron.

—Siento haber escrito tanto —dijo el capitán bruscamente—. Cuando está uno inspirado, viene todo de golpe.

—Lo mismo me ha pasado a mí —continuó Herrick—, podría haber escrito una resma, una vez que empecé; pero, después de todo, demasiado larga es para lo que tenía que contar.

Estaban todavía poniendo las direcciones cuando se acercó el empleado, sonriendo y retorciendo su sobre como quien está satisfecho de lo que ha hecho. Miró por encima del hombro de Herrick y dijo:

—Vaya, no ha escrito a los suyos.

—Sí —contestó Herrick—, pero es que ella vive con mis padres…, ah, ya entiendo a qué se refiere —añadió—, mi verdadero nombre es Herrick, no Hay —ambos utilizaban el mismo apodo—, soy tan Hay como usted.

—Ha dado en el clavo —se rio el empleado—. Sí, me llamo Huish, por si quiere saberlo. Todo el mundo tiene dos nombres en el Pacífico. Apuesto lo que sea a que el capitán también los tiene.

—Sí, yo también —respondió el capitán—, nunca he dicho mi nombre desde el día en que arranqué la primera página del Bowditch, y la arrojé al mar. A ustedes sí se lo diré. Me llamo John Davis. Soy Davis, del Sea Ranger.

—¡Conque ése es usted! —dijo Huish—. ¿Qué clase de barco era?, ¿un pirata o un negrero?

—Era el bricbarca más rápido de todo Portland, Maine —contestó el capitán—, y por la forma en que lo perdí, podría decirse que perforé un agujero en uno de sus costados con un taladro.

—¿Así que lo perdió? —preguntó el oficial—. Pero, al menos, ¿estaría

asegurado?

No hubo respuesta a esta ocurrencia; Huish, rebosante de vanidad, con ganas de hablar, cambió de tema.

—Me dan tentaciones de leerles lo que he escrito. Cuando quiero, se me da muy bien lo de escribir, y me ha salido muy bien. Es para una camarera a la que conocí en Northampton; qué tía, qué estilazo, nos gustamos a la primera, como en una obra de teatro. Creo que me gasté cinco libras en ella. Resulta que me he acordado del nombre, y le he escrito. Le he contado que me he hecho rico, que me he casado con una reina de las islas, que vivimos en un sitio maravilloso. ¡Qué montón de mentiras! Voy a leerles el trozo de mi discurso de la apertura solemne del parlamento de los negros. Es realmente fantástico.

El capitán se puso en pie de un salto.

—¿Eso es lo que ha hecho con el papel que he mendigado para usted? —vociferó.

Fue una fortuna para Huish, aunque no para los demás, que en ese momento se viese nuevamente atormentado por otro ataque de tos; sus compañeros lo habrían abandonado si se hubiesen dejado llevar por su amargo resentimiento. Cuando se le pasó el ataque de tos, el empleado extendió la mano, recogió la carta, que se había caído, y la rompió en trocitos con sello y todo.

—¿Contento? —preguntó con gesto de enfado.

—No se hable más —contestó Davis.

El viejo calabozo: el destino a la puerta

El viejo calabozo, que tantas veces había acogido a los vagabundos, era como un pequeño patio rectangular situado en la esquina de una sombría avenida, en la parte occidental de la ciudad; miraba hacia el consulado británico. Había un patio interior cubierto de hierba y lleno de desperdicios, con signos evidentes de servir de vivienda a vagabundos. Daban al patio seis o siete celdas, y las puertas, que en alguna ocasión se habían cerrado para recluir a unos cuantos pescadores de ballenas alborotadores, se pudrían en el patio. No quedaba ninguna señal de cuál había sido su antigua función, excepto los barrotes oxidados de las ventanas.

El suelo de una de las celdas estaba algo más limpio; junto a la puerta, lleno de agua, había un cubo (el último mueble que les quedaba a estas tres

calamidades humanas); medio coco junto al cubo hacía funciones de vaso; entre los andrajos de una vieja estera dormía Huish: tenía la boca abierta, parecía un moribundo. El brillo del atardecer tropical y el verdor del luminoso follaje llegaban hasta este lugar a través de la puerta y la ventana. Herrick, que no dejaba de ir y venir por la habitación, a veces se paraba para refrescarse cara y cuello con el agua tibia del cubo. Sus anteriores sufrimientos, las noches en vela, los insultos de la mañana y la angustiosa tarea de escribir la carta le habían alterado los nervios hasta tal punto que ya confundía el dolor con el placer; el tiempo se reducía para él a un simple momento, y tanto la vida como la muerte le eran indiferentes. Se movía de un lado a otro como un animal enjaulado; su mente recorría febrilmente todo un universo de recuerdos y pensamientos; mientras caminaba, miraba todo lo que estaba escrito en la pared. Las enjalbegadas paredes estaban escritas hasta el último rincón: nombres de Tahití, pero también franceses e ingleses, y rudos bosquejos de barcos navegando, o bien hombres que se peleaban a puñetazos.

De repente, se le ocurrió que también él debía dejar en la pared algún recuerdo de su paso por allí. Se detuvo justo ante un espacio limpio que quedaba libre, sacó el lapicero, reflexionó. La vanidad, tan difícil de expulsar, se adueñó de él. Lo llamamos vanidad, aunque quizá sea injusto. Acaso fue el simple sentido de su existencia el que lo impulsó a hacerlo; tal vez fue el sentido de su vida, esa cosa tan maravillosa a la que él escasamente lograba aferrarse con los dedos. Sus nervios, a flor de piel, le advertían de que algo iba a cambiar, no sabía si para bien o para mal; un cambio… no sabía nada más, un cambio se aproximaba con ocultas intenciones, inescrutable. Junto con este sentimiento, tuvo una visión de una sala de conciertos, escuchó los delicados tonos de los instrumentos, se fijó en el silencioso auditorio, en el agradable sonido de la sinfonía. Pensó: «El destino llama a la puerta»; trazó un pentagrama sobre el yeso de la pared, y escribió esa famosa frase de la Quinta Sinfonía. «Así sabrán —pensó— que me gustaba la música, que tenía gustos clásicos». ¿Sabrán?, sabrá, supongo: ese desconocido y amable espíritu que vendrá algún día y leerá mi memor querela. ¡Ah, pero tendrá que saber latín! —siguió pensando—: «… terque quaterque beati, / quis ante ora patrum…».

Volvió otra vez al desasosegado paseo, pero ahora con la sensación irracional y reconfortante de haber hecho algo que debía hacer. Había cavado su propia tumba esa misma mañana, ahora acababa de grabar su epitafio; la mortaja estaba preparada; ¿por qué retrasar esa insignificancia que aún le quedaba por hacer? Se detuvo, se quedó mirando durante un buen rato la cara de Huish, se quedó absorto, empapándose de la decepción y la náusea de la existencia. Le dieron arcadas con sólo ver ese semblante mezquino. ¿Podía continuar así?, ¿qué lo ataba?, ¿no tenía ningún derecho?, ¿estaba obligado a seguir siempre sin descanso, sin respiro, aguantando lo inaguantable? Ich trage unertrdgliches, recordó la cita; repitió toda la pieza, una de las mejores obras

de uno de los mejores poetas. Le pareció como si la frase le hubiera dado un mazazo: Du, stolzes Herz, du hasl es ja gewollt. ¿Dónde estaba el orgullo de su corazón? Ardía en cólera contra sí mismo, como cuando una persona muerde con un diente dolorido, con la sensualidad pervertida del sarcasmo. Pensó: «No tengo orgullo, no tengo valor, no tengo hombría, ¿por qué entonces debo prolongar una vida más vergonzosa que estar en el patíbulo? ¿Por qué he tenido que caer en esto? Ni orgullo, ni voluntad, ni fuerza. ¡Ni siquiera soy un delincuente!, ¡aquí, muerto de hambre, con individuos peores que los propios delincuentes, con este miserable monstruo!». Desbordaba de ira contra su compañero, lo amenazó con el puño tembloroso.

De repente se oyeron unos pasos rápidos. Apareció el capitán en el umbral de la celda: colorado, jadeaba, su cara reflejaba una necia felicidad. Traía pan y cervezas, tenía los bolsillos de la chaqueta llenos de cigarros. Dejó todas estas joyas en el suelo, agarró a Herrick por las manos, gritó y se rio con entusiasmo.

—¡Abra la cerveza! —exclamó—, ¡abra la cerveza!, ¡gloria, gloria, aleluya!

—¿Cerveza? —repitió Huish intentando ponerse de pie.

—¡Sí, cerveza! —exclamó Davis—. Cerveza en abundancia. Para grandes y pequeños (como las píldoras Lyon), de la forma más sencilla y natural. ¿Quién sirve?

—¡Yo, yo mismo! —dijo el empleado. Rompió los cuellos de las botellas con un trozo de coral, se turnaron para beber.

—Tenga tabaco —dijo Davis—. Todo entra en la cuenta.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó Herrick.

El capitán se puso serio de repente.

—Ahora iba a eso —dijo—. Me gustaría hablar con Herrick. Usted, Hay o Huish, como se llame, coja tabaco y la otra botella, y vaya a ver cómo sopla el viento bajo el purao. ¡Lo llamaré cuando lo necesitemos!

—¿Secretos? Eso no está nada bien —dijo Huish.

—Mire, muchacho —dijo el capitán—, esto es un asunto importante, no queremos que se cometa ningún error. Si va a crear problemas, va a tener que arreglárselas por su cuenta, no hay nada más que hablar. Sólo debe tener una cosa clara: si Herrick y yo nos vamos, nos llevamos también la cerveza, ¿entender?

—No quiero entrometerme —respondió Huish—. Ya me voy. Denme la cerveza. Por lo que a mí respecta, pueden ustedes charlar hasta que se les

caigan las muelas. Lo único que digo es que no me parece de muy buena educación —salió a la luz del sol arrastrando los pies y refunfuñando. El capitán se quedó mirándolo hasta que salió del patio, después se volvió hacia Herrick.

—¿Qué pasa? —preguntó Herrick con confianza.

—Ahora le digo —dijo Davis—, quiero pedirle su opinión. Tenemos una oportunidad que no podemos desaprovechar. ¿Qué es eso? —preguntó, señalando el pentagrama de la pared.

—¿Qué? —dijo el otro—, ¡ah, eso! Música, es una frase de Beethoven que estaba escribiendo en la pared. Significa: «El destino llama a la puerta».

—¿De veras? —dijo el capitán pensativo; se acercó y analizó la inscripción.

—¿Y esto en francés? —preguntó señalando la inscripción latina.

—Eso simplemente quiere decir que habría sido más afortunado si hubiese muerto en casa —contestó con impaciencia Herrick—. ¿Cuál es ese asunto del que me quiere hablar?

Sin embargo el capitán seguía repitiendo: «El destino llama a la puerta»; al poco, volviéndose, añadió:

—Bien, Herrick, de eso justamente quiero hablar.

—¿Qué quiere decir? Explíquese —dijo Herrick.

Pero el capitán se quedó de nuevo mirando fijamente el pentagrama:

—¿Cuánto tiempo hace que escribió esto? —preguntó.

—Pero, bueno, ¿qué pasa? —exclamó Herrick—, pues, aproximadamente, media hora.

—¡Dios mío, qué extraño! —exclamó sorprendido Davis—. Se diría que es sólo una coincidencia, pero no creo que lo sea. Eso… —señaló con el grueso dedo el pentagrama—, eso es lo que yo llamo la Providencia.

—Bueno, ha dicho usted que habíamos tenido buena suerte, ¿no? —preguntó Herrick.

—¡Sí, señor! —dijo el capitán, se dio media vuelta y se quedó mirando a su compañero—. Eso he dicho. Si realmente es usted el hombre que creo que es, entonces me parece que sí hemos tenido suerte.

—No sé qué piensa de mí —respondió Herrick—. No creo que pueda tomarme por nada peor de lo que soy.

—Deme la mano, señor Herrick —dijo el capitán—. Creo que lo conozco.

Es un caballero y un hombre de espíritu. No quería hablar delante de ese vago, ahora sabrá por qué. A usted puedo contárselo: he conseguido un barco.

—¿Un barco? —exclamó Herrick—. ¿Qué barco?

—La goleta que vimos esta mañana en el canal.

—¿La goleta con la bandera de cuarentena?

—Eso es una urca —explicó Davis—. Yo hablo de la Farallone, ciento sesenta toneladas, de San Francisco a Sidney, con un cargamento de champán de California. El capitán, el piloto y la tripulación murieron de viruela, supongo que contrajeron la enfermedad en Pomotu. El capitán y el primer oficial eran los únicos blancos; los demás eran canacos: extraña tripulación para un puerto cristiano. Tres de ellos y el cocinero se marcharon, no sabían dónde estaban; a decir verdad, tampoco yo sé dónde habrán estado; Wiseman seguro que estaba borracho, si no, no se entiende que siguiera aquel rumbo. Sin embargo, allí estaba, muerto; los canacos era como si se hubieran perdido. Habían vagado por el mar como niños perdidos en el bosque, de repente se dieron de cabeza con Tahití. El cónsul se hizo cargo de ellos. Le ofreció el mando a Williams; Williams no ha tenido la viruela, le ha dado miedo. En ese momento entré yo a pedir papel para escribir; me di cuenta de que pasaba algo, me pareció muy extraño que el cónsul me pidiera que volviese, pero, como aún no sabía nada, no les conté nada para que no se hiciesen ilusiones. El cónsul había hablado también con M'Neil, pero también a éste le daba miedo lo de la viruela. Lo intentó después con Capirati, el corso, con Leblue, o como que se llame, no quisieron saber nada; amaban demasiado la vida. Finalmente, cuando ya no había nadie más a quien decírselo, me lo ofreció a mí:

»—Brown, ¿podría hacerse cargo del mando, y llevarlo hasta Sidney? —me preguntó. Le dije:

»—Déjeme elegir primer oficial y un marinero blanco, no me gustan las tripulaciones sólo de canacos; denos dos meses de anticipo para poder conseguir la ropa y otras cosas que tuvimos que empeñar; haré el inventario esta noche, llenaré de provisiones los almacenes; zarparemos mañana antes de que anochezca.

»Eso dije. El cónsul me contestó:

»—Está bien. Considérese muy afortunado, Brown —lo dijo de forma significativa».

—Eso es todo por ahora. Pondré a Huish a proa, pero le dejaré que haga vida a popa, por supuesto, usted será primer oficial a setenta y cinco dólares, dos meses de anticipo.

—¿Primer oficial? ¡Soy hombre de tierra! —exclamó sorprendido Herrick.

—Tendrá que aprender —contestó el capitán—. No habrá pensado que iba a largarme dejando que se pudriese en esta playa, ¿no? Yo no soy así, compañero. De todas formas, usted sabe hacer las cosas, puedo asegurarle que he tenido oficiales bastante peores.

—Sabe que no puedo rechazar esta oportunidad —dijo Herrick—. Bien sabe Dios que se lo agradezco de todo corazón.

—De acuerdo —dijo el capitán—. Pues no es eso todo —se dio la vuelta para encender otro cigarro.

—¿Hay algo más? —preguntó el otro un tanto alarmado.

—Ahora se lo cuento —dijo Davis haciendo una pausa—. Escuche —empezó a hablar mientras sujetaba el cigarro entre el índice y el pulgar—, piense en cuánto podemos ganar, ¿me sigue? Bien, recibimos dos meses de anticipo; no podemos marcharnos de Papeete, no nos dejarían los acreedores; nos va a llevar unos dos meses llegar a Sidney, cuando lleguemos allí, sólo quiero plantearlo con la mayor claridad, ¿qué habremos ganado?

—Al menos estaremos fuera de la playa —dijo Herrick.

—Espero que en Sidney también haya playa —contestó el capitán—, pero le diré una cosa, señor Herrick ¡no quiero; no, señor! No quiero ir a Sidney.

—Expliqúese —dijo Herrick.

—Está más claro que el agua —respondió el capitán—. Voy a quedarme con la goleta. No es tan raro, ocurre continuamente en el Pacífico. Stephens robó una goleta no hace mucho, ¿no? Hayes y Pease roban barcos sin parar. Seremos uno de tantos. Escuche, piense en el cargamento, ¡champán!, es muy sencillo, es como si lo hubieran hecho a propósito. Podríamos venderlo en el muelle una vez hubiéramos llegado a Perú, después venderíamos también la goleta, si es que hallamos a un tonto que quiera comprarla; después nos vamos hacia las minas. Si me apoya, me apuesto el cuello a que lo conseguimos.

—Capitán —dijo Herrick con voz temblorosa—, ¡no lo haga!

—Estoy desesperado —contestó Davis—. Tengo una oportunidad, puede que no vuelva a tener otra igual. Herrick, ayúdeme; me parece que ya hemos pasado bastante hambre como para rechazar esto.

—No puedo hacerlo. Lo siento, no puedo hacerlo. No he caído tan bajo como para hacer eso —dijo Herrick, que estaba pálido.

—¿Qué ha dicho esta mañana? —insistió Davis—. ¿Que no sabía mendigar? Una cosa o la otra, amigo.

—Sí, ¡pero eso significa la cárcel! —gritó Herrick—. No me tiente. Es la cárcel.

—Habrá oído lo que dijo el capitán ése a bordo de la goleta —continuó el capitán—. Lo que dijo es cierto. Los franceses nos han dejado en paz largo tiempo, pero no creo que sigan así mucho más; nos vigilan, tan seguro como que ahora mismo está vivo, dentro de tres semanas estará en la cárcel, haga lo que haga. Se le notaba al cónsul en la cara.

—Se olvida de algo, capitán —dijo el joven—. Hay otra posibilidad. Puedo morir; a decir verdad, es lo que debería haber hecho hace tres años.

El capitán se cruzó de brazos, se quedó mirando a su compañero:

—Sí —dijo—, sí, es cierto, puede cortarse el cuello; eso es bastante eficaz, ¡puede hacerle mucho bien!, y yo, ¿qué pinto en eso?

Se iluminó la cara de Herrick con una extraña alegría, dijo:

—Los dos, los dos juntos. No me creo que este asunto le guste de veras. Vamos —acercó con timidez la mano a su compañero—, unas cuantas brazadas en la laguna, ¡a descansar!

—Herrick, tengo que contestarle con una frase de la Biblia: «¡Apártate de mí, Satanás!». ¿Acaso piensa que voy a ahogarme, que voy a dejar que mis hijos se mueran de hambre? ¿Me pregunta si me gusta? No, por supuesto que no me gusta nada todo esto, pero tengo mucha tela que cortar, y le aseguro que voy a cortarla mientras pueda. Tengo tres hijos, dos chicos y una chica, Adar. El problema es que usted no es padre. Tengo que decirle que realmente lo quiero, Herrick —se irrumpió el capitán—, al principio no me gustaba nada, siempre tan refinado, educado, pero ahora lo quiero, soy sincero, estoy con usted, lucho junto con usted. No puedo echarme al mar sólo con ese vago, es imposible. Si se ahoga, perderé mi última oportunidad, la última oportunidad de un pobre animal que apenas puede conseguir un mendrugo de pan para alimentar a los suyos. No sé hacer otra cosa, sólo navegar, y ni siquiera tengo permiso para eso. Se presenta una oportunidad, y usted me da la espalda. ¡Bien se ve que no tiene usted familia, ése es el problema!

—Sí que tengo —contestó Herrick.

—Sí —dijo el capitán—, eso es lo que se cree. Nadie tiene realmente una familia hasta que no tiene hijos. En el fondo es lo único que cuenta. Hay algo especial en esos chavales…, no puedo hablar de ellos. Si pensara un poco en este padre que le está hablando, o en esa novia a la que escribió esta mañana, se sentiría como yo. Diría: «¿Qué me importan las leyes, Dios y todo lo demás?, los míos no tienen ni un centavo, no puedo ayudarles, tengo que conseguir pan, ¡qué demonios!, tengo que hacerles ricos aunque para ello

tenga que quemar Londres». Eso sería lo que diría. Le digo más, sé que en el fondo de su corazón está pensando eso ahora mismo. Lo leo en su cara. Está pensando: «No estoy ayudando a este pobre hombre con el que he compartido tantos sufrimientos, ni a esa chica de la que estoy enamorado; tengo una forma de amar que no me lleva muy lejos, no voy ni siquiera lo lejos que estaría dispuesto a ir cualquiera por un par de botellas de whisky». No es un amor muy romántico el suyo, no es como el de las canciones. No sé para qué hablo, si ya tiene todo decidido. Se lo pregunto por última vez: ¿Va a abandonarme cuando más lo necesito?, sabe que yo nunca lo habría abandonado a usted. ¿Va a darme la mano para probar suerte y poder volver a casa como un millonario? Diga que no y ¡que Dios se apiade de mí!; diga que sí y haré que mis hijos recen por usted de rodillas todas las noches. «¡Dios bendiga al señor Herrick!», eso es lo que dirán, uno tras otro; su madre está allí a los pies de la cama, esperando a ver qué pasa, los pobrecitos niños… —De repente prorrumpió en sollozos—. No me gusta hablar así de los niños, pero cuando lo hago, hay algo en mí que…

—Capitán —dijo Herrick con un susurro—, ¿tiene algo más que decir?

—Sí, quiero predecir algo —añadió el capitán tras recobrar la fuerza—. Rechace esto, por un prurito de honradez, pero antes de un mes estará en la cárcel por ratero. Se lo aseguro. Va usted cuesta abajo, Herrick. Si rechaza esta oportunidad, no crea que va a poder seguir haciéndose el apóstol, no le queda nada: antes de que se dé cuenta, estará al otro lado. Entonces, a Caledonia. Seguro que no ha estado allí, no conoce a esos blancos, tan bien afeitados, con sus guardapolvos, sus sombreros de paja, paseando a la luz de las farolas en Noumea; parecen lobos, sacerdotes, le pondrán enfermo. Huish es un corderito comparado con el mejor de ellos. Ésa será su compañía. Lo esperan, Herrick, usted irá con ellos, ésa es la profecía.

Al decir esto su alto cuerpo tembló de arriba abajo, parecía alguien que hubiera transmitido un oráculo por mandato divino. Herrick lo miraba; apartó la vista, no le parecía de buena educación quedarse mirando a alguien en tal estado de nerviosismo; el valor del joven se esfumó. De repente empezó a hablar:

—Habla de ir a casa —dijo—, pero sabe de sobra que nunca podremos hacer eso.

—Sí que podemos —dijo el otro—. No podrá volver el capitán Brown ni el señor Hay, el primer oficial. Pero, hombre de Dios, ¿qué tienen que ver ellos con el capitán Davis o con el señor Herrick?

—Pero Hayes al menos tenía esas islas desconocidas adonde acostumbraba ir —ésa fue la siguiente pero ya cada vez más débil objeción.

—Tenemos las islas de Perú —replicó Davis—. Fueron lo suficientemente desconocidas para Stephens, apenas hace un año. Me imagino que también valdrán para nosotros.

—¿La tripulación?

—Los canacos. Veo que está de acuerdo, compañero, veo que se ha decidido —el capitán, una vez más, le tendió la mano.

—Como usted quiera, entonces —dijo Herrick—, lo haré. No es cosa que uno pudiera pensar que iba a hacer el hijo de mi padre, pero lo haré. Para bien o para mal, estoy con usted.

—¡Dios lo bendiga! —exclamó el capitán, se quedó callado—. Herrick —añadió con una sonrisa—, ¡creo que me habría muerto aquí mismo si me hubiera dicho que no!

Herrick, mirando a su compañero, quiso creerlo.

—Habrá que decírselo al vago de Huish —dijo Davis.

—Me pregunto cómo se lo tomará —dijo Herrick.

—¡No dejará pasar la oportunidad! —Fue la respuesta.

Bandera amarilla

La goleta Farallone permanecía en medio de la embocadura del canal, hacia donde el aterrado piloto se había dirigido a toda prisa para amarrarla y escapar cuanto antes. Desde la playa, al otro lado de la fina línea de barcos, se veían dos objetos que destacaban nítidamente contra el fondo del mar: a un lado, la isla con sus palmeras y los cañones y baterías que se habían utilizado cuarenta años antes para defender la capital de la reina Pomare; al otro, la proscrita Farallone, detenida a la entrada del puerto, inclinada sobre los imbornales, con la bandera de epidemia izada. Algunas aves marinas chillaban sobre el barco; cerca de la costa, en una patrullera, destellaban las armas de los infantes de marina. La exuberante luz del día y el deslumbrante cielo de los trópicos resaltaban y enmarcaban el paisaje.

Una bonita barca tripulada por nativos vestidos de uniforme, con el médico del puerto al mando, partió de la orilla aproximadamente a las tres de la tarde, y puso rumbo a la goleta. Sobre las escotas de trinquete se amontonaban sacos de harina, de cebollas, de patatas; entre los sacos estaba Huish, vestido de marinero; estorbaban a los remeros los muchos cofres y cajas que allí había; a popa, a la izquierda del médico, estaba sentado Herrick, vestido con un

aparejo nuevo de marinero, con su barba de color castaño terminada en punta; en su regazo había un montón de novelas; a sus pies había un cronómetro, iban a cambiarlo por el de la Farallone, que no tenía cuerda ni manecillas. Cruzaron ante el patrullero, saludaron al ayudante del contramaestre de servicio. Cada vez estaban más cerca del barco en cuarentena. No se movía ni un gato, ni se oía hablar a nadie; al haber oleaje, y al estar cerca de los rompientes, el ruido de las olas parecía propiamente el sonido de una batalla.

—Ohé lá goëlette! —gritó el médico, lo mejor que pudo, con voz cantarina. Al momento, de la camareta, donde se estibaban las provisiones, salió Davis, tras él apareció la sucia tripulación de tez morena.

—Hola, Hay, ¿es usted? —dijo el capitán, apoyándose en la barandilla—, dígale que la arrime al costado, con cuidado, es frágil como una docena de huevos. Hay demasiado oleaje, y su barca es muy delicada.

El movimiento de la goleta en ese instante era más que violento. Subía casi hasta la altura de un transatlántico, y se llegó a ver incluso un destello de cobre, luego se venció del lado de la barca hasta que los imbornales comenzaron a borbotear.

—Espero que tengan buenas condiciones marineras —comentó el médico —, van a hacerles falta.

De hecho, para subir a la Farallone en la posición ya descrita, se necesitaba mucha pericia. La mercancía de menos valor se subió sin miramientos; el cronómetro, tras varios intentos, se subió pasándolo de mano en mano con mucho cuidado; sólo faltaba lo más difícil de embarcar: Huish. Incluso ese peso muerto (contratado por dieciocho dólares, descrito por el capitán al cónsul como un inestimable marinero preferente) fue finalmente arrastrado a bordo sin ningún contratiempo; el médico, tras saludar muy educadamente, se despidió.

Los tres confederados se miraron unos a otros; Davis respiró aliviado.

—Vamos a colocar el cronómetro —dijo, y se encaminó hacia la camareta. Era un lugar bastante espacioso, con dos camarotes, y una gran despensa que daba paso al camarote principal. Los mamparos estaban pintados de blanco, el suelo cubierto con un hule. No había basura, ni había señales de vida. Las pertenencias de los fallecidos las habían desinfectado y las habían llevado a tierra. Lo único que había era un plato, encima de la mesa, en el que se quemaba azufre, el humo que despedía les hizo toser al entrar.

El capitán miró con detenimiento el camarote de estribor, donde aún había ropa de cama en una de las literas, la manta estaba echada hacia atrás, la habían retirado antes de sacar el desfigurado cadáver para enterrarlo.

—¡Les dije a esos negros que tirasen toda esta basura por la borda! —Gruñó Davis—. Me imagino que les habrá dado miedo tocar todo esto. Al menos han limpiado el lugar todo lo que han podido. ¡Huish, encárguese de las mantas!

—Que se lo ha creído —dijo Huish, retirándose.

—¿Cómo? —contestó airado el capitán—. Le diré una cosa, muchacho, está cometiendo un error. El capitán soy yo.

—Fíjese lo que me importa —contestó el empleado.

—Ah, ¿sí? —dijo Davis—. ¡Entonces se alojará a proa con los negros! ¡Salga ahora mismo del camarote!

—Vamos, ¿es que se cree que me he caído de un guindo? Una broma es una broma —dijo Huish.

—Voy a explicarle cómo va esto, se dará cuenta al momento de que no hay broma que valga —dijo Davis—. El capitán soy yo, y voy a serlo hasta el final. Tiene tres opciones: se queda de ayudante de cámara, y en ese caso podrá quedarse aquí; dos, puede rechazarlo, y lo mando a proa, en un abrir y cerrar de ojos; tercera y última, mando aviso al patrullero y lo hago arrestar por amotinarse.

—Se piensa que yo no descubriría el pastel, ¿verdad que no? —contestó Huish burlándose.

—¿Quién lo creería, muchacho? —preguntó el capitán—. No, señor, se acabaron las bromas con el capitán. Ya se ha hablado bastante. ¡Recoja las mantas!

Huish no era tonto, sabía cuándo había perdido; tampoco era cobarde, de forma que se acercó a la litera, cogió la ropa infectada entre los brazos y la sacó de la camareta sin un solo movimiento de temor.

—Estaba esperando esta oportunidad —le dijo Davis a Herrick—. Con usted no necesito portarme así, sabe cómo son estas cosas.

—¿Va a dormir aquí? —preguntó Herrick, siguiendo al capitán hacia el camarote, donde éste empezó a colocar el cronómetro en su sitio, es decir, a la cabecera de la cama.

—¡No mucho! —contestó el capitán—. Me imagino que dormiré en cubierta. No sé si realmente estoy asustado, pero no tengo ganas de enfermar de viruela.

—Tampoco yo sé si estoy realmente asustado —dijo Herrick—. Pero tengo atravesado en la garganta el recuerdo de estos dos hombres; el capitán y el oficial, muertos aquí, uno enfrente del otro. Es realmente horrible. Me

pregunto qué sería lo último que se dijeron.

—¿Wiseman y Wishart? —dijo el capitán—. Probablemente estupideces. Es la clase de cosa que uno se piensa de una forma, y en la realidad es muy diferente. A lo mejor Wiseman dijo: «Eh, buen hombre, acérqueme la ginebra, estoy fastidiado». Quizá Wishart contestó: «¡Al infierno!».

—Pues bastante macabro, ¿no? —dijo Herrick.

—Ya lo creo —dijo Davis—. Este cronómetro ya está colocado. Podemos levar el ancla y largarnos.

Encendió un cigarro y salió a cubierta.

—¡Eh, tú!, ¿cómo te llamas? —gritó a uno de los tripulantes; a un tipo enjuto, pero bien formado, de alguna remota isla oriental, con una piel tan oscura que parecía africano.

—Sally Day —contestó el hombre.

—¡Vaya! —dijo el capitán—. No sabía que hubiera mujeres a bordo. Bien, Sally, compláceme arriando ese harapo de allí. Yo haré lo mismo por ti en otra ocasión —observó cómo se arriaba la amarilla lanilla ante las crucetas, y cómo llegaba a cubierta—. No volverá a ondear nunca más en este barco —dijo—. Reúna a todos, Mr. Hay —añadió, hablando de forma innecesariamente alta—, tengo algo que decirles.

Herrick notó una rara sensación al dirigirse por primera vez a una tripulación. Dio gracias al cielo de que fuesen nativos. Pero pensaba que, aunque fuesen nativos, pronto se darían cuenta de que era un principiante; notarían cualquier error en ese inglés tan preciso y cotidiano que se utilizaba a bordo; era muy probable que sólo conociesen ese inglés; se estrujaba el cerebro intentando recordar novelas que hubiera leído sobre el mar para buscar palabras apropiadas. Finalmente dijo:

—¡Eh, muchachos, todos a popa!

Se agruparon todos en el pasillo como corderos.

—¡Aquí los tiene, señor! —dijo Herrick.

Durante un rato, el capitán siguió de espaldas a proa; de repente dio media vuelta con gran violencia; parecía incluso divertirse al verlos temblar.

Empezó a hablar, retorciendo el cigarro en la boca, y jugando con las cabillas de la rueda:

—Bueno, soy el capitán Brown. Estoy al mando de este barco. Este es Mr. Hay, primer oficial. El otro hombre blanco es el auxiliar de cabina, pero hará las guardias, como debe ser. Mis órdenes hay que obedecerlas al momento.

¿Entender? Al momento. No quiero quejas por el kaikai (rancho), es mucho más de lo normal. Los nombres de los oficiales siempre con la señal de respeto, cada orden mía se contestará con un «sí, señor». Si sois inteligentes y rápidos, haré que la estancia en el barco sea lo más cómoda posible para toda la tripulación —se quitó el cigarro de la boca—. Si no lo sois —prosiguió con voz ronca—, haré que sea horrible. Ahora, señor Hay, si le parece, formaremos las guardias.

—De acuerdo —contestó Herrick.

—Haga el favor de decir «señor» siempre que me hable, Mr. Hay —dijo el capitán—. Yo me llevaré a la señora. A estribor, Sally —susurró al oído de Herrick—: quédese con el anciano.

—Tú te vienes conmigo —dijo Herrick.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el capitán—. ¿Cómo…? Eso no es inglés; no voy a consentir nombres raros en mi barco. Te llamaremos Calvete, porque no tienes pelo justamente en ese lugar donde se supone que debe crecer. A babor, Calvete. ¿No has oído que Mr. Hay te ha escogido? Yo me quedo con el blanco. ¡Eh, blanco, a estribor! Vamos a ver, ¿quién es el cocinero? ¿Tú? Entonces que Mr. Hay se lleve a tu amigo del mono azul. ¡A babor, Mono Azul! Así ya nos conocemos todos: Mono Azul, Calvete, Sally Day, Blanco y Cocinero. Aristócratas de Virginia, ¿no? Ahora, Mr. Hay, si le parece bien, levaremos anclas.

—Por el amor de Dios, dígame qué tengo que decir —susurró Herrick.

Una hora más tarde, la Farallone navegaba a toda vela, todo a babor; el alegre sonido metálico del cabrestante había acompañado al ancla en su ascenso.

—¡Todo bien, señor! —gritó Herrick desde proa.

El capitán aguantó en la rueda la sacudida (como un ciervo que se despertara de repente) del barco que temblaba y se agitaba con el viento. El patrullero se despidió, la estela palideció y desapareció; la Farallones se hizo a la mar.

Había estado amarrada cerca del paso. Avanzaba lentamente, y Davis la hizo virar por el canal que pasaba entre los diques del arrecife, las grandes olas no dejaban de sonar y de blanquear con su espuma a ambos lados. A través de esa estrecha banda de agua azul, la goleta se encaminó mar adentro; el corazón del capitán saltaba de gozo al sentir cómo la embarcación se movía bajo sus pies; al mirar hacia atrás, por encima de la borda, veía cómo los tejados de Papeete parecían cambiar de forma en la orilla, las montañas de la isla se veían cada vez más elevadas detrás de la estela.

Pero aún no habían terminado con la costa ni con el horror de la bandera de cuarentena. Cuando se hallaban en medio del canal, se oyó un grito, alguien echó a correr; uno de los hombres saltó por la borda, levantó los brazos por encima de la cabeza, describió una curva en el aire y se zambulló en el mar.

—Mantenga el rumbo —exclamó el capitán, dejando en manos de Huish la rueda del timón.

En un momento estuvo en medio de los canacos con una cabilla en la mano.

—¿Alguien más quiere tirarse? —gritó, y el salvaje bramido de su voz, no menos que el arma que llevaba en la mano, llenó de miedo a todos. Todos miraron estúpidamente al compañero que se había tirado, cuya negra cabeza aún podía verse por encima del agua, dirigiéndose a tierra. La goleta, entre tanto, seguía deslizándose aprisa a través del canal; la mar abierta la recibió con una rociada de espuma.

—¡Qué necio he sido por no haber tenido una pistola a mano! —exclamó Davis—. Navegamos con pocos marineros, y ahora ya no podemos hacer nada. Su guardia ha quedado reducida, Mr. Hay.

—No sé cómo vamos a seguir —dijo Herrick.

—Tenemos que hacerlo —respondió el capitán—. No quiero saber nada más de Tahití.

Los dos se dieron la vuelta a la vez y miraron hacia popa. La isla parecía extenderse entre la cumbre de una montaña y otra; Eimeo, a babor, dejaba ver su resquebrajada cumbre; la goleta seguía abriéndose paso aprisa hacia el mar.

—¡Piense en que ayer por la mañana —exclamó el capitán, haciendo una mueca— tuve que bailar como un perrito para poder desayunar!

El cargamento de champán

Por la posición de la proa, el barco dejaba Eimeo al norte; el capitán estaba sentado en el camarote con un mapa, una regla y un manual de navegación.

—Es nordeste —dijo, dejando por un momento lo que estaba haciendo—. Mr. Hay, tendrá que hacer navegación de estima con todo cuidado; cada yarda que avance, quiero saber si se desvía, aunque sea el ancho de un pelo. Iré derecho a las Pomotu, pero eso es arriesgado. Si los alisios siguen del este, como deben, creo que quedaremos a media cuarta del rumbo marcado. Una cuarta todo lo más. Es decir, a barlovento de Fakarava. Dejaremos atrás este

salpicón de islas, llegaremos a un lugar despejado, ¿lo ve?, —le mostró exactamente el lugar donde la regla formaba una intersección con el amplio laberinto del Archipiélago Peligroso—. Me gustaría que fuese ya de noche, para poder virar; estamos perdiendo tiempo, si seguimos hacia el este, nos alejamos del destino. Bueno, haremos lo que podamos. Si acaso no llegamos a Perú, llegaremos a Ecuador. Da igual, supongo. Unos dólares menos, pero sin preguntas. Menuda institución, la de los señores de América del Sur.

Tahití ya había quedado a popa, surgía la cumbre del monte Diademe entre las escarpadas montañas. Eimeo parecía hallarse junto a la borda, negro y extraño en la dorada y espléndida luz de poniente; el capitán dijo adiós a las dos islas; echaron la corredera.

Unos veinte minutos después, Sally Day, que cada dos por tres dejaba la rueda del timón para mirar el reloj del camarote, anunció con voz aguda: «Cuatro campanadas», el cocinero salió para llevar la comida al camarote.

—Creo que voy a sentarme a tomar algo con usted —le dijo Davis a Herrick—. Cuando haya terminado, será de noche, la urca ésta ya habrá cogido el viento de América del Sur.

En la mesa del camarote, justo debajo de la lámpara, estaba sentado Huish, a sotavento de una botella de champán.

—¿Qué es eso?, ¿de dónde lo ha sacado? —preguntó el capitán.

—Es champán, y para su información le diré que lo he sacado de la bodega —contestó Huish apurando el vaso.

—Eso no se hace —exclamó Davis, instintiva e incongruentemente horrorizado al ver que había cogido algo del cargamento, sin pararse a pensar que habían robado el barco entero—. Trae muy mala suerte.

—¡Infeliz! —dijo Huish—. Cualquiera diría, si le oyeran, que somos honrados. Escúcheme, usted me ha asignado este trabajo amablemente, ¿no es así? Tengo que salir a cubierta a trabajar mientras ustedes se sientan y zampan todo lo que quieren; a mí me ponen un apodo, pero tengo que dirigirme a ustedes diciendo «señor». Así que, amigo, o puedo tomar todo el champán que me dé la gana, o no hay trato. Se lo digo de veras. Sabe perfectamente que ahora no hay buque de guerra al que hacer señales.

Davis estaba asombrado.

—Daría ahora mismo cincuenta dólares para que esto no hubiera ocurrido —dijo con voz apagada.

—Pues sí que ha ocurrido, ya ve —contestó Huish—. Pruebe un poco. Está buenísimo.

Cruzaron el Rubicón sin más problemas. El capitán llenó un vaso y bebió.

—Preferiría que fuese cerveza —suspiró—. Pero no cabe duda de que es champán auténtico; además, nos ha salido muy barato. Ahora, Huish, lárguese y póngase otra vez al timón.

El miserable sabía que esta vez había ganado, estaba contento.

—Sí, sí, señor —dijo, y les dejó que comiesen.

—¡Guisantes! —exclamó el capitán—. La verdad, jamás pensé que volvería a probarlos.

Herrick seguía sentado inmóvil y callado. Era imposible, después de tantos meses de ayuno, no oler estos apetitosos alimentos sin, al menos, algo de ansia; la boca se le hacía agua con sólo ver el champán. Pero también era imposible, tras haber asistido a la escena entre el capitán y Huish, no darse cuenta, bruscamente, del abismo en el que había caído. Era un ladrón más entre ladrones. Se lo dijo a sí mismo. No pudo probar la sopa. Si hubiera tenido que moverse, habría abandonado la mesa, se habría tirado por la borda, y habría muerto ahogado, como un hombre honrado.

—Eh, parece como si estuviera enfermo —dijo el capitán—, compañero, tómese una copa.

El champán que le ofreció en el vaso tenía espuma y burbujas; el color brillante y la efervescencia atrajeron su mirada. «Demasiado tarde para dudar», se dijo Herrick; sin pensarlo, la mano se acercó a la copa, bebió con insaciable placer y ansia; apuró hasta la última gota, dejó el vaso con los ojos brillantes.

—¡La vida tiene sentido después de todo! —exclamó—. Ya ni me acordaba de cómo era. Sí, incluso esta vida merece la pena. Vino, comida, ropa seca, ¡sí, realmente merece la pena!, ¡merece la pena incluso que te ahorquen por esto! Capitán, dígame una cosa: ¿por qué no son ladrones todos los pobres?

—Déjelo —dijo el capitán.

—Deben de ser muy buenos —exclamó Herrick—. Hay algo que me ronda por la cabeza. ¡Acuérdese del calabozo! Imagínese que nos enviaran allí de nuevo —se estremeció como si lo agitara una convulsión, hundió la cara entre las manos.

—¿Qué es lo que le ocurre? —preguntó el capitán. Pero no obtuvo respuesta; Herrick se limitaba a levantar los hombros, al hacerlo movía la mesa.

—Tome un poco más de esto. Beba. Se lo ordeno. No tiene sentido llorar

estando a salvo.

—No estoy llorando —dijo Herrick, levantando la cara para mostrar que tenía los ojos secos—. Es mucho peor que llorar. Es el horror de pensar en la tumba de la que hemos escapado.

—Venga, tómese los guisantes, se sentirá mejor —dijo Davis con amabilidad—, ya le dije que estaba realmente hundido, que no habría aguantado ni una semana más.

—¡Eso es lo peor de todo! —exclamó Herrick—. ¡Otra semana más y hubiese asesinado a alguien por un triste dólar! ¡Dios! Sabiendo eso, ¿aún estoy vivo? Es como una pesadilla.

—¡Tranquilo, tranquilo! Cálmese compañero. Tómese la sopa. Lo que necesita es comer un poco —dijo Davis.

La comida lo fortaleció y tranquilizó sus nervios; además de los guisantes se tomó otro vaso de vino, una chuleta de cerdo adobado y plátanos fritos; una vez más, volvió a mirar a la cara al capitán.

—No sabía que estaba tan desesperado —dijo.

—Bueno —dijo Davis—, ha estado usted más firme que una roca todo el día; ahora, en cuanto haya comido algo, volverá a estar como estaba.

—Sí, ya estoy bastante fuerte —fue la respuesta—, sólo que soy un primer oficial bastante raro.

—¡Tonterías! —exclamó el capitán—. Sólo tiene que preocuparse de la ruta del barco, y ceñirse a las indicaciones del cuaderno de bitácora. Un bebé podría hacerlo, así que, con más motivo, todo un licenciado como usted. Uno se da cuenta de que no hay nada complicado en la navegación cuando se pone a ello de verdad. Ahora iremos y lo comprobaremos. Traiga la pizarra; tendremos que empezar la estima ahora mismo.

A la luz de la bitácora, comprobaron la distancia que había recorrido la corredera desde la salida, lo anotaron en la pizarra.

—Virar por avante —dijo el capitán—. Deme el timón, Hombre Blanco, vaya a la escota mayor. Aparejo de contra de la botavara, Mr. Hay, por favor, después vaya a proa y atienda las velas de trinquete.

—Sí, sí, señor —respondió Herrick.

—¿Todo despejado? —preguntó Davis.

—Todo despejado, señor.

—¡Orza a la banda! —gritó el capitán—. Temple el seno —le ordenó a Huish—. Temple el seno con todas sus fuerzas, póngase de espaldas a la vela,

y mantenga los pies fuera de las adujas.

Un fuerte golpe derribó a Huish, el capitán ocupó su lugar.

—¡Levántese y mantenga toda la caña! —vociferó—. ¡Estúpido!, ya veo que quiere matarse. Cazad el foque —gritó después; más tarde, dirigiéndose otra vez a Huish, dijo:

—Deme otra vez el timón, y vea si sabe cazar esa vela.

Pero Huish se levantó y miró a Davis con expresión malévola:

—¿Sabe que me ha hecho daño? —le preguntó.

—¿Sabe que acabo de salvarle la vida? —respondió el otro sin dignarse siquiera mirarlo; a decir verdad, no quitaba los ojos de la brújula y las velas—. ¿Dónde estaría ahora si ese botalón hubiese borneado y usted se hubiese quedado atado a la cuerda? No, señor, no queremos gente como usted en la escota mayor. Los puertos están llenos de hombres que han estado en la escota mayor, ahora van dando saltitos sobre la única pierna que les queda, compañero; los que quedan, los demás están muertos. ¡Aparejo de contra de la botavara, Mr. Hay! Así que dice que le he hecho daño, ¿no?, pues esa suerte que ha tenido.

—Bueno —dijo Huish lentamente—, puede que tenga razón, espero —se dio la vuelta y entró en el camarote, donde el inmediato estampido al descorchar una botella de champán demostró que Huish se dedicaba a pasarlo bien.

Herrick fue a popa donde el capitán:

—¿Qué rumbo lleva ahora? —preguntó.

—Es nordeste —dijo Davis—. Marcha como esperábamos.

—¿Qué pensará la tripulación de todo esto? —preguntó Herrick.

—No piensan. No se les paga para eso —dijo el capitán.

—Ha pasado algo, ¿no?, entre usted y… —Herrick se calló.

—Es un animal, un ladrón —contestó el capitán moviendo la cabeza—. Pero mientras usted y yo nos llevemos bien, no importa.

Herrick se retiró a descansar bajo un toldo; la noche estaba despejada, el movimiento del barco lo mecía; además, tras la prolongada abstinencia, estaba lleno, había comido demasiado; lo despertó de su profundo sueño la voz del capitán que cantaba:

—¡Ocho campanadas!

Se levantó torpemente y se dirigió tambaleándose a popa, donde el capitán

le dejó la rueda.

—De bolina —dijo el capitán—. Vienen pequeñas bocanadas de aire, cuando venga una fuerte, vire todo lo que pueda a barlovento, tenga el aparejo en viento.

Se dirigió al camarote, se paró y saludó al castillo de proa.

—¿Tienen una concertina por ahí? —preguntó—. ¡Bien, Calvete! Llévala a popa, haz el favor.

La goleta se manejaba fácilmente; Herrick se adormecía observando las velas blancas como la luna. Un fuerte estampido que provenía del camarote lo despertó; habían abierto la tercera botella; Herrick, en ese momento, se acordó del Sea Ranger y de las Catorce Islas. En ese momento empezaron a sonar las notas de un acordeón, y, justo después, se oyó la voz del capitán:

Vida mía, el dinero que nuestros bolsillos llene,

en el muelle, en el muelle, en el muelle lo largaremos.

Cuando de América del Sur volvamos,

con Kate yo bailaré, Tom bailará con Sall.

Músicas de antaño. Los de la guardia remoloneaban y escuchaban la música desde la puerta; Calvete, a la luz de la luna, seguía el ritmo con la cabeza; Herrick sonrió desde la rueda, olvidando por un momento las preocupaciones. Se sucedían las canciones, se escuchó el ruido de otro tapón; se oyeron voces de discusión en el camarote, de repente cesó la disputa, ahora era Huish el que cantaba, el capitán hacía el acompañamiento:

Arriba, en globo, muchachos,

arriba, en globo,

entre las menudas estrellas,

hasta la luna.

Herrick sintió náuseas mientras gobernaba la rueda. Se preguntaba por qué tanto la música, como la letra de la canción, que tenían su gracia, y la voz del cantante, podían herir su espíritu igual que una lima que aplicaran a la dentadura de un hombre. Le hacía enfermar el pensar que sus dos compañeros intentaban olvidar su responsabilidad con vino robado, discutiendo, tosiendo, despertándose, mientras ya estaba abierta la puerta de la prisión que muy pronto los recibiría. Herrick pensó: «¿He vendido mi honra para nada?»; en su pecho brotaron la ira y la determinación: ira contra sus compañeros; determinación para llevar a término este asunto, si es que se podía terminar. Sacaría valor de la humillación, ya que, en este caso, era inevitable la

humillación; volvería a casa, a casa desde América del Sur, ¿cómo era la canción?: «con los bolsillos llenos de dinero».

Vida mía, el dinero que nuestros bolsillos llene,

en el muelle, en el muelle, en el muelle lo largaremos…

Así se repetía la canción; ese «Vida mía» tomó forma visible, apareció ante él el muelle, supo que eran las farolas del Embankment, vio las luces del puente de Battersea, que cruzaba el lúgubre río. Con todos estos recuerdos parecía estar en trance mientras iba revisando su pasado. Siempre había sido sincero con su novia, pero no siempre había sido constante en sus recuerdos. Tras las calamidades de su vida, ella se había alejado cada vez más, como la luna en medio de la niebla. La carta de despedida, esa deshonrosa esperanza que lo había sorprendido y corrompido en un momento de postración, el cambio de paisaje, el mar, la noche, la música, todas estas cosas conmovían su hombría. Herrick pensó: «Volveré con ella —apretó las mandíbulas—, por las buenas o por las malas».

—Cuatro campanadas, señor. Creo que son cuatro campanadas —lo despertó de repente con estas palabras la voz de Calvete.

—Mire el reloj de dentro, buen hombre —dijo. Él no quería asomarse por no ver a los dos borrachos.

—Ya pasar, señor —repitió el hawaiano.

—Mejor para ti, amigo —contestó; dejó el timón, repitió las órdenes tal y como las había recibido.

Dio dos pasos y recordó la estima. «¿Qué rumbo había seguido la goleta?», se preguntó; enrojeció de pies a cabeza. No lo había observado o, simplemente, se le había olvidado; la incompetencia de siempre, tenía que hacer las anotaciones en la pizarra a ojo. «¡Nunca más! —se juró a sí mismo en silencio—, nunca más. Si esto sale mal, ¡que no sea por mi culpa!». El resto de la guardia se quedó junto a Calvete, leyó la brújula con un interés con el que no había mirado ni las cartas de su amada.

Todo el tiempo, obligándolo a fijarse más, llegaba a sus oídos el ruido de las canciones, las conversaciones, las risas efímeras, el descorchar de las botellas; cuando se relevó a la brigada de babor a media noche, Huish y el capitán aparecieron en el alcázar con caras rojas y andares inseguros. El primero iba cargado de botellas; el segundo, con dos recipientes de metal. Herrick los adelantó sin dirigirles la palabra. Lo saludaron con voz ronca, pero no contestó; lo insultaron, lo llamaron patán, pero no prestó atención, aunque en su interior se enfurecía con asco y rabia al mismo tiempo. Cerró la puerta del camarote, se encerró en la habitación, no para dormir, sino para pensar y

desesperarse. Pero escasamente había dado dos vueltas en la incómoda cama, cuando una voz embriagada le saludó al oído, tuvo que subir de nuevo a cubierta para hacer la guardia de alba.

Esta primera tarde serviría de modelo a todas las que iban a seguir. Dos cajas de champán escasamente duraban veinticuatro horas, casi todo se lo bebían entre Huish y el capitán.

Huish recobró la salud rápidamente; nunca estaba sereno, pero tampoco estaba completamente borracho; la comida y la brisa marina lo habían curado, empezó a engordar. Pero a Davis las cosas le habían ido peor. Era difícil reconocer al robusto marinero que se había paseado por las calles de Papeete en la encorvada y desgarbada figura que pasaba todo el día en el camarote empinando el codo y leyendo novelas, en el embrutecido marino que hacía de cada guardia de la tarde una juerga en la camareta. Estaba medianamente bien hasta que le daba el sol, bostezaba y garabateaba los cálculos; desde el momento en que enrollaba el mapa, se le pasaban las horas en una indolencia servil o en un profundo sopor. Descuidaba cualquier otra obligación, excepto la de mantener una severa disciplina en las comidas. Una vez tras otra, Herrick escuchaba cómo llamaban al cocinero a popa, lo veía pasar corriendo con nuevas latas de comida, o llevándose la que no había gustado. Cuanto más borracho estaba el capitán, más delicado se volvía su paladar. Una mañana, sacó la silla del contramaestre por la borda, estaba desnudo de cintura para arriba, salió fuera con un bote de pintura.

—No me gusta cómo está pintada esta goleta —dijo—. Además he pensado borrarle el nombre.

Pero a la media hora ya estaba cansado, dejó unas manchas incongruentes en la proa de la goleta, quedó la palabra Farallone medio tachada.

Se negó a hacer la guardia de media y la de alba, porque, según él, se navegaba con buen tiempo; riéndose, preguntó:

—¿Dónde se ha visto que el jefe tenga que hacer guardias?

No prestaba atención al trabajo, ni ofrecía su ayuda a la estima que Herrick intentaba mantener.

—¿Para qué queremos la estima? —preguntó—. Con el sol que tenemos es suficiente, ¿no le parece?

—Pero no lo tendremos siempre —objetó Herrick—. Usted me dijo que no se fiaba del cronómetro.

—¡El cronómetro sabe muy bien lo que hace! —exclamó Davis.

—Haga el favor de ayudarme, capitán —dijo Herrick seriamente—. Me gustaría mantener esta estima, que forma parte de mis obligaciones; pero no sé

cómo calcular las corrientes, ni cómo tenerlas en cuenta. Soy bastante inexperto en este asunto, por eso le pido ayuda.

—Nunca hay que desanimar a un oficial entusiasta —dijo el capitán desenrollando el mapa una vez más, porque Herrick había tenido la suerte de cogerlo en un momento en el que todavía estaba algo sereno.

—Aquí está, mírelo usted mismo: de oeste a nordeste, de cinco a veinticinco millas. Eso es lo que dice el mapa del almirantazgo. Confío en que no quiera ser más listo que sus propios compatriotas.

—Sólo intento cumplir con mi deber, capitán Brown —dijo Herrick enrojecido por la cólera—; tengo el honor de informarle de que no me gusta que me tomen el pelo.

—¿Qué demonios quiere? —vociferó Davis—. Vaya usted mismo a mirar la maldita estela. Si quiere cumplir con su deber, ¿por qué no lo hace? Supongo que no es asunto mío ir a sacar la cabeza por la popa del barco. Es asunto suyo. Le diré algo más, compañero, no sea tan pedante conmigo. Es usted un insolente, eso es lo que le pasa. Déjeme en paz, señor don Herrick.

Herrick rompió los papeles, los tiró al suelo y se fue.

—Se ha vuelto un poco pedante, ¿no cree? —se burló Huish.

—Se cree mejor que los demás, eso es lo que realmente hace sufrir al señor don Herrick —dijo el capitán enfurecido—. Se creerá que no me doy cuenta de que es un engreído. ¿No quiere sentarse con nosotros?, ¿no quiere tratarnos con educación? Pues ya le daré a ese pistolero lo que se merece. ¡Le prometo, Huish, que le demostraré que no está a la altura de John Davis!

—¡Cuidado con las palabras, capitán! —dijo Huish, que siempre estaba algo más sereno que el otro—. ¡Vaya con cuidado, amigo!

—De acuerdo, Huish. Al principio no me caía demasiado bien, pero ahora veo que es usted buena persona. Vamos a abrir otra botella —dijo el capitán; ese día, quizá porque aún estaba nervioso por la discusión, bebió de forma mucho más imprudente, a las cuatro ya estaba tumbado en la cama.

Herrick y Huish cenaron solos, uno después del otro, no lejos del cuerpo del capitán, que ya había comenzado a roncar. Si por una parte, esta desagradable visión le quitó el apetito a Herrick, por otra parte la soledad era tan angustiosa para el empleado que, nada más comer, quiso reconciliarse con su viejo camarada.

Herrick manejaba la rueda cuando Huish se acercó sigilosamente y se apoyó en la bitácora. Dijo:

—Hola, compañero, me parece que nosotros dos no hacemos muy buenas

migas.

Herrick movió la rueda un par de cabillas, pero no habló; la mirada iba de la brújula al gratil de proa, pasaba por alto a quien le hablaba. Pero Huish era torpe, carecía de recursos para quedarse solo.

La idea de mantener una conversación a solas con Herrick, a estas alturas de su relación, estimulaba a una persona con un carácter como el suyo. La bebida, que hacía que algunos hombres se volviesen más delicados, a Huish lo hacía más insensible. Habría hecho falta que le dieran un buen golpe para quitarle de la cabeza la idea de hablar con Herrick.

—Estamos bien, ¿no? —continuó—. ¿Davis está borracho? Creo que le dio ciento y raya hoy. No le gustó nada; se puso como una fiera cuando usted se marchó. Yo le dije: «Vamos, sírvase otra copa. Herrick tenía razón, lo sabe. Dele otra oportunidad». Él me dijo: «Huish, no me maree, cállese o le sacaré los ojos a golpes». Bien, ¿qué puedo hacer, Herrick? Esto no me gusta nada. Empieza a parecerse al Sea Ranger.

Herrick seguía callado.

—¿Me está escuchando? —preguntó Huish algo enfadado—. Es usted muy amable, ¿lo sabía?

—Apártese de la bitácora —dijo Herrick.

El empleado lo miró fijamente durante largo rato con mirada perversa; su cuerpo parecía retorcerse como el de una serpiente que estuviera a punto de atacar; después se dio la vuelta, volvió al camarote y abrió otra botella de champán. Cuando sonaron las ocho campanadas, dormía en el suelo junto al capitán; de la brigada de estribor, sólo acudió Sally Day a la llamada. El oficial se ofreció para ayudarle a hacer la guardia, dejó que Calvete descansara; llevaba ya doce horas en cubierta, probablemente estaría dieciséis, pero, navegando con un tiempo tan bueno, podía dormir tranquilo entre turnos ante la rueda del timón, no sin dejar órdenes de que le avisasen en caso de que se acercase alguna turbonada. Había surgido una relación muy estrecha entre Herrick y estos hombres, por eso confiaba tanto en ellos. Había mantenido largas conversaciones con Calvete durante las noches, el anciano le había contado su sencilla pero cruel historia de exilio, sufrimiento e injusticias que le había tocado vivir entre los despiadados blancos. Cuando el cocinero se dio cuenta de que Herrick comía solo, intentó prepararle platos exquisitos, aunque, a veces, tuvieran un sabor horrible, y tuviera que esforzarse en comer. Un día, estando Herrick a proa, se sorprendió al sentir una mano que le tocaba en el hombro, oyó la voz de Sally Day que le susurraba al oído: «¡Usted ser hombre bueno!». Herrick se dio la vuelta, conteniendo las lágrimas, le dio un apretón de manos al negrito. Era gente de buen corazón, amable e inocente. Al llegar

el domingo, cada uno traía su propia Biblia, ya que todos hablaban un idioma diferente; Sally Day se comunicaba con sus compañeros solamente en inglés. Cada uno leía, o hacía que leía el capítulo que correspondía, Calvete se colocaba las gafas sobre la nariz; después todos juntos se unían en un canto de himnos de las misiones. No había ni punto de comparación entre los isleños y los blancos que navegaban a bordo de la Farallone. Herrick se avergonzaba al recordar el empleo que había aceptado, al ver a estos pobres desdichados que le eran tan leales, e incluía a Sally Day, hijo de caníbales, caníbal él, con toda seguridad. El hecho de que fuese tratado de forma tan amable por estos inocentes calmaba su conciencia, había momentos en los que, cuando Sally Day se hallaba cerca, se atrevía a pensar en que era un hombre verdaderamente bueno. Pero este sincero aprecio que le profesaban no había hecho más que comenzar. La tripulación empezó a protestar al unísono; antes de que Herrick se hubiera dado cuenta de lo que pasaba, habían despertado al cocinero, que se ofreció voluntario; la tripulación se apiñó en torno a su oficial para manifestarle su afecto; le ordenaron que se echase y que se tomase su descanso sin preocuparse.

—Él decil veldad —dijo Calvete—. Usted dolmil. Todos sabel lo que hacel pelfectamente. Usted gustal mucho a todos.

Herrick siguió insistiendo hasta atragantarse con la emoción al pronunciar algunas palabras de gratitud; se fue hacia el otro lado del camarote, se apoyó en la camareta intentando contener la emoción.

Calvete lo siguió y le pidió de nuevo que se echara.

—No puedo, Calvete —replicó Herrick—. No podría dormir. Estoy demasiado emocionado por vuestra bondad.

—¡Nunca más llamalme Calvete! —exclamó el anciano—. No sel mi nomble. Mi nomble Davida, Davida como ley de Islael. ¿Pol qué él llamal así en Hawai? No entendel nada, igual que Wiseman.

Era la primera vez que se mencionaba el nombre del difunto capitán; Herrick aprovechó la oportunidad.

Se le omite al lector el difícil dialecto de Calvete, pero se traduce aquí a una lengua comprensible el relato que le contó a Herrick. El barco apenas había pasado las Golden Gates (San Francisco), cuando el capitán y el primer oficial entraron en un estado tal de embriaguez que escasamente habría interrumpido la enfermedad, y que sólo la muerte lo hizo concluir de forma irrevocable. Durante días y semanas no vieron tierra ni barcos; al verse perdidos en medio del vasto océano con aquellos dos oficiales locos, los nativos sintieron terror.

Finalmente, a lo lejos, divisaron una islita, se acercaron; Wiseman y

Wishart se fueron a tierra en una barca.

Había un gran pueblo, muy bonito, y muchísimos canacos, parecían muy preocupados; Davida escuchó lamentos por todas partes.

—Mí no entendel hablal en la isla —dijo—, entendel llolal. Pensal mucha gente molil aquí.

Pero tanto Wiseman como Wishart eran ajenos al sentido de los lamentos fúnebres. Como estaban bien abastecidos de pan y bebidas, se dedicaron a sus juergas, sin fijarse en nada: abrazaban a las chicas, que escasamente tenían fuerza para liberarse de ellos; se quedaron allí; con voces embriagadas, se unieron al canto fúnebre; por último, al entender que habían sido invitados, entraron bajo techo de una casa donde había una considerable concurrencia de gente que estaba sentada en silencio. Se agacharon bajo los aleros, ruborizados y riéndose; al cabo de un minuto salieron mudos y con el semblante cambiado. Al apartarse la gente para abrirles paso en la sombría casa, Davida pudo discernir la figura de un hombre enfermo que intentaba incorporarse en la estera, con la cara desfigurada por la enfermedad. Sin pensárselo dos veces, los dos juerguistas huyeron a la barca, gritando a Davida que se apresurase; llegaron a bordo remando a toda prisa, levaron anclas, desplegaron todas las velas, maldiciendo y dando golpes a los marineros; y otra vez en el mar, y otra vez completamente embriagados antes del anochecer. La segunda muerte tardó una semana. Herrick le preguntó a Davida dónde estaba la isla, y éste contestó que por la forma de hablar de los habitantes, que pudo escuchar cuando estuvieron en la playa, se imaginó que debía de ser una de las Pomotu. Era muy probable, puesto que el Archipiélago Peligroso había sido barrido ese año de este a oeste por la devastadora viruela; Herrick pensó que sus antecesores habían seguido una extraña ruta para ir a Sidney. Enseguida se le ocurrió que podía haber sido cosa de la bebida.

—¿No se extrañaron cuando llegaron a la isla? —preguntó.

—Wiseman decil: «Dios mío, ¿qué sel esto?» —respondió el nativo.

—¡Vaya! —exclamó Herrick—. No creo que supieran ni siquiera dónde estaban.

—Yo también pensal así —dijo Calvete—. Cleo que ellos no entendel nada. Éste sel mucho mejol —añadió señalando el camarote donde yacía somnoliento el embriagado capitán—, guialse siemple pol el sol.

Este último detalle completó finalmente el retrato que Herrick se había imaginado de la vida y muerte de sus dos predecesores; de la prolongada, sórdida y embrutecida sensualidad en la que se complacieron cuando navegaban, sin saber ni siquiera adonde, en su último viaje. Por un momento, tuvo una fugaz e insegura creencia acerca del futuro; le hizo gracia pensar en

un posible castigo; aun así, a él (al igual que a todos) lo sorprendió el aterrador final de un hombre embrutecido. Enfermó sólo con imaginárselo, enfermó con la comparación entre esa situación con esta otra en la que él mismo era partícipe ahora; ante el destino que parecía cernerse sobre la goleta, se apoderó de él un temor, que podría considerarse casi supersticioso. Aun así, era extraño que ni siquiera tuviera dudas. Él, que tantas veces había demostrado su incapacidad para muchas tareas, se empeñaba en cumplir ahora con unas obligaciones que ni siquiera entendía, en una posición muy delicada, sin ningún tipo de ayuda, incluso sin ninguna clase de estímulo, pero lo había hecho mucho mejor de lo que se hubiera esperado; incluso la conducta vergonzosa y las estremecedoras revelaciones de esa noche parecía que, en parte, lo hubieran animado y fortalecido. Había vendido su honor, juró que no sería en vano. «No será culpa mía si esto no sale bien», volvió a decirse. En el fondo, estaba sorprendido de sí mismo. Lo que realmente lo mantenía así era una rabia intensa, la idea de que se trataba de la última apuesta; se trataba de haber quemado las naves, de tener todas las puertas cerradas excepto una; era una sensación que habría sido fuerte como un tónico para el débil, pero perniciosa como un narcótico para el cobarde.

Durante un tiempo, el viaje continuó sin ningún problema. Dejaron Fakarava a barlovento de una bordada. Un viento fresco y constante soplaba hacia el sur, pasaron entre Raraka y Katiu; otros días soplaba al nordeste un cuarto, se quedaron a sotavento de Takume y Honden, lugares a los que no se acercaron. Entre los catorce grados al sur, y entre los ciento treinta y cuatro, y los ciento treinta y cinco al oeste, hubo una calma completa acompañada de mar gruesa. El capitán no quiso recoger velas, trincaron el timón, se suprimieron las guardias; durante tres días la Farallone se dejó sacudir y zarandear sin apenas moverse del mismo sitio, según sus cálculos. El cuarto día, poco antes de que amaneciese, se levantó una suave brisa que refrescó el ambiente. El capitán, que había bebido demasiado la noche anterior, no se levantó muy despejado; cuando subió a cubierta por primera vez a las ocho y media, quedó claro que había estado bebiendo considerablemente durante el desayuno. Herrick no quiso mirarlo y dio el relevo en cubierta, indignado, a un hombre bastante embriagado.

Se dio cuenta desde el camarote de que estaban forzando las velas por las órdenes que el capitán vociferaba y por las voces de los marineros al coger los cabos; dejó el desayuno a medias, salió a cubierta de nuevo; ya estaban colocados la gavia de goleta y el foque volante; las dos guardias y el cocinero habían sido reclamados para colocar la vela de estay.

La Farallone se detenía; el cielo estaba oscureciéndose por una densa neblina, de barlovento se avecinaba una inquietante turbonada, que iba ensanchándose y oscureciéndose conforme se acercaba.

Herrick sintió miedo. Vio la muerte cercana; si no la muerte, al menos el naufragio. Porque, en caso de que la Farallone sobreviviera a la turbonada, con toda seguridad iba a quedar desarbolada. Así terminaría su negocio, ingresarían en prisión ante las abrumadoras pruebas de su delito. La magnitud del peligro y su propio miedo lo enmudecieron. El orgullo, la ira y la vergüenza se agolparon en su cabeza al mismo tiempo; apretó los dientes, y se cruzó de brazos con fuerza.

El capitán estaba sentado a barlovento, vociferando órdenes e insultos, con los ojos vidriosos, con la cara completamente congestionada; sujetaba una botella entre las piernas, tenía un vaso medio vacío en la mano. Estaba sentado de espaldas a la turbonada, al principio estuvo atento a la colocación de la vela. Cuando esto estuvo hecho, y la gran lona trapezoidal empezó a coger aire y a acercar los caireles de sotavento de la Farallone al nivel de la espuma de las olas, se rio escandalosamente, apuró el vaso, se dejó caer entre los trastos del barco, sacó una arrugada novela.

Herrick lo observaba, su indignación ya estaba al rojo vivo. Miró a barlovento, donde la turbonada ya blanqueaba el mar muy cerca, y anunciaba su llegada con sonido extraño y tenebroso. Miró al timonel, vio cómo éste se agarraba a las cabillas de la rueda: tenía la cara lívida. La tripulación corría hacia sus puestos aunque no había recibido ninguna orden. De repente, fue como si hubiera estallado algo dentro de la cabeza de Herrick, esa rabia que durante tanto tiempo había contenido y mantenido en secreto surgió repentinamente y le hizo estremecerse como si se tratara de una vela. Se acercó al capitán, dejó caer con fuerza la mano sobre el hombro del borracho.

—Bestia —dijo con voz trémula—, ¡mire hacia atrás!

—¿Qué pasa? —gritó Davis; al moverse derramó el champán.

—Perdió el Sea Ranger porque es usted un borracho imbécil —dijo Herrick—. Ahora va a perder también la Farallone. Va a ahogarse, como ahogó a los otros, maldito sea. Su hija tendrá que prostituirse, sus hijos serán ladrones, al igual que lo fue su padre.

Estas palabras dejaron al capitán pálido y atontado.

—¡Por Dios! —gritó, mientras miraba a Herrick como si fuese un fantasma —; ¡por Dios, Herrick!

—¡Mire hacia atrás! —repitió el agresor.

El desdichado capitán, algo más sereno, obedeció, se puso en pie de un salto.

—¡Abajo la vela de estay! —vociferó. Las manos le temblaban mientras daba las órdenes, la vela cayó al momento, prácticamente fuera del barco,

entre la espuma que corría a bordo—. ¡A las drizas del foque volante! ¡Los estays…! —empezó a decir.

Pero apenas pudo terminar de pronunciar esto, porque la turbonada se echó encima de la Farallone en forma de una masa sólida de viento y lluvia entremezclados; la goleta se inclinó por el golpe, estaba tumbada como muerta. Por un momento, Herrick dejó de razonar; se agarró con fuerza a la jarcia de barlovento, exultante de alegría; ya no estaba vivo y se alegraba de su liberación, se alegraba de los ruidos aterradores del viento y del violento ataque de la lluvia; se alegraba de morir de esa forma y en ese instante, en medio de la furia de los elementos. Entre tanto, en el combés, con el agua hasta las rodillas, a causa de la inclinación de la goleta, el capitán cortaba la escota de trinquete con una navaja. Fue cuestión de segundos, la Farallone tragó una buena ración de agua de mar. Pero el capitán tenía ventaja; el botalón de trinquete rompió los últimos cabos de la escota que sujetaban la vela, que se estrelló hacia sotavento. La Farallones enderezó de nuevo con el viento, las drizas de pico y de la boca, que habían largado hacía tiempo, se tensaron al momento.

Durante unos diez minutos más, la goleta siguió avanzando a toda velocidad debido al impulso de la turbonada; pero el capitán ya era dueño de sí mismo y del barco; el peligro había pasado. Después, repentinamente como un truco de magia sobre el escenario, la turbonada desapareció, el viento dio paso a una ligera brisa, el sol volvió a brillar sobre la castigada goleta; el capitán aseguró el botalón de trinquete, puso a dos tripulantes a trabajar en la bomba de agua, después se dirigió a popa, sereno, algo pálido y con la colilla de un cigarro todavía en la boca, como antes de la turbonada. Herrick lo siguió; apenas podía recordar la violencia de las últimas emociones vividas, pero, aun así, presentía que le faltaba sufrir otra escena trágica, estaba dispuesto a sufrirla, incluso lo deseaba.

El capitán, al darse la vuelta al final de la camareta, se encontró con Herrick cara a cara: apartó la vista.

—Hemos perdido las dos gavias y las velas de estay —farfulló—. Menos mal que, al menos, no hemos perdido ningún mástil. Me imagino que estará pensando que nos irá mejor sin los sobrejuanetes.

—No estaba precisamente pensando eso —dijo Herrick con voz sorprendentemente tranquila, una voz que hizo que el capitán se sintiera confuso.

—Lo sé —exclamó levantando la mano—. Sé lo que está pensando. Pero no tiene sentido decirlo ahora. Estoy sereno.

—A pesar de todo, tengo que decirlo —volvió a decir Herrick.

—Conténgase, Herrick, ya ha dicho bastante —dijo Davis—. Ha dicho cosas que no hubiese aceptado de otra persona, excepto de usted mismo; sólo puedo decir que lo que dijo es verdad.

Herrick continuó:

—Tengo que decirle, capitán Brown, que dimito de mi puesto como oficial. Puede encadenarme o pegarme un tiro, como quiera, no voy a ofrecer ningún tipo de resistencia…, sólo quiero decirle que me niego a ayudarle u obedecerle; le sugiero que ponga a Mr. Huish en mi lugar. Será un primer oficial a la altura del comandante, señor —sonrió, se inclinó y se dio la vuelta para marcharse.

—¿Adónde va, Herrick? —gritó el capitán sujetándolo por el hombro.

—A proa, con la tripulación, señor —respondió con la misma sonrisa odiosa—. He pasado mucho tiempo aquí en popa con ustedes…, caballeros.

—Está equivocándose —dijo Davis—. No me juzgue de forma precipitada; no hay nada malo, sólo la bebida; ¡es la misma historia de siempre, amigo! Espere a verme sereno de nuevo, júzgueme luego —imploró.

—Perdóneme, pero lo último que deseo es volver a verlo —dijo Herrick.

El capitán refunfuñaba.

—¿Sabe lo que dijo acerca de mis hijos? —vociferó.

—De memoria. ¿Quiere que se lo repita de nuevo? —preguntó Herrick.

—¡No! ¡No me obligue a matar a un hombre a quien aprecio de verdad! —exclamó el capitán tapándose los oídos con las manos—. Herrick, si vuelvo a acercar otra vez un vaso a mis labios, desde ahora hasta que lleguemos a tierra, le permito que me pegue un tiro; es más, ¡le pido que lo haga! Es usted el único hombre a bordo que vale algo. ¿Cree que no lo sé?, ¿piensa que le he fallado? Siempre he sabido que tenía usted razón; borracho o sereno, lo sabía. ¿Qué quiere que haga?, ¿que lo jure? Es usted lo bastante inteligente como para darse cuenta de que hablo en serio.

—¿Quiere decir con esto que no volverá a beber más? —preguntó Herrick—, ¿ni usted ni Huish?, ¿quiere decir que no seguirán robando mi parte de ganancias, ni bebiéndose el champán por el cual he vendido mi honor?, ¿que atenderá a sus obligaciones?, ¿que trabajará a dos guardias?, ¿que aceptará el trabajo que le corresponda en el barco, en lugar de cargar ese trabajo sobre la espalda de un profano, mientras usted se convierte en la vergüenza de los marineros nativos?, ¿es eso lo que quiere decir? Si es así, dígalo con toda claridad.

—Pone usted las cosas demasiado difíciles como para que un caballero

pueda aceptarlas —dijo el capitán—. No querrá que diga que me avergüenzo de mí mismo. Confíe en mí esta vez; prometo que haré lo que tengo que hacer, tenga mi mano…

—De acuerdo, le daré otra oportunidad —dijo Herrick—. Falle esta vez y…

—¡Basta! —interrumpió Davis—. ¡Basta, compañero! Ya ha dicho bastante. Tiene usted realmente una lengua temible cuando se enfada, Herrick. Alégrese de que volvamos a ser amigos, como me alegro yo, sea delicado con los sentimientos de los demás. No se arrepentirá. Hemos estado muy cerca de la muerte hoy, ¡no diga de quién ha sido la culpa!, también hemos estado muy cerca del infierno, supongo. Estamos pasando por una mala racha en nuestras vidas, los dos, mejor será que nos llevemos bien.

Estaba divagando; parecía que lo hacía a propósito, se andaba con rodeos, porque había algo que realmente quería comunicar, y le daba miedo hacerlo, o quizá sólo hablaba sin parar por temor a lo que Herrick pudiera seguir diciendo. Pero Herrick ya había escupido el veneno; era bondadoso, y como ya estaba contento con el triunfo, había empezado a compadecerse del otro. Quiso terminar la conversación con palabras tranquilizadoras, sugirió que se cambiaran de ropa.

—Todavía no —dijo Davis—. Quiero decirle algo. ¿Se acuerda de lo que dijo sobre mis hijos? Me hirió tanto… Supongo que ahora también le afectará a usted. Es sobre mi pequeña Adar. No debía haber dicho eso, pero, por supuesto, usted no sabía nada. Está muerta.

—¡Qué dice, Davis! —exclamó Herrick—. ¡Usted siempre me había dicho que estaba viva! ¡Aclárese! Debe de ser cosa de la bebida.

—No, señor —dijo Davis—. Está muerta. Murió de una infección en los intestinos. Ocurrió cuando yo estaba en el bergantín Oregon. Ella yace ahora en Portland, Maine: Adar, de cinco años de edad, hija del capitán John Davis y su esposa Mariar. Llevaba una muñeca para ella en el barco. Ni siquiera llegué a desenvolverla, Herrick; se hundió lo mismo que el Sea Ranger; a partir de aquel día, me eché a perder.

Los ojos del capitán estaban fijos en el horizonte, hablaba con extraordinaria quietud, en completa serenidad. Herrick lo observaba, casi podría decirse, con temor.

—No crea que estoy loco —concluyó Davis—. Tengo la sensación de que sé lo que tengo que hacer. Pero creo que un hombre desgraciado es como un niño, y éste es mi juego infantil. No supe aceptar la verdad, ya lo ve, vivo de fantasías. Quiero avisarle simplemente de que en cuanto terminemos esta conversación, empezaré otra vez con mis fantasías. Sólo quería que supiera

que ella no va a poder prostituirse —añadió el capitán—, ¡ni siquiera pudo alcanzar a disfrutar de la muñeca!

Herrick puso su mano temblorosa en el hombro del capitán.

—¡No haga eso! —exclamó Davis, retrocediendo—. ¿Acaso no se da cuenta de que estoy destrozado? Venga, venga, compañero, puede confiar en mí plenamente; vamos a ponernos ropa seca.

Entraron en el camarote, y allí estaba Huish de rodillas intentando abrir con una palanca otra caja de champán.

—¡Quieto! —gritó el capitán—. Ya está bien. En este barco no se va a volver a beber.

—De repente se nos ha vuelto abstemio, ¿no? —dijo Huish—. Me parece bien. Ya iba siendo hora, porque me parece que ha estado a punto de perder otro barco, ¿verdad? —Sacó una botella y empezó a romper el alambre con el gancho de un sacacorchos.

—¿Es que no me ha oído? —gritó Davis.

—Sí, supongo que sí. Habla usted muy alto —dijo Huish—. El problema es que a mí me da igual lo que diga.

Herrick tiró de la manga al capitán.

—Déjelo en paz por el momento —dijo—. Ya hemos tenido suficiente con lo de esta mañana.

—Dejémosle entonces —dijo el capitán—. Pero es la última.

Para entonces ya había cortado el alambre, cortó la cuerda y rasgó el papel dorado; Huish esperaba, con la copa en la mano, escuchar el estampido usual. Pero no lo oyó. Aflojó un poco el tapón de corcho con el pulgar, pero ni siquiera así. Finalmente cogió el sacacorchos y la abrió. Salió con facilidad, sin ruido.

—¡Vaya! —dijo Huish—. Una botella que ha salido mal.

Echó un poco en el vaso; era incoloro, olió y lo probó.

—Pero ¿qué es esto? —dijo—. ¡Es agua!

Ni aunque hubieran sonado en ese momento unas trompetas alrededor del barco, en medio del océano, habría habido tres hombres más sorprendidos por un incidente semejante. Se pasaron la copa, olieron, probaron, se quedaron mirando la botella envuelta en papel dorado, no menos sorprendidos que Crusoe cuando vio la huella de una pisada humana en su solitaria isla. De repente, a todos se les pasó por la cabeza la misma idea. No había gran diferencia entre una botella de champán y una de agua; sin embargo, del hecho

de llevar un cargamento de una cosa o la otra dependía su riqueza o su ruina.

Abrieron una segunda botella, había otras dos cajas preparadas en el camarote; las acercaron, las abrieron, y las probaron. Todas con el mismo resultado: el contenido era incoloro e insípido y con menos burbujas que el agua de lluvia que se estanca en una barca abandonada.

—¡Caramba! —dijo Huish.

—Vamos a examinar la bodega —dijo el capitán con ceño hosco, y se limpió la frente con el dorso de la mano; salieron los tres del camarote con paso cansado, serios.

Echaron mano de toda la tripulación; enviaron a dos canacos a la bodega, dejaron a un tercero junto al aparejo. Davis, hacha en mano, se quedó junto a las brazolas.

—Van a enterarse de todo… —susurró Herrick.

—¡Que se vayan al Infierno! —dijo Davis—. Antes tenemos que asegurarnos nosotros.

Se subieron tres cajas más a cubierta, y se examinó cada una de ellas. El capitán golpeaba las botellas, salía un champán espumoso y burbujeante.

—¿Podéis sacar de las de abajo? —gritó Davis a los canacos que estaban en la bodega.

La nueva orden acarreó un cambio desastroso. De todas las botellas que abrieron y de todas las cajas que sacaron, salió simplemente agua. Todavía examinaron un poco más, llegaron a un punto en el que ya ni siquiera se pretendía engañarlos, porque las cajas ya no llevaban marcas de fábrica, las botellas ni siquiera estaban envueltas en papel, ni tenían alambre; el engaño era ahora manifiesto, se burlaba de ellos ante su cara.

—¡Dejemos ya esto! —dijo Davis—. ¡Guarda las cajas en la bodega, Calvete, tira por la borda todas las botellas rotas! Vengan conmigo —dijo a sus compañeros de aventura; se dirigieron al camarote.

Socios

Se sentaron en torno a la mesa; era la primera vez que se sentaban juntos; pero, en esta ocasión, toda desavenencia y discordia que hubiera habido entre ellos anteriormente había desaparecido, a causa, sencillamente, de una desgracia que les era común a todos.

—Caballeros —dijo el capitán después de hacer una pausa; asumiendo el papel de un presidente que acabara de abrir una sesión de Juntas, continuó hablando—, nos han engañado.

Huish rompió a reír y exclamó:

—¡Ésta sí que ha sido una buena estafa!, ¡y Davis que creía haber hecho un buen negocio! ¡Hemos robado un cargamento de agua fresca! ¡Ay, Dios mío! —Al decir esto, se retorcía de risa.

El capitán también intentó esbozar una sonrisa.

—Un viejo amigo, el Destino —le dijo a Herrick—, pero esta vez, en vez de llamar, ha dado una patada a la puerta.

Herrick movió la cabeza.

—¡Dios mío, esto es muy gracioso! —se rio Huish—. ¡Lo hubiésemos considerado una broma estupenda si le hubiese pasado a otra persona! ¿Qué vamos a hacer ahora con esta bonita goleta?

—Ése es el problema —dijo Davis—. Sólo hay una cosa segura: no tiene sentido acarrear estas viejas botellas y el lastre hasta Perú. No señores. Estamos en un aprieto.

—¡El comerciante! —exclamó Huish—, ¡el hombre que hizo este cargamento! Habrá recibido noticias del barco correo, pensará que, en efecto, nos dirigimos a Sidney.

—Sí, menudo comerciante será —dijo el capitán—. Esto explica lo de la tripulación de canacos. Si quisiera echar a pique un barco, también yo querría una tripulación de canacos. Pero hay una cosa que sigo sin entender; no me explico por qué se dirigió hacia Tahití.

—¿Por qué? ¡Para hundirla, por supuesto! —dijo Huish.

—Usted sí que sabe —dijo el capitán—. Nadie quiere echar a pique una goleta por las buenas, hay que hundirla en la ruta, ¡es usted muy inteligente! ¡Cómo que los aseguradores no saben lo que hacen!

—Bueno —dijo Herrick—, me temo que yo sí que puedo explicar por qué la goleta se desvió tanto hacia el este. Me lo contó Calvete. Parece ser que los dos desdichados, Wiseman y Wishart, estuvieron borrachos desde que pusieron pie a bordo… y así murieron.

El capitán bajó la vista.

—Estaban tumbados en las dos literas, o sentados aquí, en este maldito camarote —continuó Herrick, cada vez con más enfado—, inflándose con esta porquería, hasta que cayeron enfermos. Al enfermar y aumentar la fiebre,

bebían más. Aquí estuvieron, gritando, quejándose, bebiendo y agonizando, todo a la vez. No sabían dónde estaban, pero tampoco les importaba. Parece que ni siquiera se guiaban por el sol.

—¿No se guiaban por el sol? —exclamó el capitán alzando la vista—, ¡Dios mío, qué pareja!

—Bueno, ¡y eso qué importa! —dijo Huish—. ¿Qué tienen que ver Wiseman y el otro memo con nosotros?

—Bastante —dijo el capitán—. Creo que somos sus herederos.

—Estupenda herencia —dijo Herrick.

—Bueno, no lo sé —respondió Davis—. Podría haber sido peor. El cargamento no tiene valor, desde luego; es decir, no hay dinero. Pero les diré lo que me imagino: parece como si el individuo de San Francisco hubiera apostado a todo o nada.

—Un momento —dijo Huish—. Un momento, ¿cómo es esto, amigo?

—Bien, chicos —continuó el capitán, que parecía haber recuperado la confianza en sí mismo—. A Wiseman y Wishart les pagaron por hacer naufragar la vieja goleta con el cargamento. Nosotros vamos a hundir la goleta como es debido, ya me encargaré yo de que paguen. No puedo saber con seguridad qué es lo que Wiseman y Wishart iban a sacar de esto. Pero estaban en este asunto. Nosotros somos honrados, sencillamente, nos lo hemos encontrado; el comerciante tendrá que confesar, me encargaré yo de que confiese absolutamente todo. ¡No, señor! Algo tenemos que sacar de la estafa de la Farallone.

—¡Adelante, capitán! —exclamó Huish—. ¡Adelante, siga! Duro con ello. Esta sí que es buena forma de conseguir dinero. Me gusta mucho más que la otra.

—No entiendo nada —dijo Herrick—. Tengo que pedirles disculpas, pero no entiendo absolutamente nada.

—Bien, Herrick, preste atención —dijo Davis—. Voy a hablar con usted sobre un asunto diferente, sería bueno que Huish se enterase también. Hemos ido demasiado lejos con todo este asunto de la bebida, le pedimos perdón, aquí y ahora. Tenemos que agradecerle todo lo que ha hecho por nosotros mientras nos emborrachábamos como cerdos; a partir de este momento, cambiaremos. Con respecto al champán, que reconozco que se lo robamos, haré el inventario, se le pagará. Creo que eso arregla las cosas. Pero lo que quisiera aclararle es lo siguiente: lo que habíamos tramado era bastante arriesgado. El nuevo plan nos brinda un negocio honrado como una panadería. Nos hacemos a la mar con la Farallone, navegamos hasta quedar considerablemente a

sotavento del puerto de partida, hasta que lleguemos casi a cualquier punto donde haya un consulado americano, decimos adiós a la Farallone, la hundimos. Después, un día o dos en la barca, el cónsul nos manda a casa por cuenta del Tío Sam, y a San Francisco, entonces, si el comerciante no paga, sabrá quién soy.

—Pero yo pensaba… —empezó a decir Herrick para terminar diciendo—: ¡continuemos a Perú!

—¡Si quiere ir a Perú por motivos de salud, no diré que no! —respondió el capitán—. Pero si es por cualquier otro motivo, la verdad es que no lo entiendo. No hace falta que vayamos allí con este cargamento; no creo que un montón de botellas viejas sea un artículo de lujo en ningún sitio; desde luego, me apuesto hasta el último centavo a que ese sitio no es Perú. Siempre había dudado de si podríamos vender la goleta, no tenía muchas esperanzas, la verdad, pero ahora estoy seguro de que no vale ni un centavo. Hay algún problema con esta goleta, no sé cuál, pero algo le pasa, si no, no estaría aquí con este cargamento. Si la echásemos a pique, si desembarcásemos en Perú, ¿qué haríamos? No podríamos declarar la pérdida, ni sabríamos explicar qué hacíamos en Perú. En ese caso, el comerciante no podría cobrar el seguro; lo más probable es que quebrase. ¿Nos ve en la playa de Callao?

—Al menos allí no hay extradición —dijo Herrick.

—De acuerdo, pero nosotros sí queremos la extradición —dijo el capitán—. ¿Qué queremos? Queremos que un cónsul nos conceda la extradición, a ser posible, a San Francisco, más concretamente, a la puerta de la oficina de ese comerciante. Pienso que Samoa podría ser un lugar adecuado parar negociar. La tenemos justo a popa. Hay cónsul de los Estados Unidos, los buques de vapor de San Francisco pasan por allí, por tanto podríamos largarnos para hacerle una visita al comerciante.

—¿Samoa? —dijo Herrick—. Nos llevará una eternidad llegar hasta allí.

—No con un viento favorable —dijo el capitán.

—Pero el cuaderno de bitácora, ¿qué? —preguntó Huish.

—No hay problema —dijo Davis—: Brisas suaves y vientos contrarios. Turbonadas y calma, navegación de estima: cinco millas. No hay registros de demora. Bombas en orden. Para terminar ponemos los datos del barómetro y del termómetro del viaje del año pasado. Le diré al cónsul: «El viaje más extraño de mi vida. Pensaba que iba a quedarme sin…» —dejó la frase a medias—. Pero… —empezó de nuevo, aunque se calló otra vez—. Perdóneme, Herrick —añadió con evidente humildad—, pero ¿ha llevado cuenta de las provisiones?

—Si me lo hubiese mandado, lo habría hecho, como he hecho todo lo demás, lo mejor que he podido, teniendo en cuenta mi escasa experiencia —dijo Herrick—. Supongo que el cocinero se las habrá arreglado por su cuenta.

Davis bajó la mirada.

—Lo hice bastante bien, como habrá podido comprobar —dijo finalmente —. Había que alejarse cuanto antes de Papeete, antes de que el cónsul se lo pensara mejor. Voy a hacer el inventario.

Se levantó de la mesa y desapareció en el pañol del pan con una lámpara.

—Otro fallo —comentó Huish.

—Compañero —dijo Herrick con un repentino acceso de antipatía—, todavía es su hora de guardia a cubierta, y seguramente de timón también.

—Es usted un engreído, ¿no cree, joven? —dijo Huish—. Siga ese rumbo. Seguramente de timón también…

Encendió un cigarro y se puso a pasear por el combés con las manos en los bolsillos.

Al poco tiempo volvió a aparecer el capitán; no miró a Herrick, sino que llamó a Huish y se sentó.

—Bueno —empezó a decir—, he hecho el inventario por encima —hizo una pausa como si quisiera que alguien lo ayudase a continuar; pero ninguno lo hizo, los dos lo miraban fijamente mostrando evidente inquietud, por lo que el capitán terminó diciendo bruscamente—: no va a salir bien. No podemos hacerlo, ésa es la verdad. Lo siento tanto como ustedes, o más. No hay nada que hacer. No podremos ni aproximarnos a Samoa, mucho menos a Perú.

—¿Qué es lo que quiere decir? —preguntó Huish con brusquedad.

—Apenas puedo explicármelo yo mismo —contestó el capitán—. Lo hice bien, de veras, ¡lo que pasa aquí está sacándome de quicio! Parece como si el diablo hubiera estado enredando por aquí. El cocinero debe de ser el más excelso estafador. ¡En una docena de días! Es de locos. Esto es lo que hay: creo que no vamos muy mal de harina, pero lo demás, ¡Dios mío, no entiendo nada! Se ha consumido en este barco de tres al cuarto más que en un transatlántico —miró de reojo a sus compañeros: nada bueno presagiaban aquellas caras serias, y recurrió a la ira—. ¡Esperen a que charle con ese cocinero! —gritó con rabia y golpeó fuertemente la mesa con el puño—. Hablaré con ese miserable como nunca antes le han hablado. ¡Lo tengo en el punto de mira…!

—¡No pondrá ni un dedo sobre ese hombre! —dijo Herrick—. La culpa es suya, lo sabe perfectamente. Si deja un salvaje suelto en la despensa, ya sabe

lo que le espera. No consentiré que moleste a ese hombre.

Nunca se sabrá cómo se habría tomado esta advertencia, porque Davis tuvo que enfrentarse con un nuevo enemigo.

—Muy bien —empezó a hablar con lentitud Huish—, es usted un capitán maravilloso, ¿no?, ¡menudo capitán! No me suelte ninguno de sus sermones, John Davis, que ya lo conozco, ¡no es usted más que un cretino! «No me lo explico», ¿no? «Nunca podré entenderlo», ¿verdad? ¿Es que no pedía conservas a todas horas? ¿Cuántas veces he tenido que oírle pedir el almuerzo, para después ordenarle a ese hombre que lo tirase todo a la basura? ¿Y el desayuno? ¡Dios mío! ¡Un desayuno para diez y todavía berreaba para que le trajeran más! Pero ahora «no puede explicárselo». ¡Que me muera si no es motivo suficiente para enviar a Dios una carta de protesta! Cuidado, John Davis, cuidado, no me provoque, soy muy peligroso.

Davis permanecía sentado como si todo esto lo dejara estupefacto; ni siquiera parecía estar escuchando, aunque la voz del empleado sonaba en el camarote como la de un cormorán entre las piedras de un acantilado.

—Ya basta, Huish —dijo Herrick.

—Así que, usted también está de su parte, ¿no? Engreído, señorito. Adelante; continúen los dos. Pero por lo que a John Davis se refiere, ¡voy a decirle algo! Me golpeó la primera noche a bordo, y nunca he recibido un golpe que no haya devuelto. Arrodíllese y pídame perdón por todo lo que ha hecho. No tengo nada más que decir.

—Estoy con el capitán —dijo Herrick—. Dos contra uno, y buenos, además, la tripulación está conmigo. Espero morir muy pronto, pero no me importaría nada matarlo a usted primero. Incluso me gustaría, no tendría el menor remordimiento. ¡Tenga cuidado, tenga mucho cuidado, sinvergüenza!

La cólera con la que había pronunciado estas palabras era tan rotunda y tan extraña en el hombre que las había pronunciado que Huish se quedó perplejo; incluso el humillado Davis levantó la cabeza, se quedó mirando fijamente a su defensor. Por lo que a Herrick respecta, todas las emociones y decepciones del día lo habían vuelto temerario, sentía una alegre sensación de bienestar, los ojos le escocían cada vez que parpadeaba; tenía la garganta seca como una galleta; el hombre menos peligroso por naturaleza (teniendo en cuenta que los débiles son siempre peligrosos) estaba dispuesto en ese mismo momento, sin que pareciera importarle mucho, tanto a asesinar como a ser asesinado.

Se había lanzado el desafío, se había anunciado la batalla; quien hablara a continuación decidiría si el asunto llegaba a su término allí; todos lo sabían y por eso dudaban; durante unos segundos, a puerta cerrada, los tres permanecieron sentados inmóviles y callados.

De repente hubo una interrupción, una interrupción no menos bienvenida que las flores de mayo.

—¡Tierra! —profirió una voz desde cubierta—. ¡Tierra a babor!

—¿Tierra? —exclamó Davis, poniéndose de pie de un salto—. ¿Qué es esto? Aquí no puede haber tierra.

Al igual que salen corriendo los hombres de una habitación donde yace un cadáver, así salieron corriendo los tres hombres del camarote, dejaron tras ellos la discusión sin concluir.

El cielo adquiría en el horizonte una blancura opalina; el mismo mar, de forma insolente, azul como la tinta, circunscribía el ininterrumpido círculo del horizonte. Ni siquiera el experto ojo del capitán Davis supo divisar la menor señal de tierra. Algunas nubes transparentes se entremezclaban por encima de sus cabezas; sobre la goleta, como si fuera el único punto de interés, un pájaro tropical, blanco como la nieve, volaba en círculos y lucía, cada vez que daba la vuelta, la larga pluma bermellón de la cola. Excepto mar y cielo, no había otra cosa.

—¿Quién ha gritado diciendo que había visto tierra? —preguntó Davis—. ¡Si alguno de vosotros se cree que puede jugar conmigo, ya le enseñaré yo cómo divertirse!

Pero Calvete, que estaba contento, señaló una parte del horizonte donde se podía discernir una iridiscencia verdosa y transparente que flotaba como humo en el pálido cielo.

Davis enfocó sus anteojos hacia esa zona, después miró al canaco.

—¿A eso lo llamas tierra? —dijo—. Yo no lo habría considerado así.

—Hacel mucho tiempo —dijo Calvete—, yo vel Anaa igual, cuatlo o cinco holas antes Ilegal. Capitán decil sol cael, sol subil otla vez; él decil atolón sel como espelo.

—¿Ser qué? —preguntó Davis.

—Espelo, señol —dijo Calvete.

—Ah, espejo —dijo Davis—. Ya entiendo, el reflejo de la laguna. Bueno, quizá, pero es muy extraño que yo no haya oído eso antes. Veamos el mapa.

Volvieron al camarote; vieron que la posición de la goleta era la correcta, a barlovento del archipiélago que estaba situado en medio del blanco pedazo de papel.

—Mírenlo ustedes mismos —dijo Davis.

—Aun así, yo no sé —dijo Herrick—, puede que el canaco tenga razón. Le

diré una cosa, capitán, lo del reflejo de la laguna es verdad, lo he oído en Papeete.

—¡Páseme entonces el Findlay! —dijo Davis—. Lo comprobaré. Una isla no puede habérseles pasado por alto en el punto en que nos hallamos ahora mismo.

Le pasaron el voluminoso libro, que tenía el lomo roto; empezó a mirar el texto, murmurando algo, y pasando las hojas con el dedo humedecido.

—¡Vaya! —exclamó—. ¿Cómo es esto? —leyó en voz alta:

«Isla Nueva. Según M. Delille, esta isla, que por intereses particulares permanece desconocida, está en latitud 12º 49′ 1″ al sur, longitud 133º 6′ oeste. Además de la posición que aquí se indica, el comandante Matthews, de H.M.S. Scorpion, declara que hay una isla en latitud 12º 0′ sur, longitud 133º 16′ oeste. Debe de ser ésta, si es que existe, lo cual es bastante improbable, los comerciantes de los mares del sur no creen que exista».

—¡Dios! —exclamó Huish.

—No lo da como seguro —dijo Herrick.

—Será lo que usted quiera —exclamó Davis—, ¡sólo sé que está ahí! Téngalo por seguro.

—«Que por intereses particulares permanece desconocida» —leyó Herrick por encima del hombro de Davis—. ¿Qué puede querer decir?

—Querrá decir que tiene perlas —dijo Davis—. Aunque, ¿una isla con perlas de la que el Gobierno no sabe nada? Eso suena a propiedad privada. Supongamos que no. Supongamos que se trata simplemente de una isla. Seguro que podremos aprovisionarnos de pescado, coco y todo tipo de cosas de la isla; en ese caso podremos llevar a cabo el plan de Samoa tal y como lo teníamos pensado. ¿Cuánto tiempo dijo que tardó en llegar a Anaa?, ¿cinco horas?

—Cuatro o cinco —dijo Herrick.

Davis se dirigió hacia la puerta.

—¿Qué velocidad llevabais aquella vez en Anaa, Calvete? —dijo.

—Seis o siete nudos —fue la respuesta.

—Treinta o treinta y cinco millas —dijo Davis—. Hay que reducir vela. Si realmente es una isla, no queremos darnos de cabeza con ella por la noche; si no es una isla, podríamos pasar por allí a la luz del día. ¡Virar por avante! —vociferó.

La proa del barco se encaminó hacia el impreciso brillo del cielo, que

empezaba ahora a palidecer y a disminuir de tamaño, como una mancha de aliento que se desvanece del cristal de una ventana. Empezaron a tomar los rizos al momento.

****

SEGUNDA PARTE

El cuarteto

El pescador de perlas

Sobre las cuatro de la madrugada, mientras el capitán y Herrick estaban sentados juntos en la barandilla, comenzó a oírse en medio de la noche el ruido de las olas. Los dos se pusieron en pie al momento, se quedaron escuchando y mirando. El sonido era continuo, como el paso del tren; no podía distinguirse ningún ascenso o descenso; una vez tras otra, el océano llegaba incansable a la isla invisible, y como Herrick esperaba en vano que cambiara el ruido, se le vino a la mente la idea de la eternidad. El ojo experto podría deducir perfectamente dónde estaba la isla a partir de una hilera de puntos que se extendía a lo largo del cielo estrellado. La goleta se puso al pairo, pero no dejaron de observar hasta el amanecer.

Por la mañana apenas había una tenue niebla. Había un débil destello hacia levante; un conato de color inefable, apagado, sin nombre, entre carmesí y plateado; después hubo unos destellos de incandescencia. Durante un momento resplandeció el horizonte como si hubiera un incendio que se propagara, pero, aun así, reinaron indiferentes la noche y las estrellas, era como si una chispa revoloteara al pie de un adorno en la pared incombustible, que apenas fuera capaz de amenazar al resto de la habitación. Poco más tarde todo el oriente deslumbraba con un color dorado y escarlata: el cielo se inundó de luz del día.

La isla, la oculta, en cuya existencia nadie creía, se hallaba justo ante ellos, muy cerca; Herrick pensó que nunca en sus sueños había contemplado algo tan extraño y delicado al mismo tiempo. La playa era muy blanca, la barrera de árboles era de un verde inimitable; la tierra alcanzaba quizá los diez pies de altura; los árboles, treinta más. Al bordear la goleta la costa hacia el norte, se abrían claros aquí y allá, y Herrick pudo ver claramente, sobre la no muy alta elevación de tierra (como por encima de una tapia) el interior del atolón; también podía verse al otro lado del atolón un dibujo de árboles que destacaba ante el cielo de la mañana. Herrick se rompía la cabeza intentando hallar

semejanzas. La isla era como el borde superior de un recipiente que se hubiera hundido en el agua; como un terraplén circular de un ferrocarril sobre el que hubieran crecido unas hierbas: parecía tan delicada entre las furiosas olas, tan frágil y bonita, que no le hubiera extrañado verla hundirse y desaparecer sin hacer ruido, mientras las aguas se cerraban delicadamente tras cubrirla.

El capitán estaba en las crucetas de trinquete, con los gemelos en la mano, buscando incansable por todas partes una entrada, signos de ocupación. Pero la isla continuaba extendiéndose mediante diferentes articulaciones que concluían en cabos irregulares; no se veían casas, hombres, señales de humo. Una multitud de aves marinas volaban desplazándose rápidamente para pescar en las azules aguas; también había una larga y solitaria franja de cocoteros y pandáneos que se extendía a lo lejos, que ofrecía a la nada exquisitos refugios verdes. Sólo el latido del mar interrumpía este silencio mortal.

Apenas había viento, hacía mucho calor. La cubierta abrasaba los pies, el sol ardía sobre sus cabezas, en el cielo incandescente; el calafate borboteaba en las juntas; los sesos, en la sesera. El nerviosismo de los tres aventureros les recorría los huesos como si fuera fiebre. Susurraban, asentían con la cabeza, señalaban, acercaban los labios al oído del otro como si estuviesen contándose secretos, mientras se acercaban a la isla sigilosamente, como atrevidos ladrones; incluso Davis, desde las crucetas, daba la mayoría de las órdenes mediante gestos. La tripulación también participaba de esta muda tensión, como perros, sin comprender absolutamente nada; entre el ruido de las largas olas, un silencioso barco se aproximaba a la desierta isla.

Finalmente vieron la entrada de la inacabable cinta. A un lado había un espolón de tierra coralina; al otro, una alta y espesa mata de árboles que impedía ver el paisaje: en medio estaba la boca del enorme tazón.

El océano se agolpaba en esa estrecha entrada dos veces al día, se congregaba entre sus frágiles paredes; dos veces al día, también, en la bajamar, la inmensa masa de agua sobrante tenía que luchar para poder escapar de allí. Cuando llegó la Farallone, subía la marea. El mar regresaba (con instinto de paloma mensajera) al inmenso receptáculo; al arremolinarse en la entrada se transformaba en una maravilla de matices de colores transparentes y sedosos, parecía rebosar y derramarse hacia el interior de la isla. La goleta navegaba de bolina, fue atrapada y transportada al interior por la gran masa de agua como si fuese un juguete. Apenas rozaba el agua, parecía volar; una sombra pasajera que provenía de los árboles de la orilla se reflejó en el suelo de la cubierta; el fondo del canal apareció y desapareció al momento; ya estaba en el interior del atolón; abajo, en la transparente habitación que formaban las aguas, jugaban miles de peces de colores, millares de pálidas flores de coral policromaban el fondo del mar.

Herrick estaba extasiado. El deleite de la vista le hizo olvidar completamente el pasado y el presente; olvidó que, por una parte, lo amenazaba la prisión; por otra, el hambre. Olvidó que había venido huyendo a esta isla, desesperado, aferrado a un clavo ardiendo. Un banco de peces, con los colores del arco iris, con picos como loros, rodearon la sombra de la goleta, la dejaron atrás; se reflejaban en el agua gracias al sol submarino. Eran preciosos, como pájaros, su paso silencioso lo impresionó tanto como la melodía de una canción.

Entre tanto, Davis seguía en las crucetas sin apartar la vista de las aguas vacías de la laguna interior, ni de la larga hilera de árboles de la orilla, que parecían nacer de la misma forma que brota el sedal de un carrete. Pero aún no había ningún signo de que aquello estuviese habitado. La goleta, nada más entrar, había fijado rumbo norte, donde parecía que había mayor profundidad; ahora casi rozaba la gran arboleda que ocultaba el paisaje que se extendiera al otro lado. De todas la orillas bajas de la isla, sólo esta ensenada permanecía sin descubrir. De repente, se alzó el telón; apareció una muy cómoda ensenada, y vieron, con gran sorpresa, los tejados de unas viviendas.

Esta aparición, que fue «revelada en un instante» a quienes estaban a bordo de la Farallone, no era una ciudad propiamente dicha, sino más bien una granja importante con su correspondiente caserío: una larga hilera de cobertizos y almacenes; por otro lado, se veía una residencia con una hermosa terraza cubierta; también había una docena de cabañas de indígenas, un edificio con un campanario en una casa que ostentaba una rara muestra de rasgos arquitectónicos que parecían haber sido diseñados para una capilla; en la playa había unas cuantas barcas varadas; un embarcadero de madera se internaba en los ardientes bajíos de la laguna. Al pie del embarcadero se veía ondear en un mástil la roja enseña de Inglaterra. Detrás, a los lados y por encima de ella, la misma gran arboleda de palmeras que antes había ocultado la población prolongaba aún más las copas de sus verdes árboles, que se agitaban y cantaban una canción de plata al dejarse mecer por el viento. El lugar tenía la indescriptible pero inequívoca apariencia de ser una delegación comercial; pero se respiraba un aire de abandono que era casi molesto, no se veía ningún ser humano que saliese o entrase en las casas, no había ningún ruido de humanidad atareada, ni de diversión. Solamente en la parte más alta de la playa y cerca del asta de bandera, una mujer de estatura gigantesca, blanca como la nieve, parecía hacer señas con el brazo. La segunda vez que se la miraba, se daba uno cuenta de que era una talla, era el mascarón de proa de un barco que habría estado por allí hacía tiempo, que habría naufragado entre las olas; ahora la habían sacado a la orilla para ser la insignia y emblema que presidiera la ciudad vacía.

La Farallone cogió un buen viento, más fuerte en el interior, al socaire de

la tierra; la goleta robada descubría a cada paso una serie de objetos que aparecían a la velocidad con la que aparecen los dibujos de una linterna mágica; los aventureros se habían quedado sin palabras. La bandera era un testimonio elocuente: no era un estandarte deshilachado y descolorido, no era un trofeo sacudido por el viento y ajado por el tiempo, adherido a un palo, presidiendo la soledad; para mayor seguridad, se divisaba entre la espesa sombra de la terraza un destello de cristal, el movimiento de una blanca mantelería. Si el mascarón de proa del muelle, con el ademán interrumpido y la blancura desconchada, reinaba solo en esa aldea, como realmente parecía ser, no llevaba haciéndolo mucho tiempo. Manos de hombre habían estado ocupadas allí, y pies de hombre también se habían movido dentro del recinto circular que era la isla. Los tripulantes de la Farallone estaban seguros, sus ojos buscaban con ansiedad en cualquier recoveco entre las palmeras por si veían a alguien oculto. Si la intensidad de la mirada hubiese servido de algo, las suyas podrían haber taladrado las paredes de las casas; en estos intensos segundos, tuvieron todos la extraña sensación de ser observados, la sensación de que estaban jugando con ellos; esperaban, con ansiedad difícilmente soportable, un golpe que caería sobre ellos muy pronto.

El grupo de palmeras que acababan de pasar en un cabo había ocultado hasta el último momento, a los ojos de quienes estaban a bordo, una ría; de aquí salió de repente una barca; una enérgica voz saludó.

—¡Ah de la goleta! —gritó—. ¡Gobiernen hacia tierra, al muelle! A doscientas cincuenta brazas tendrán veinte brazas de profundidad y un buen fondeadero.

Tripulaba la barca una pareja de remeros de piel oscura que llevaban unos taparrabos azules. La voz procedía de quien gobernaba la barca, llevaba ropa blanca, el traje típico de los trópicos; un sombrero de ala ancha ocultaba su cara, pero se advertía que era un individuo robusto, la voz parecía de un caballero. Eso fue todo lo que pudieron averiguar por el momento. Era evidente, además, que ya hacía tiempo que habían divisado la Farallone, y que habían preparado la recepción.

Obedecieron las órdenes mecánicamente: el barco atracó; los tres aventureros se agolparon en la popa junto a la camareta; con el pulso alterado, con las mentes completamente en blanco, aguardaban la llegada de aquel desconocido que tanto podía significar para ellos. No tenían ningún plan, ni habían pensado qué contar, tampoco había habido tiempo para inventarse nada; los había pillado con las manos en la masa, tenían que afrontar su destino. Pero esta inquietud iba acompañada, al mismo tiempo, de una ligera esperanza. Al no estar declarada esta isla, no había tampoco ninguna posibilidad de que este hombre ocupase algún cargo importante, ni siquiera de que pudiera exigirles ninguna clase de documento. Aparte de eso, si había algo

de verdad en lo de Findlay, como parecía ser, sería éste el representante de los «intereses particulares», y seguro que estaba muy disgustado por la llegada de los aventureros; quizá (les susurraba la esperanza) estaría dispuesto a comprar su silencio.

La barca avanzaba rápidamente, y finalmente, pudieron ver con qué tipo de hombre tenían que enfrentarse. Era un hombre muy alto, seis pies y cuatro pulgadas, de complexión fuerte, pero todo su vigor parecía disolverse en una apatía que iba más allá de la mera languidez. Solamente su mirada parecía decir lo contrario; era una mirada de una extraña mezcla de brillantez y suavidad, sombría como el carbón, pero con un brillo que sobrepasaba el del topacio; una mirada de intacta salud y virilidad; una mirada que ordenaba tener cuidado con la cólera devastadora de este hombre. Se le había bronceado la piel de tal forma en la isla que podría haber pasado por un nativo de Tahití; hacían evidente que era europeo su forma de moverse, los modales y su vitalidad interior, como chispa que brotara del pedernal. Iba vestido de blanco, con ropa exquisitamente cortada, la corbata y el pañuelo eran de seda pálida; en la bancada, junto a él, descansaba un rifle Winchester.

—¿Está el médico a bordo? —preguntó al llegar—. Me refiero al doctor Symonds. ¿Que no han oído hablar de él? ¿Tampoco del Trinity Hall? ¡Ah!

No pareció sorprenderse; por el contrario, parecía que fingía sorprenderse por educación; sin embargo, no desviaba la vista de cada uno de los tres blancos con una curiosidad tal que podría calificarse de impertinente.

—¡Ah!, entonces —dijo— hay un pequeño error, sin ninguna duda, debo preguntarles, pues, a quiénes tengo el gusto de saludar.

Ya estaba en la cubierta, pero seguía siendo suficientemente inaccesible: el más amable plebeyo ni embriagado se hubiera atrevido a tomarse ninguna libertad con él, ninguno de los aventureros se atrevió a darle la mano.

—Bueno —dijo Davis—, supongo que podríamos decir que se ha tratado de una casualidad. Habíamos oído hablar de la isla, y leímos algo sobre ese asunto de los «intereses particulares» en el Directorio; cuando vimos el cielo reflejado en la laguna, nos encaminamos hacia aquí al momento, y aquí estamos.

—¡No queremos molestar! —dijo Huish.

El desconocido miró a Huish con aire de tenue sorpresa, desvió la mirada de forma significativa. Hubiese sido difícil ser más insultante en una pantomima.

—Puede que incluso me convenga su llegada —dijo—. Mi propia goleta trae retraso, podría poner algo en la suya mientras tanto. ¿Admitirían un flete?

—Supongo que sí —dijo Davis—, depende.

—Me llamo Attwater —continuó el desconocido—. Supongo que es usted el capitán.

—Sí señor. Soy el capitán de este barco, capitán Brown —respondió.

—¡Bien, veamos —dijo Huish—, es mejor empezar bien! Es el capitán en cubierta, pero no abajo. Abajo todos somos iguales, todos tenemos nuestro papel en esta aventura; cuando se trata de negociar yo soy tan bueno como él; propongo que pasemos al camarote, tomemos unas copas y hablemos del tema entre amigos. Tenemos champán de primera calidad —dijo guiñando el ojo.

La presencia del caballero iluminaba como una vela la vulgaridad del empleado; Herrick, instintivamente, como queriendo protegerse de la vergüenza, se apresuró a interrumpir.

—Me llamo Hay —dijo—, ya que seguimos con las presentaciones. Nos agradaría que pasara dentro.

Attwater se dirigió a él al momento.

—¿Licenciado? —dijo.

—Sí, Merton —dijo Herrick, se ruborizó enseguida por la indiscreción.

—Yo soy de la otra —dijo Attwater—: Trinity Hall, Cambridge. Le puse a mi goleta el nombre de esta vieja institución. No estamos en el lugar ni con la compañía idónea para conocernos, Mr. Hay —continuó hablando con una evidente descortesía hacia los demás—. Pero ¿corrobora usted…? Pido disculpas a este caballero, creo que no he oído bien su nombre.

—Me llamo Huish, señor —respondió el empleado, ruborizándose al hacerlo.

—¡Ah! —dijo Attwater. Después, dirigiéndose otra vez a Herrick—, ¿corrobora usted la opinión de Mr. Whish sobre la cosecha?, ¿o es solamente la poesía natural de su propio ser que le sale a borbotones?

Herrick estaba avergonzado; la delicada brutalidad del visitante le hizo sonrojarse; el hecho de que él fuese aceptado como un igual, que los demás fueran despreciados de forma deliberada, le agradaba a pesar de todo, pero también hacía que una sensación de repugnancia y cólera le recorriese las venas.

—No sé —contestó—. Es de California, creo que es bastante bueno.

Attwater pareció decidirse.

—Bien, entonces, les diré algo: ustedes tres, caballeros, desembarquen esta noche, traigan ese champán; yo intentaré que haya comida —dijo—. Por

cierto, una pregunta que debí haber hecho cuando subí a bordo: ¿han pasado la viruela?

—Nosotros no —contestó Herrick—. Pero la goleta sí la ha pasado.

—¿Muertes? —preguntó Attwater.

—Dos —dijo Herrick.

—Es una enfermedad espantosa —dijo Attwater.

—¿Ha habido aquí alguna muerte? —preguntó Huish—, ¿aquí en la isla?

—Veintinueve —dijo Attwater—. Veintinueve muertes, más treinta y un enfermos, de treinta y tres almas que habitaban en la isla. Extraña forma de calcular, ¿no, Mr. Hay?, ¿no le parece? ¡Almas! Nunca digo esa palabra, me sobresalta.

—¿Por eso está todo abandonado? —preguntó Huish.

—Por eso, Mr. Whish —respondió Attwater—; por eso es por lo que la casa está vacía y el cementerio lleno.

—¡Veintinueve de treinta y tres! —exclamó Herrick—. ¿Pudieron enterrarlos a todos?

—A duras penas —dijo Attwater—; hubo un día en que lo dejamos. Aquella mañana hubo cinco muertos, había además trece moribundos, nadie podía hacer nada excepto el enterrador y yo. Celebramos un consejo de guerra, llevamos a los camaradas a la laguna, los arrojamos allí al agua.

Miró por encima del hombro hacia las deslumbrantes aguas.

—Bien, entonces, vendrán a cenar, ¿no?, ¿sobre las seis y media?, ¡les agradezco su amabilidad!

La voz, al decir estas frases tan convencionales, regresó al convencional registro mundano; Herrick inconscientemente siguió su ejemplo:

—Estoy seguro de que pasaremos un rato muy agradable —dijo—. ¿A las seis y media? Muchas gracias.

«Afiné la voz con el cañón

que retumba en la batalla»,

recitó Attwater con una sonrisa que enseguida fue sustituida por un gesto de fúnebre solemnidad.

—Especialmente esperaré a Mr. Whish —continuó—. Mr. Whish, confío en que usted entienda esta invitación.

—¡Ya lo creo, compañero! —replicó el simpático Huish.

—De acuerdo entonces; bien entendido, ¿no? —dijo Attwater—. Mr. Whish y el capitán Brown a las seis y media sin falta; usted, Hay, a las cuatro en punto.

Dicho esto, llamó a los de la barca.

Durante toda la conversación, el capitán parecía muy inquieto. La naturaleza lo había favorecido con el don de la locuacidad, pero ese día estaba silencioso y distraído. Quienes lo conocieran bien habrían advertido que escuchaba con atención cada sílaba que se pronunciaba, parecía examinarlas y sopesarlas con todo cuidado. Sería muy difícil describir su mirada: fría, atenta, siniestra, como la de quien madura unos planes que se ciernen sobre el desprevenido invitado; se veía y dejaba de verse, era tan tenue que Herrick se tenía que reprender a sí mismo por su frívola imaginación, a ratos era tan evidente que se diría que hasta el último pelo de la cabeza de este hombre era un puro engaño.

De repente, despertó de su ensimismamiento.

—Ha mencionado un flete, ¿no? —dijo.

—¿Sí? —dijo Attwater—. Bueno, ya hablaremos de eso.

—Su goleta se ha retrasado, ¿no? —continuó el capitán.

—Así es, capitán Brown —dijo Attwater—; treinta y tres días de retraso hoy al mediodía.

—Va y viene, ¿no?, va de aquí a… —insinuó el capitán.

—Exactamente, cada cuatro meses, tres viajes al año —dijo Attwater.

—¿Viaja usted en ella en alguna ocasión? —preguntó Davis.

—No, yo vivo aquí —dijo Attwater—; hay muchas cosas a las que atender.

—Así que vive aquí, ¿no? —exclamó Davis—. Diga, ¿cuánto tiempo hace de eso?

—¡Mucho tiempo, Dios mío! —dijo Attwater con absoluta y rigurosa seriedad—. Pero no lo parece —añadió con una sonrisa.

—No, me atrevería a decir que no. No, supongo que no. No con todos los dioses que lo rodean, en un lugar tan cómodo como éste. Porque es realmente un lugar muy agradable —dijo, mientras abarcaba todo con la mirada.

—El lugar, como bien dice, no está mal del todo —respondió.

—Conchas, supongo —dijo Davis.

—Sí, conchas —respondió Attwater.

—Buena laguna es ésta, ¿no? —dijo el capitán—. ¿Hubo una…?; ¿fue la pesca…?; ¿podría decirse que en cierta forma hay buena pesca aquí?

—No sabría cómo decirlo —dijo Attwater—, si me lo pregunta así, directamente.

—¿También había perlas? —preguntó Davis.

—Perlas también —contestó Attwater.

—Bien, me rindo —se rio Davis, pero la risa sonó cascada como una moneda falsa—. Si no quiere hablar, no quiere hablar, eso es todo.

—No hay ninguna razón por la que deba fingir que hay algún secreto en mi isla —respondió Attwater—, eso se ha acabado con su llegada, estoy seguro de que hubiese estado encantado en su momento de tener aquí en casa a caballeros como usted y Mr. Whish. El tema en el que ahora diferimos, si puede llamarse diferencia, es sobre horarios y estaciones. Yo tengo información que usted piensa que debo desvelar, yo pienso que no. Bien, ¡nos veremos esta noche! ¡Adiós, Whish! —Abordó la barca, zarpó—. ¿Ha quedado todo claro? —preguntó—. El capitán y Mr. Whish a las seis y media, usted, Hay, a las cuatro en punto. ¿Ha comprendido, Hay? Tenga en cuenta que no acepto una negativa. Si no está a la hora que hemos quedado, no habrá banquete, ¡si no cumple, no hay cena, Mr. Whish!

Unos pájaros blancos se movían velozmente por el aire; abajo, en un medio apenas más denso, se movía un banco de peces policromados; entre ellos, como si fuera el féretro de Mahoma, la barca se alejaba a gran velocidad hacia la orilla, la sombra la seguía por el reluciente suelo de la laguna. Attwater, sentado, miraba hacia atrás por encima del hombro; no apartó la vista de la Farallone, ni del grupo del alcázar, junto a la camareta, hasta que la barca llegó al embarcadero. Después, con paso ágil, ganó la orilla, vieron flotar las blancas vestiduras en el crepúsculo de la arboleda, hasta que fue recibido en la casa.

El capitán, con gesto y mirada que lo decían todo, hizo pasar a los aventureros al camarote.

—Bien —dijo a Herrick una vez que estaban sentados—, al menos tenemos algo. Le ha caído usted en gracia.

—¿Eso es algo? —preguntó Herrick.

—Ah, verá muy pronto cómo va saliendo todo —respondió Davis—. Vaya a la orilla y quédese con él; ¡eso es todo! Conseguirá miles de indicaciones; podrá averiguar qué es lo que tiene, qué es el asunto ese del flete, y quién es el cuarto hombre, porque hay cuatro, y nosotros sólo somos tres.

—Suponga que lo hago, a continuación, ¿qué? —exclamó Herrick—.

¡Respóndame a eso!

—Lo hará, Robert Herrick —dijo el capitán—. Pero primero veamos si está todo claro. Me imagino que sabe —prosiguió con gran solemnidad—, me imagino que se habrá dado cuenta de que lo de la Farallone se ha acabado. Que no hay nada que hacer, que si esta isla no se hubiese interpuesto en nuestro camino, como lo ha hecho, supongo que sabe dónde estaríamos ahora mismo usted, Huish y yo.

—Sí, lo sé todo —dijo Herrick—. No importa quién tenga la culpa, lo sé. ¿Qué más?

—No importa quién haya tenido la culpa, lo sabe, correcto —dijo el capitán—; le agradezco que me lo haya recordado. Ahora, de repente, aparece este Attwater, ¿qué piensa de él?

—No lo sé —contestó Herrick—. Me atrae y, al mismo tiempo, me repugna. Se ha comportado de un modo grosero con ustedes.

—¿Usted, Huish? —dijo el capitán.

Huish estaba sentado limpiando su pipa de madera de brezo favorita; apenas levantó la vista de la tarea que le ocupaba.

—¡No me pregunte qué es lo que pienso de él! —dijo—. Espero que llegue el día, a Dios se lo pido, en que pueda decírselo yo mismo a la cara.

—Huish piensa lo mismo que yo —dijo Davis—. Cuando ese hombre se acercó y dijo: «Miren, soy Attwater», ¡Dios!, creo que lo juzgué correctamente. Es de verdad, y no me gusta; es el aristócrata de verdad, sin paliativos, orgulloso de serlo. «Ah, no los conozco», ¿no? «Maldito sea, ¡Dios mío!». ¿Dios suyo? No, no, es de verdad, ha nacido para eso; elegante como el champán, pero despiadado; no tiene ni un pelo de tonto; no, señor, ¡ni un pelo! ¿Para qué demonios está en esta isla?, me pregunto. No estará aquí recogiendo huevos. Tiene en Inglaterra un palacio con lacayos que le sirven, si no está allí…, ¡les aseguro que sabe pero que muy bien lo que hace!, ¿me siguen?

—Sí, le escucho —dijo Huish.

—Ha estado haciendo un buen negocio aquí —continuó el capitán—. Durante diez años ha estado haciendo un buen negocio. Por supuesto, de perlas y conchas; en un lugar como éste no puede ser otra cosa; sin duda alguna, transporta las conchas con frecuencia en ese Trinity Hall, el dinero va directo al banco, con eso no hacemos nada. Pero aquí hay algo más, ¿no hay nada más que le haga quedarse aquí? ¿No hay nada más que lo ate a este lugar? ¡Sí señor, las perlas! Primero, porque son demasiado valiosas como para dejarlas en manos de terceros. Segundo, porque el asunto de las perlas requiere mucha manipulación y cuidados, el hombre que vende las perlas una

aquí y otra allá, en lugar de quedarse todas, ese hombre es estúpido, y no es precisamente el caso de Attwater.

—Probablemente —dijo Huish—, a lo mejor es así; no es seguro, es probable.

—Es seguro —afirmó tajantemente Davis.

—Imagínese que es así —dijo Herrick—. Suponga que todo es exactamente como ha dicho, que él tenga esas perlas, una colección de perlas de diez años. Suponga que las tenga, ¿y qué?

El capitán no dejaba de golpear con las gruesas manos la tabla de la mesa; se quedó mirando a Herrick fijamente, mientras que Herrick no perdía de vista la mesa y los dedos que la golpeaban; hubo una pequeña oscilación del barco anclado, un haz de luz pasó de uno al otro.

—¡Escúcheme! —estalló Herrick de repente.

—No, escúcheme usted a mí primero —dijo Davis—. Escúcheme e intente comprenderme. Nosotros no tenemos nada que hacer con ese tipo; sin embargo usted sí. Es su tipo, no el nuestro; lo ha elegido a usted, mientras que a Huish y a mí nos ha pisoteado. ¡Sálvelo si puede!

—¿Que lo salve? —repitió Herrick.

—¡Sálvelo si puede! —volvió a decir Davis, dando un golpe con el puño cerrado—. Vaya a la orilla y hable con él tranquilamente; si consigue que él y las perlas suban a bordo, entonces lo perdonaré. Si no, me temo que va a haber un funeral. ¿No es así, Huish? ¿Le parece bien?

—No soy un hombre indulgente —dijo Huish—, pero tampoco me gusta estropear los negocios. Traiga a ese tipo a bordo, traiga las perlas, después haga lo que quiera, puede dejarlo en una isla desierta, donde usted quiera, conforme.

—¿Y si no puedo? —exclamó Herrick, mientras el sudor le corría por la frente—. ¡Me hablan como si yo fuera Dios todopoderoso, como si pudiera hacer todo lo que quisiera! Pero ¿y si no puedo?

—Hijo mío —dijo el capitán—, será mejor que haga el trabajo lo mejor que pueda, o lo mandaremos a paseo.

—Sí —dijo Huish—. ¡Por supuesto que sí! —Miró a Herrick con una sonrisa desdentada que sobresaltaba por lo salvaje que resultaba; la expresión tan trivial que había utilizado le hizo romper a cantar un fragmento de una canción cómica que debió de haber oído veinte años antes en Londres: una tontería sin sentido, que en ese momento y en ese lugar sonaba insultante como una blasfemia:

«Por supuesto que sí, la-rí, la-rá, la-rí, la-rí, la-rá».

El capitán dejó que terminara; su rostro no cambió.

—Tal y como están las cosas, cualquier otro hombre no lo dejaría ir a tierra —concluyó—. Pero yo no soy así. Sé que usted nunca me daría la espalda, Herrick. ¡Pero si va a hacerlo, hágalo de una vez por todas, maldita sea! —gritó; se levantó bruscamente de la mesa.

Salió del camarote; cuando llegó a la puerta se dio la vuelta y llamó a Huish violentamente, sonó la voz como el ladrido de un perro. Huish lo siguió, Herrick se quedó solo en el camarote.

—¡Escúcheme! —susurró Davis—. Lo conozco muy bien. No le hable. Si vuelve a dirigirle la palabra, lo echará todo a perder.

Aprendiendo a conocerse

La barca zarpó de nuevo; había recorrido medio camino hacia la Farallone antes de que Herrick se diese la vuelta, antes de que echase a andar por el embarcadero de mala gana. Desde el extremo de la playa, el mascarón lo miraba como con ironía. La cabeza tenía el casco echado hacia atrás, el robusto brazo parecía a punto de lanzar algo, una concha o un proyectil, hacia la amarrada goleta. Semejaba una deidad desafiante que asomara a las puertas de la isla con un ímpetu tal que parecía que fuera a echarse a volar, pero que se hubiese quedado inmóvil en esa actitud. Herrick, con un extraño sentimiento de curiosidad y atracción, alzó la vista para contemplarla; se erguía sobre él con majestad; intentó viajar por los acontecimientos de su vida mediante la imaginación. Durante mucho tiempo fue la ciega guía de un barco que surcaba la mar; mucho tiempo había permanecido aquí, desocupada, bajo un sol implacable, sin que ni siquiera se le irritara la piel; ¿era éste el final de tantas aventuras?, se preguntaba, ¿le sucedería algo más? Herrick lamentó en lo más profundo de su corazón que no fuese una diosa, y que él no fuese pagano, de lo contrario se habría arrodillado ante ella en este momento de dificultad.

A medida que avanzaba, la sombra de las altas palmeras hacía que refrescase; la corriente de la mortecina brisa las agitaba por arriba, con más rapidez que las libélulas o las golondrinas, destellos de la luz del sol revoloteaban por todas partes, se quedaban suspendidos en el aire, regresaban. Bajo los pies, la arena era bastante firme y lisa; esto hacía que los pasos de Herrick fuesen tan silenciosos como si pisara nieve recién caída. El sendero conservaba huellas de haber sido limpiado de malas hierbas, como en un jardín inglés; pero también en esto se había dejado sentir la peste, la mala

hierba empezaba a aparecer de nuevo. Los edificios del lugar, que podían verse por todas partes a través de los huecos de la columnata, estaban recién pintados, cuidados y elegantes; todo estaba silencioso como una tumba. Aquí y allá, oculto, al otro lado de la casa con la terraza, podía oírse el rumor y el canto de unas aves de corral; Herrick vio que salía humo, oyó el crepitar del fuego.

A la derecha, cerca de donde él estaba, había varias casas de piedra. La primera estaba cerrada, en la segunda se entreveía, a través de una ventana, cierta acumulación de conchas perlíferas apiladas en un rincón. La tercera, abierta de par en par, atrajo la atención de Herrick por la gran variedad y desorden de románticos objetos que encerraba. Había cables, molinetes y calzos de toda clase y condición; en la confusión y oscuridad del cobertizo había ventanas de camarote y escaleras, depósitos oxidados, una escotilla, una bitácora con su base de latón y con una brújula que inútilmente señalaba a un olvidado polo; también había cabos, anclas, arpones, un cucharón de cobre para la grasa de ballena enmohecido con los años, una rueda de timón, una caja de herramientas con el nombre del navío en la tapa, Asia, que contenía, a su vez, toda una tienda de curiosidades y efectos navales, grande y pesada, difícil de levantar y de romper, reforzada con cobre y forrada de hierro. Al menos dos naufragios habían sido necesarios para reunir este heterogéneo conjunto de utensilios. Mientras Herrick observaba todo esto, se le ocurrió pensar que en el fondo era como si las dos tripulaciones de ambos barcos estuvieran presentes, como si escuchara sus pisadas y susurros, como si viera por el rabillo del ojo los vulgares fantasmas de los marineros.

Pero esto ya no era simplemente obra de su imaginación, sino que era real; no había duda de que se acercaba alguien sigilosamente: mientras él permanecía allí mirando todos estos objetos, sonó de repente la voz de su anfitrión, quien, con una suavidad al hablar incluso mayor que la usual, dijo desde atrás:

—¡Trastos, solamente trastos viejos! Pero, Mr. Hay, ¿halla algún sentido a todo esto?

—Al menos es impresionante —respondió Herrick, dándose la vuelta rápidamente para ver si podía captar en la cara de su interlocutor alguna intención en sus palabras.

Attwater se quedó en el umbral, que ocupaba casi por completo; con los brazos extendidos, agarrado al dintel. Sonrió cuando las miradas se cruzaron, pero la expresión era inescrutable.

—Sí, es impresionante. Es usted como yo; ¡nada me afecta tanto como los barcos! —dijo—. Las ruinas de los imperios me dejan indiferente, pero una pieza de una barandilla en la que se haya apoyado un viejo lobo de mar en la

guardia de media me emociona. Pero, venga, hay más cosas que ver en la isla. Todo está cubierto de arena, corales y palmeras; pero este lugar tiene cierta originalidad.

—Me parece un paraíso —dijo Herrick respirando profundamente, quitándose el sombrero en la sombra.

—Eso es porque acaba de llegar del mar —dijo Attwater—. Estoy seguro de que le gustará el nombre. Tiene un nombre encantador. Tiene sabor, color, cadencia; ¡como su autor, es medio cristiano! Recuerde la primera impresión de la isla, sólo bosque y más bosque y agua; imagine que le hubiese preguntado a alguien el nombre de la isla y le hubiesen contestado: Nemorosa Zacynthos.

—Iam medio apparet fluctu —exclamó Herrick—. ¡Sí, qué hermoso!

—Si es verdad que aparece en el mapa, ya se encargarán los capitanes de ella —dijo Attwater—. Pero venga aquí, vea el cobertizo de los buzos.

Abrió la puerta y Herrick vio una larga hilera de trajes de buzo perfectamente ordenados; había también bombas de agua y tuberías, botas con suela de plomo, enormes cascos con tuberías que brillaban en hileras a lo largo de la pared; diez equipos completos.

—La mitad oriental de mi atolón es poco profunda, ¿sabe? —dijo Attwater—; por eso trabajamos muy bien con los equipos. Es casi increíble lo que puede conseguirse con ellos; era extraño verlos trabajar; estos monstruos marinos —dijo golpeando el casco que tenía más cerca— aparecían y desaparecían en medio de la laguna del atolón. ¿Le gustan las parábolas? —preguntó bruscamente.

—¡Sí! —dijo Herrick.

—Bueno, veía estos equipos que bajaban y subían chorreando, bajaban y volvían a subir chorreando, y el tipo de dentro estaba ¡seco como una tostada! —dijo Attwater—; pensé que a nosotros también nos hacía falta un equipo como éstos para entrar en el mundo, para salir indemnes. ¿Cómo llamaría a esto? —preguntó.

—Vanidad —dijo Herrick.

—¡No, hablo en serio! —dijo Attwater.

—¡Llámelo amor propio, entonces! —volvió a decir Herrick, pero esta vez riéndose.

—¿Por qué no Gracia? ¿Por qué no la Gracia de Dios, Mr. Hay? —preguntó Attwater—. ¿Por qué no la Gracia de su Creador y Redentor, que murió por usted, que lo sostiene en todo momento, a quien usted crucifica una

vez tras otra? ¡No hay nada aquí —dijo, golpeándose el pecho—, nada allí —golpeando la pared—, y no hay nada ahí —dando con el pie en el suelo— que no sea la Gracia de Dios! ¡Caminamos, respiramos, vivimos y morimos por ella; es el eje del universo; y viene cualquier petimetre y lo llama vanidad!

El gigantesco hombre de tez morena permanecía frente a Herrick, junto a los cascos de buzo, parecía cada vez más nervioso; pero de repente se evaporó su enfado.

—Le pido mil disculpas —dijo—, me doy cuenta de que no cree en Dios.

—Al menos, no de la misma forma en que usted cree, me temo —contestó Herrick.

—Nunca discuto con ateos ni con borrachos —dijo Attwater de forma frívola—. Crucemos para ver la playa exterior.

Era un camino corto, la parte más ancha de la isla apenas rebasaba los doscientos metros, caminaban despacio. Herrick parecía estar viviendo un sueño. Había ido hasta allí lleno de dudas, para estudiar esta máscara ambigua e irónica, para sacar a la luz al hombre que se ocultaba en su interior, y para actuar en consecuencia; la decisión quedaba aplazada. Crueldad de acero, insensibilidad hacia el sufrimiento de los demás, satisfacción a ultranza de los intereses propios, distante, modales carentes de simpatía humana, esto es lo que había esperado hallar, y todavía creía verlo en él. Pero lo había dejado mudo de la sorpresa de haber hallado un celo y entusiasmo religiosos poco comunes. Mientras caminaba, trabajaba en vano para reunir las piezas, para dar sentido a una especie de totalidad que abarcase esta extraña colección de objetos dispersos, para enfocar una imagen lo más nítida posible del hombre que se hallaba junto a él.

—¿Qué lo trajo a los mares del sur? —preguntó.

—Muchas cosas —dijo Attwater—. Juventud, curiosidad, fantasía, el amor al mar, y, le sorprenderá, el interés por las misiones. Este último, en buena medida, ha desaparecido. No saben hacer las cosas, son demasiado beatos, como viejas o incluso como vendedoras de castañas. Lo externo, la ropa es lo que les preocupa, ¡pero la ropa no lo es todo en el cristianismo, ni ellos son el sol en medio del cielo, ni podrán serlo jamás! Creen que una parroquia llena de rosas, que las campanas de la iglesia y las encantadoras ancianas que salen a saludar a mitad de los caminos forman parte de la religión. Pero la religión es algo salvaje, como todo el universo al que ilumina; salvaje, frío, desnudo, pero infinitamente fuerte.

—¿Dice que encontró esta isla por casualidad? —preguntó Herrick.

—¡Exactamente igual que usted! —dijo Attwater—. Desde entonces he

tenido una tarea que cumplir, he tenido una colonia y he tenido una misión propia. Yo era un hombre de mundo antes de ser cristiano, todavía soy un hombre de mundo, y he puesto a rendir mi misión. Nunca salió nada bueno del exceso de protección. Un hombre debe mantenerse firme ante la presencia de Dios, debe trabajar hasta que gane tanto como sea su peso; entonces podrá hablar con él, no antes. Di a estos mendigos lo que querían: un juez de Israel con espada y látigo; creé un nuevo tipo de personas aquí, y ¡mire, el ángel del Señor los golpeó y ya no volvieron a ser lo que fueron!

Mientras pronunciaba estas palabras, acompañadas de gestos, salieron del tejado de palmeras junto a la orilla del mar, ante el sol, que comenzaba a ponerse. Ante ellos, las olas rompían lentamente. Alrededor, con aire de cosas imperfectas y torpes, dedicados a una actividad malévola, los cangrejos rodaban aprisa hacia sus agujeros. Attwater señaló a la derecha, y se encaminó bruscamente hacia un lugar en que se hallaba el cementerio de la isla, un campo cubierto de piedras de todos los tamaños, las había como la mano de un niño, hasta del tamaño de una cabeza, estaban separadas unas de otras por unos túmulos, cercados por una tosca tapia rectangular. No crecía nada en esa zona, excepto algún arbusto de flores blancas; nada aparte del gran número de túmulos de inquietante forma indicaba la presencia de los muertos.

«¡Duermen aquí los antepasados del pueblo!», citó Attwater cuando entró por la puerta de ese lugar no consagrado.

—Coral a coral, piedra a piedra —dijo—, éste ha sido el escenario principal de mi actividad en el Pacífico Sur. Algunas cosas fueron buenas; otras, malas; la mayoría (por supuesto, siempre), nulas. Este era cariñoso como un perro; si lo llamabas, venía rápido como flecha que saliera del arco; si no lo llamabas, también venía, como por inercia, debería haber visto aquella mirada sumisa y los complejos pasos de baile. Bueno, ya no tiene problemas, ahora yace junto con reyes y cancilleres; el resto de sus acciones, ¿no están escritas ya en el libro de las crónicas? Ese otro era de Penrhyn; como todos los habitantes de Penrhyn, era muy difícil; demasiado vivaz, celoso, violento, ¡un tipo muy astuto! Ahora yace aquí tan tranquilo, como todos.

«¡La oscuridad fue la sepulturera de los muertos!».

En la penumbra del ocaso, se distinguía la cabeza inclinada de Attwater; su voz sonaba a ratos dulce y a ratos amarga, cambiaba de tono.

—¿Quería a esta gente? —exclamó Herrick, emocionado.

—¿Cómo? —dijo Attwater—. ¡No, por supuesto! No crea que soy un filántropo. No me gustan los hombres, odio a las mujeres. Si me gustan estos isleños, es simplemente porque han sido despojados de todo lo superfluo, de las certezas, los tricornios, los camisones, las medias de colores. Aquí yace el

que sí que me gustaba —puso el pie sobre un túmulo—. Era encantador, pero su alma era muy oscura; sí, me gustaba. Soy bastante extravagante —añadió mirando seriamente a Herrick—, me entusiasmo enseguida. También usted me gusta.

Herrick se dio la vuelta lentamente y miró a lo lejos, donde las nubes habían comenzado a agruparse y a amontonarse para asistir a las exequias del día.

—No puedo gustar a nadie —dijo.

—Se equivoca —dijo el otro—, nadie es buen juez de sí mismo. Usted es atractivo, muy atractivo.

—No, no es por mi físico —dijo Herrick—, no puedo gustar a nadie. ¡Si usted supiera cómo me desprecio a mí mismo, y por qué! —La voz retumbaba en el silencioso cementerio.

—Sé que se desprecia —dijo Attwater—. Vi cómo enrojeció cuando recordó Oxford. También yo me habría ruborizado por usted, un hombre, un caballero, con dos vulgares delincuentes.

Herrick lo miró un tanto agitado.

—¿Delincuentes? —repitió.

—Sí, he dicho delincuentes, y vulgares —dijo Attwater—. ¿Sabe usted que hoy, al subir a bordo, me eché a temblar?

—Disimula usted muy bien —tartamudeó Herrick.

—Sí, sé hacerlo —dijo Attwater—. Pero estaba asustado, me asustaron los delincuentes —levantó la mano poco a poco—. Ahora, Mr. Hay, pobre cachorrillo perdido, dígame qué es lo que está haciendo con esos dos delincuentes.

—¿Qué hago? Nada —dijo Herrick—. Todo está en orden, todo es honrado; el capitán Brown es una buena persona; es un… es… —La voz fantasmal de Davis le susurraba al oído: «Va a haber un funeral»; empezó a correrle el sudor por la frente—. Es un hombre muy hogareño —dijo finalmente, tragando saliva al decirlo—; tiene hijos, esposa.

—Es un hombre encantador, ¿no? —dijo Attwater—. Como Mr. Whish, sin ninguna duda, ¿no?

—No diría yo eso —dijo Herrick—. Huish no me gusta. Reconozco que, sin embargo, también tiene sus méritos.

—En pocas palabras, seguro que me va a decir que son la mejor tripulación para cualquier barco, ¿no es así? —dijo Attwater.

—Sí, por supuesto —dijo Herrick.

—Entonces, analicemos desde otro ángulo el porqué de su desprecio —dijo Attwater.

—¿No nos despreciamos todos un poco? —exclamó Herrick—. ¿Acaso no se desprecia usted a sí mismo?

—Yo diría que sí, pero ¿soy sincero? —dijo Attwater—. Al menos tengo algo claro, ¡yo no he gritado como usted, Mr. Hay! ¡Eso sólo puede venir de una mala conciencia! ¡Ay, amigo, ese traje de buzo suyo de la vanidad está en muy mal estado! Hoy, ahora mismo, si me escuchara, mientras el sol se pone, aquí, en este cementerio lleno de inocentes aborígenes, podría arrodillarse y arrepentirse ante el Redentor de todos sus pecados y culpas. Mr. Hay…

—¡No me llamo Hay! —interrumpió el otro, casi sofocado—. ¡No me llame así…! Por el amor de Dios, ¿no se da cuenta de que estoy completamente abatido?

—Lo veo, lo sé, tengo la culpa, he puesto el dedo en la llaga, ¿no? —dijo Attwater—. Si Dios quiere, hoy se acercará un arrepentido a tu trono. ¡Venga, venga a gozar de la misericordia! ¡Dios desea concederle la Gracia, la Gracia!

Extendió los brazos en forma de cruz, su cara brillaba como la de un serafín; su voz, al pronunciar la última palabra, parecía a punto de romper a llorar.

Herrick pareció reaccionar de repente.

—Attwater —dijo—, me está llevando más allá de lo que puedo soportar. ¿Qué voy a hacer? Yo no creo. De verdad; esto, para mí, no es más que simple cultura popular. No creo que haya ninguna forma de expresar nada bajo el cielo por la cual yo pueda liberarme de la carga que llevo sobre los hombros. Tengo que enfrentarme con mis responsabilidades, no puedo eludirlas; ¿cree que no lo haría si pudiera? Pero no puedo, no, no puedo, ¡basta!

El éxtasis se había evaporado del semblante de Attwater; el oscuro apóstol había desaparecido; en su lugar había un amable e irónico caballero, que se quitó el sombrero e hizo una reverencia. La hizo con presunción; eso provocó que Herrick se ruborizase.

—¿Qué hace? —preguntó.

—¿Volvemos a casa? —dijo Attwater—. Están a punto de llegar los invitados.

Herrick continuó de pie durante un momento con los puños y los dientes apretados; mientras estaba así, se le apareció el motivo de su visita, como si fuera la luna moviéndose entre las nubes. Había venido para atraer a este

hombre a la goleta, pero no lo había conseguido; francamente, ni siquiera podría decirse que lo hubiese intentado; estaba seguro de que fracasaría, lo sabía; también sabía que eso sería lo mejor. ¿Qué pasaría después?

Con un lamento se dio la vuelta para seguir a su anfitrión, que lo esperaba con una educada sonrisa, y lo condujo al momento a través de la oscura columnata de palmeras; la tierra ofrecía todo su perfume, el aire era aromático y cálido al olfato; dentro del bosque, lejos, podía divisarse el resplandor del fuego que indicaba dónde estaba la casa de Attwater.

Entre tanto, Herrick se resistía a la tentación de acercarse a Attwater, tocarle en el brazo, susurrarle al oído; «Tenga cuidado, van a matarlo». Podía salvarse una vida; pero ¿las otras dos? Iban y venían ante él las tres vidas, como los cubos en un pozo, como los platillos de una balanza. Tenía que elegir, tenía que elegir rápidamente. Durante unos intensos minutos, la rueda de la vida giró ante él, sabía que podía cambiar su dirección con sólo tocarla, podía elegir quién viviría y quién moriría. Analizó a los tres hombres. Le intrigaba Attwater, se sentía sorprendido, confuso, pero a la vez le resultaba repugnante. Vivo, no le parecía gran cosa, pero la sola idea de verlo muerto le era tan desagradable que lo perseguía como una visión, en la que no faltaban color y sonido. Tenía constantemente ante él la imagen de este hombre enorme herido de diferentes formas y en diferentes posturas; se lo imaginaba decúbito prono, supino, de lado, o bien, agarrado a la jamba de la puerta, con el gesto convulso, con dedos que pierden la fuerza en medio de la agonía. Oía el clic del gatillo, el golpe de la bala, el grito de la víctima; veía la sangre correr. Esta reconstrucción imaginaria lo representaba como si estuviera consagrado, hasta el punto de que no le parecía sino carne dispuesta para el sacrificio. Después, empezó a analizar a Davis, de dedos gruesos, basto, vulgar, con aquel valor admirable, con la alegría de los días de hambre, la atrayente mezcla de defectos y virtudes; el repentino resplandor de una ternura demasiado profunda para manifestarse mediante lágrimas; sus hijos, Adar, la de la enfermedad de los intestinos, la muñeca de Adar. No, ni en la imaginación podía la muerte tocar la cabeza de este hombre; el sofoco y los músculos tensos informaron de repente a Herrick de que el padre de Adar tendría siempre en él un hijo fiel hasta la muerte. Incluso Huish parecía también tomar parte en esa consagración; habían llegado a ser como hermanos por todo lo que habían compartido diariamente; había un lazo implícito de lealtad tanto por la convivencia en el barco como por las anteriores desgracias; Herrick tenía que cumplir la palabra dada, o quedaría deshonrado: ante el horror de tener que elegir entre dos muertes inesperadas, no le cabían dudas: tenía que ser Attwater. Tan pronto como llegó a esa conclusión (un fallo judicial), se apoderó de él el pánico: cuando examinó su conciencia, sólo vio turbulencia e inexpresables lamentos.

En esta reflexión no había cabida para él mismo, para Robert Herrick. Había aceptado la bajamar en lo que se refería a los asuntos de los hombres, la marea lo había arrastrado lejos, ya oía el rugido del maelstrom que lo arrastraba y sepultaba. En su endemoniada y deshonrada alma no había ni un solo pensamiento para sí mismo.

No sabía cuánto tiempo llevaba caminando junto a su compañero. Las nubes se fueron de repente; el entusiasmo se acabó; se sentía tranquilo, con la tranquilidad de la desesperación; recuperó el habla y oyó sorprendido su propia voz:

—¡Qué tarde tan agradable!

—Sí, ¿verdad? —dijo Attwater—. Sí, las tardes aquí son realmente espléndidas si uno tiene algo en qué aprovecharlas. Por el día se puede cazar.

—¿Caza usted? —preguntó Herrick.

—Sí, soy lo que se dice un buen cazador —dijo Attwater—. Es cuestión de fe; mis balas siempre aciertan, si alguna vez fallara, no me recuperaría en nueve meses.

—¿Nunca falla? —dijo Herrick.

—No, a menos que quiera fallar —dijo Attwater—. Pero lo mejor es fallar aposta. Hubo una vez un viejo rey de las islas occidentales que solía vaciar su Winchester alrededor de un hombre; le rozaba el pelo o le quitaba alguno de los harapos con todas las balas excepto con la última; ésa iba directamente entre los ojos. Era curioso.

—¿Sabría hacer eso? —preguntó Herrick un tanto nervioso.

—Sé hacer lo que quiera —respondió el otro—. Usted no lo entiende: lo que debe hacerse debe hacerse.

Ya estaban cerca de la parte trasera de la casa. Uno de los hombres estaba ocupado preparando el fuego para cocinar, que ardía con el brillo claro, intenso y natural de las cáscaras del coco. Se olían aromas de carnes extrañas. Había algunas lámparas encendidas que bordeaban la terraza, el lugar se reflejaba en el crepúsculo entre las sombras que ofrecían los árboles.

—Venga a lavarse las manos —dijo Attwater; lo condujo a una habitación limpia y oscura en la que había una cuna, una caja fuerte, una o dos estanterías con libros en un armario de cristal, y un lavabo de hierro. En ese momento, Attwater vociferó algo en el idioma de los nativos; al momento apareció en la puerta una chica joven regordeta y guapa, con una toalla limpia.

—¡Hola! —exclamó Herrick, que veía por vez primera al cuarto superviviente de la plaga, y que estaba impresionado por las órdenes del

capitán.

—Sí —dijo Attwater—, toda la colonia vive ahora en la casa, lo que queda de ella. Tenemos miedo de los demonios, ¡qué se le va a hacer! Taniera y ella duermen en el salón de la entrada, el otro chico duerme en la terraza.

—Es guapa —dijo Herrick.

—Demasiado guapa —dijo Attwater—. Por eso la he casado. Nunca se sabe cuándo se va a sentir atraído un hombre por una mujer; por eso, cuando nos quedamos solos, llevé a los dos a la capilla y celebramos la ceremonia. Ella protestó. Pero yo no comparto todo eso del romanticismo del matrimonio —explicó.

—¿Le parece una salvaguardia? —preguntó Herrick sorprendido.

—Por supuesto. Soy un hombre sencillo, muy literal. «Lo que Dios ha unido…». Creo que es eso lo que se dice. Por tanto, uno los casa y respeta el matrimonio —dijo Attwater.

—¡Ah! —dijo Herrick.

—Mire, puedo hacer un matrimonio excelente cuando llegue a casa —empezó a decir Attwater confidencialmente—. Soy rico. Sólo esta caja fuerte —dijo poniendo la mano sobre ella— representa una buena fortuna, cuando tenga tiempo para vender las perlas en el mercado. Aquí se halla acumulada la riqueza de diez años en la laguna, donde he tenido, al menos, diez buzos trabajando todo el día; lo he hecho mejor que otros, porque muchas son cultivadas. ¿Quiere verlas?

La confirmación de la conjetura del capitán hizo que Herrick se estremeciese; se contuvo, aunque con dificultad.

—No, gracias, creo que no —dijo—. No me importan las perlas. Siento bastante indiferencia con respecto a toda esa…

—¿Bisutería? —sugirió Attwater—. A pesar de todo, creo que debería echar un vistazo a mi colección, porque es única y porque… ¡Dios mío, esto es lo que pasa a todo y a todos, pendemos de un hilo! Hoy florece y crece, pero mañana puede acabar todo en el horno. Hoy está aquí, todo junto en esta caja; mañana, ¡esta misma noche!, cada una podría ir por su camino. ¡Hombre necio, esta misma noche podrán requerirle el alma!

—No le comprendo —dijo Herrick.

—¿No? —preguntó Attwater.

—Parece que habla mediante adivinanzas —dijo Herrick un tanto inquieto—. No logro comprender qué clase de hombre es usted, ni adonde quiere llegar.

Attwater aún permanecía con las manos en las caderas y con la cabeza inclinada hacia adelante.

—Soy un fatalista —replicó—, pero en estos momentos (ya que lo pregunta) soy un científico. Hablando de todo un poco, ¿quién pintó el nombre de la goleta? —dijo con tono irónico—, porque, no sé si sabe que cualquiera diría que podría hacerse algo mejor. Apenas puede leerse, y todo lo que merezca la pena hacerse debe hacerse bien. ¿No cree? ¡A que sí! ¿Quiere que demos un paseo por la terraza? Quiero saber qué le parece mi jerez seco.

Herrick lo siguió hacia una mesa que relucía con manteles y cristal; lo siguió como un delincuente sigue al verdugo, o la oveja al carnicero; cogió el vino, bebió, dijo unas elogiosas palabras de cumplido. Ahora el motivo del terror había cambiado por completo. Hasta este momento había visto a Attwater como una víctima indefensa, atado y amordazado; había deseado incluso correr hacia él, salvarlo; sin embargo, ahora lo veía erguido ante él, misterioso, amenazador, como un ángel exterminador, con un conocimiento superior, temible. Soltó el vaso, se dio cuenta con asombro de que lo había vaciado.

—¿Siempre va armado? —dijo; y enseguida se dio cuenta de que hubiese sido mejor morderse la lengua.

—Siempre —dijo Attwater—. He tenido que enfrentarme con un motín aquí; uno de los incidentes de mi vida de misionero.

Justo en ese momento oyeron voces desde la terraza, y vieron acercarse a Huish y al capitán.

La cena

Se sentaron para celebrar el banquete en la isla, un banquete notable por su variedad y refinamiento: sopa de tortuga, filete, pescado, aves, un lechón, una ensalada de coco, y coco fresco asado para postre. No abrieron ninguna lata; y, exceptuando el aceite y el vinagre de la ensalada y algunas hojas verdes de cebollas que el mismo Attwater cultivaba y recogía, ni siquiera los condimentos procedían de Europa. Alternaron el jerez, el vino blanco y el tinto, dejaron el champán de la Farallone para el final, con el postre.

Estaba claro que, al igual que algunos religiosos radicales, antes de los tiempos de la abstinencia, Attwater tenía algo de epicúreo. Para estas personas, comer bien era una de las cosas más importantes, por eso había ordenado y preparado una exquisita cena; sus modales se habían dulcificado considerablemente. Un gato de gran tamaño se sentaba en su hombro

ronroneando, y, de vez en cuando, con un sigiloso zarpazo, capturaba alguna presa en el aire. Podría decirse que Attwater se asemejaba mucho al gato, ya que también él, presidiendo la mesa, se movía lentamente intentando atender a todo tipo de cumplidos e insinuaciones, utilizando, oportunamente, la suavidad y la garra. Huish y el capitán se rindieron al encanto de su generosa hospitalidad.

Sin embargo, para el tercer invitado, todos estos detalles del banquete pasaban inadvertidos. Herrick se limitaba a aceptar todo lo que le ofrecían; comía y bebía sin siquiera saborear, oía todo sin comprender nada. Su mente, en ese momento, estaba ocupada en contemplar el horror de las circunstancias. Consideraba lo que Attwater sabía, lo que el capitán había planeado, y se preguntaba quién sería el primero en traicionar; por este terreno vagaban sus pensamientos. Había momentos en los que hubiera deseado derribar la mesa y huir en medio de la noche. Pero incluso eso le estaba prohibido: hacer cualquier cosa, decir algo, hacer cualquier movimiento sólo supondría acelerar la bárbara tragedia; por tanto, continuaba sentado, como hipnotizado, comiendo, intensamente pálido. Attwater y Davis lo miraban detenidamente; Attwater con miradas penetrantes, de soslayo, pero sin interrumpir la conversación; el capitán, sin embargo, lo contemplaba con ansiedad y preocupación.

—Tengo que decir que este jerez es de primera calidad —dijo Huish—. ¿Cuánto le ha costado, si no es mucho preguntar?

—Ciento doce chelines en Londres, más el flete a Valparaíso, y de Valparaíso hasta aquí —dijo Attwater—. No es un líquido de los peores, creo.

—¡Ciento doce! —murmuró el empleado, disfrutando del vino y de las cifras como si estuviese en éxtasis—. ¡Ay, Dios mío!

—Encantado de que le guste tanto —dijo Attwater—. No se prive, Mr. Whish, quédese la botella.

—Mi compañero no se llama Whish, sino Huish, señor —dijo el capitán sonrojándose.

—Le pido disculpas. Huish y no Whish, por supuesto —dijo Attwater—. Iba a decir que todavía tengo ocho docenas —añadió, mirando fijamente al capitán.

—¿Ocho docenas de qué? —dijo Davis.

—De jerez —respondió—. Ocho docenas de excelente jerez. Desde luego, sí que tiene valor, para alguien que entienda de vino.

Estas ambiguas palabras sobresaltaron a quienes tenían remordimiento de conciencia; Huish y el capitán se irguieron en las sillas, lo miraron asustados.

—¿Cómo que valor? —dijo Davis.

—Un valor de ciento doce chelines —contestó Attwater.

El capitán respiró con fuerza. Había buscado con ganas para hallar algún tipo de coherencia en las palabras de su compañero; después, con gran esfuerzo, cambió de tema.

—Supongo que somos los únicos blancos de esta isla, ¿no? —dijo.

Attwater le siguió, con solemne seriedad, al nuevo campo de interés.

—Excepto el Dr. Symonds y yo, sí, los únicos —contestó—. Pero ¿quién sabe? Durante todos estos años alguien ha podido vivir aquí; de hecho, creemos que así ha sido. Crecen cocoteros por toda la isla, es raro que eso sea obra de la naturaleza. Además, cuando llegamos a tierra, encontramos un monumento en la playa, de uso desconocido; pero probablemente erigido para aplacar a algún gran espíritu cuyo nombre nadie sabrá, por algunos caballeros nada inteligentes de cuyos huesos no ha quedado recuerdo. Además, la isla (véase el Directorio) ha sido descrita en dos ocasiones; desde mi arrendamiento, hemos tenido dos naufragios. Todo lo demás es pura conjetura.

—El Dr. Symonds es su socio, ¿no? —dijo Davis.

—¡Buen muchacho, Symonds! ¡Cómo lo lamentará cuando se entere de que han estado ustedes aquí! —dijo Attwater.

—Es el del Trinity Hall, ¿no? —dijo Huish.

—Sí, y si usted pudiera decirme dónde está el Trinity Hall, ¡me haría un favor, Mr. Whish! —respondió.

—Supongo que lleva una tripulación de nativos —dijo Davis.

—Como se ha mantenido el secreto durante diez años, podría decir que sí —respondió Attwater.

—Mire lo que le digo —dijo Huish—. Todo esto está francamente bien, es la mar de bonito, no hay duda, pero no es para mí, no me gusta. Es ese estilo de «El viejo puente junto al molino»; demasiado lejos de todo. ¡A mí deme las campanas de Londres!

—No crea que ha sido siempre así —respondió Attwater—. La isla estuvo habitada, aunque ahora, ¡escuchen!, lo único que puede oírse es la soledad. Para mí es estimulante. Ya que estamos hablando de campanas, voy a hacer un experimento en medio de este silencio —había una campana de plata a su derecha para llamar a los criados; les hizo una señal para que se quedasen quietos, golpeó la campana con fuerza, se inclinó hacia adelante. Se oyó claramente; el sonido se adentró en medio de la noche en la desierta isla; murió a lo lejos, hasta que sólo quedó en los oídos de cada uno una tenue

vibración que ni siquiera era un sonido.

—¡Casas vacías, mar vacío, playas solitarias! —dijo Attwater—. ¡Aun así, Dios oye la campana! ¡Nosotros estamos aquí, sentados en esta terraza, en un escenario lleno de luz, con el cielo por espectador! ¿A esto lo llaman soledad?

Se hizo un largo silencio, el capitán estaba fascinado.

Después, Attwater se rio suavemente.

—Son diversiones de un solitario —siguió hablando—, que acaso carezca de buen gusto. Hay que contarse a veces cuentos de hadas para no sentirse solo. Pero ¿si hubiera algo de cierto en las supersticiones, Mr. Hay? Bueno, aquí está el tinto. No puedo ofrecerle Lafitte, capitán, porque creo que se ha vendido todo en los vagones restaurante de su inmenso país; pero este Bráne-Mouton es de una buena cosecha, Mr. Whish lo confirmará, seguro.

—¡Qué idea tan extraña! —exclamó el capitán, estallando de repente, como si se hubiera roto el hechizo que lo mantenía mudo—. ¿Pretende que me crea que usted se sienta aquí todas las tardes y llama… llama a los ángeles… aquí solo?

—Como hecho histórico, ya que usted lo ha preguntado de forma tan sincera, no —dijo Attwater—. ¿Para qué tocar una campana cuando puede surgir de uno mismo y de todo lo que lo rodea un silencio tan solemne? El mínimo latido de mi corazón, el menor pensamiento de mi mente resuenan en la eternidad para siempre, siempre y siempre.

—¡Ah, bueno —dijo Huish—, apague las luces y aparecerá la Banda de la Esperanza! Vamos, esto no es espiritismo.

—No se burle, Mr. Whish, le pido perdón, capitán: Huish, no Whish, es verdad —dijo Attwater.

Cuando el criado estaba llenando el vaso de Huish, la botella se le escapó de las manos, se rompió; el vino se derramó por el suelo de la terraza. Una sonrisa tenebrosa, funesta, apareció en el rostro de Attwater; golpeó la campana con fuerza, los dos oscuros nativos se quedaron firmes, callados, temblaban. Hubo un momento de silencio, miradas hostiles; después les habló muy enfadado en su propia lengua; luego les hizo un gesto, el servicio siguió como antes.

Ninguno de los comensales se había fijado hasta ahora en el porte de estos dos hombres. Eran morenos, bajos, pero estaban bien formados: caminaban sin apenas hacer ruido, servían silenciosamente, traían vino, platos, interrogaban a su amo con la mirada.

—¿Dónde recluta la mano de obra? —preguntó Davis.

—¡Ah!, ¿dónde no? —contestó Attwater.

—Supongo que no debe de ser un trabajo fácil —dijo el capitán.

—¡Dígame dónde sí lo es! —dijo Attwater, encogiéndose de hombros—. En nuestro caso, como no dijimos adonde los llevábamos, tuvimos que andar mucho para hallarlos. Hemos ido por el oeste hasta Kingsmills, y por el sur hasta Rapa Iti. ¡Qué pena que Symonds no esté aquí! Siempre tiene un montón de anécdotas. Ese era su trabajo, reclutarlos. Luego empezaba el mío, la educación.

—¿Quiere decir adiestrarlos? —preguntó Davis.

—Sí, adiestrarlos —dijo Attwater.

—Un momento —dijo Davis—, a ver si me entero. ¡Cómo! ¿Quiere decir que lo ha hecho solo?

—Tenía que hacerlo solo —dijo Attwater—, no había nadie que pudiera ayudarme.

—¡Dios mío, debe de ser usted aterrador! —exclamó el capitán con gran admiración.

—Lo hice lo mejor que supe —dijo Attwater.

—¡Ah! —exclamó Davis—, yo he sido capataz, y no de los malos. Me hacía respetar. Tercer oficial, doblé el Cabo de Hornos con un puñado de bribones que hubiesen sido capaces de sacar al mismo diablo del infierno, y lo hubiesen dejado fuera, pero digo yo que lo de Mr. Attwater se lleva la palma. ¡En un barco, bueno, no hay problemas! Tienes la ley de tu parte, eso es todo. Pero en esta maldita playa, sin nada, excepto un látigo y un montón de insultos, y me pide que… ¡no señor!, ¡no basta! ¡Yo no valdría! —exclamó Davis—. Es la confianza del respaldo de la ley —añadió—, ¡siempre!

—Las cosas no son lo que parecen —comentó Huish con humor.

—Bueno, hay formas de entender la ley —dijo Attwater—, había que hacer muchas cosas. A veces era bastante aburrido.

—¡Me río! —dijo Davis—. ¡Yo diría que tuvo que ser muy divertido!

—A lo mejor estamos diciendo lo mismo —dijo Attwater—. Sin embargo, de una forma u otra, conseguí meterles en la cabeza que debían trabajar, y lo hicieron… ¡hasta que el Señor se los llevó!

—Seguro que les hizo espabilar —dijo Huish.

—Cuando era necesario, Mr. Whish, les hacía espabilar —dijo Attwater.

—Claro que sí —exclamó el capitán. Estaba muy rojo, pero no por el vino,

sino por la admiración; sus ojos miraban fijamente a los del otro con entusiasmo—. ¡Claro que lo hizo, es más, me imagino cómo lo hizo! Dios mío, es usted todo un hombre, puede decir que yo afirmo que es usted todo un hombre.

—Es usted muy amable —dijo Attwater.

—¿Alguna vez… alguna vez se ha cometido aquí algún delito? —preguntó Herrick, rompiendo el silencio con una voz que tenía un tono de reproche.

—Sí —dijo Attwater—, se cometió.

—¿Cómo lo solucionó? —exclamó el capitán con impaciencia.

—Bueno, verá, fue un caso raro —contestó Attwater—. Un caso que hubiese dejado boquiabierto al mismo Salomón. ¿Se lo cuento?, ¿quieren?

El capitán dijo que sí al momento.

—Bien —dijo Attwater con voz cansada—, así fue. Imaginen que hay dos nativos, el sumiso y el hosco. Yo ya sabía cómo era cada uno de ellos, estaban juntos. El sumiso se ofrecía siempre voluntario, el primero, como vino que saliera de la botella; el hosco, sin embargo, era siempre el segundo. El sumiso siempre estaba sonriendo; intentaba llamar la atención, le encantaba hablar; sabía aproximadamente una docena de palabras del inglés para andar por casa, tenía unas gotas de cristianismo. El hosco era muy trabajador, parecía una abeja triste. Cuando alguien le dirigía la palabra, contestaba con mirada tétrica, se encogía de hombros, pero hacía las cosas. Nunca lo pondría yo como ejemplo de buena educación, no le gustaba llamar la atención, pero era fuerte, constante, muy obediente. El hosco se metió en problemas, no importa cómo: infringió algunas normas, se le castigó por ello, sin que surtiese ningún efecto en él. Así un día y otro y otro, hasta que empecé a cansarme, y me temo que el hosco también se cansó. Llegó un día en que cometió una irregularidad, quizá por trigésima vez; me miró con tristeza, pero había fuego en la mirada, parecía que quería hablar. Pero las normas dejan bien claro que no se permite hablar, no se consentía ni se recibía ninguna explicación. Lo callé, pero tomé nota de la situación. Al día siguiente no apareció. Fue un fastidio; si los trabajadores se escapaban, la pesquería sería un desastre. La isla mide unas sesenta millas, como si fuera una calle mayor; la idea de perseguirlo era una puerilidad, ni se me pasó por la mente. Dos días más tarde, descubrí algo; me di cuenta de que el hosco había sido castigado injustamente de principio a fin, el culpable realmente era el sumiso. El nativo charlatán, como la mujer que duda, no valen. Siempre estaba hablando y mintiendo; habla, miente y observa tu cara para ver si te ha agradado, hasta que al final, ¡surge la verdad! Salió del propio sumiso a su debido tiempo. No le dije nada; lo despedí. Aunque era tarde, porque ya era casi de noche, salí a buscar al hosco. No tuve que ir muy lejos;

aproximadamente a doscientas yardas de camino, la luna me lo mostró. Estaba colgado de un cocotero, no entiendo demasiado de botánica como para explicar cómo, pero así es como se suicidan los nativos, nueve de cada diez casos. Tenía la lengua fuera, pobre diablo, los pájaros se habían adueñado de él; les ahorraré los detalles, ¡era una visión repugnante! Estuve pensando sobre el asunto unas seis horas en esta terraza. Se había hecho burla de mi idea de la justicia; creo que nunca había estado tan enfadado. Al día siguiente hice sonar la concha para los obreros antes de que saliera el sol. Cogí un arma y me puse en camino con el sumiso. Estaba muy hablador, el pobre se imaginaba que todo iba a ir bien ahora que había confesado; como diría un colegial, estaba simplemente haciendo la pelota; no hacía más que hablar de buena voluntad, de buena conducta, ni recuerdo lo que le contesté. Entonces vimos el árbol y al ahorcado. Todos irrumpieron en lamentos por su compañero, el sumiso era el plañidero más apenado. Era bastante sincero; una criatura desagradable sin ninguna conciencia de culpabilidad. Bien, en ese momento, para abreviar, le dije que subiera al árbol. Se quedó mirándome fijamente durante un momento, me miraba preocupado, con una sonrisa forzada; pero subió. Fue obediente hasta el final; poseía muchas virtudes, pero mentía. Tan pronto como estuvo arriba miró hacia abajo, el rifle lo apuntaba, se quejó como un perro. Se podía oír una mosca volar, había dejado de quejarse; allí estaba él, en la copa del árbol, del color del plomo; más abajo estaba el hombre muerto, que parecía bailar en el aire. Fue obediente hasta el final, enumeró sus delitos, encomendó su alma a Dios. Después…

Attwater se calló; Herrick, que había estado escuchando atentamente, hizo un movimiento convulso que le hizo tirar el vaso.

—¿Después? —dijo el emocionado capitán.

—Disparé —dijo Attwater—. Cayeron juntos.

Herrick, con gesto de horror, se puso en pie de un salto y gritó:

—¡Fue un asesinato! —gritó—, ¡un asesinato a sangre fría! ¡Es usted un monstruo! Asesino hipócrita…, asesino hipócrita…, asesino hipócrita —repetía, mientras tartamudeaba al pronunciar estas palabras.

El capitán se acercó a él al momento.

—¡Herrick! —gritó—, ¡compórtese! ¡No sea estúpido!

Herrick luchaba por desembarazarse de él, como un niño frenético; de repente, hundiendo la cara entre las manos, sollozó, el primero de una larga serie que sacudía en silencio su cuerpo, que hacía que saliesen de él unos sonidos indescriptibles e incomprensibles.

—Su amigo parece algo nervioso —señaló Attwater, que seguía sentado,

inmóvil, pero que no perdía detalle de lo que ocurría.

—Debe de ser el vino —contestó el capitán—. No suele beber. Creo que me lo voy a llevar. Un paseo lo espabilará, supongo.

Se lo llevó sin que se resistiera, pronto se perdieron en la noche; pero durante un rato, mientras se alejaban, oyeron la voz que intentaba calmar a Herrick, y se oía a éste que contestaba, a intervalos, con el típico sonido mecánico de la histeria.

—¡Qué escándalo! —comentó Huish, que seguía sirviéndose vino (del cual derramó bastante) con la soltura de todo un caballero—. Un hombre debe saber cómo comportarse en la mesa —añadió.

—Muy mala educación, ¿no? —dijo Attwater—. Bueno, nos han dejado tête-à-tête. ¡Bebamos un vaso de vino, Mr. Whish!

Una puerta abierta

El capitán y Herrick caminaban en la oscuridad, de espaldas a la terraza de Attwater, se dirigían hacia el embarcadero, a la playa del atolón.

La isla, a esta hora, con la suavidad de la arena del suelo, con un techo sujetado como por columnas, con la intensa iluminación de las lámparas, se revestía de un aire de irrealidad, como si fuera un teatro vacío o un jardín público a media noche. Cualquiera buscaría estatuas y mesas. No corría el aire entre las palmeras, el silencio se hacía cada vez más intenso debido al continuo clamor del oleaje a orillas del mar, como el ruido del tráfico que circulara por la calle de al lado.

El capitán caminaba aprisa con el enfermo, aún le hablaba, intentaba tranquilizarlo; lo llevó hasta el otro lado del atolón, lo condujo hasta la playa, allí le lavó la cabeza y la cara con agua tibia. Se le iba pasando el ataque poco a poco, los sollozos ya no eran tan agitados; finalmente cesaron; por una coincidencia extraña pero natural, las palabras de consuelo del capitán fueron desapareciendo también poco a poco, los dos permanecieron callados. La laguna del atolón rompía a sus pies en pequeñas olas, con un sonido delicado como un susurro; se veían reflejadas en el enorme espejo estrellas de los más diversos tamaños; el color, menos delicado, de la luz de fondeo de la Farallone lucía a medio camino. Durante largo rato continuaron observando el paisaje que tenían delante, escuchaban con deleite los susurros y suspiros del tranquilo oleaje, o los ecos más lejanos y graves de la costa exterior. Durante largo rato no supieron qué decir; cuando, por fin, llegaron las palabras, llegaron para los dos al mismo tiempo.

—¿Sabe lo que le digo, Herrick…? —empezó a decir el capitán.

Herrick se volvió lentamente hacia su compañero, lo asustó con un grito de desesperación:

—¡Levemos anclas, hagámonos a la mar!

—¿Adónde, hijo? —dijo el capitán—. Es muy fácil decir que levemos anclas. Pero ¿adónde vamos?

—Al mar —contestó Herrick—. ¡El mar es lo suficientemente grande! ¡Ah, alejémonos de esta espantosa isla y de ese hombre siniestro!

—Sí, bueno, ya veremos —dijo Davis—. Tranquilícese, ya veremos qué hacemos. Está muy cansado, eso es lo que le pasa; es usted un puro nervio, como Jemimar; tiene que tranquilizarse y volver en sí, ya hablaremos luego.

—Hagámonos a la mar —repitió Herrick—, a la mar, esta misma noche, ahora, ¡ahora mismo!

—No puede ser, hijo —contestó el capitán muy serio—. No se hace a la mar un barco bajo mi mando sin provisiones, eso puede darlo por sentado.

—Me parece que no lo entiende —dijo Herrick—. Le digo que todo ha terminado ya. No tenemos nada que hacer aquí, una vez que él lo sabe ya todo. El del gato sabe todo, ¿es que no se da cuenta?

—¿Todo de qué? —preguntó el capitán, evidentemente desconcertado—. ¿Por qué? Nos ha recibido como todo un caballero, nos ha tratado con amabilidad, hasta que usted empezó con sus tonterías; debo decirle que he visto hombres que han matado con menos motivo, ¡y a nadie le importó! ¿Qué es lo que espera?

Herrick no dejaba de moverse de un lado para otro en la arena, moviendo la cabeza.

—Estaba jugando —dijo—; estaba jugando con nosotros, sólo estaba jugando; para eso nos quiere.

—Había algo raro, eso sí es verdad —admitió el capitán, titubeando—; lo del jerez. Francamente, no lo entendí. Dígame, Herrick, no me habrá delatado, ¿verdad?

—¡Cómo! ¡Delatarlo! —repitió Herrick con ironía, con voz cansada y quejumbrosa—. ¿Qué es lo que hay que delatar? Somos transparentes, se nota a la legua que somos unos bribones, ¡y un bribón es un bribón! Antes de subir a bordo, vio el nombre tachado, ya entonces se dio cuenta de todo. Dio por seguro que íbamos a matarlo allí y entonces, por eso estuvo jugando con usted y con Huish. ¡Decía que estaba asustado! Después me llevó hasta la orilla, ¡qué momentos tan agradables! «Los dos delincuentes», así los llamaba a

usted y a Huish. «¿Qué es lo que hace un cachorrillo con dos delincuentes?». Eso me preguntó. Me enseñó las perlas; dijo que podría perderlas antes del amanecer, «todo pende de un hilo», dijo, se sonreía al decirlo, ¡qué sonrisa! ¡No podemos hacer nada, se lo digo! Lo sabe todo, nos conoce perfectamente; sólo conseguimos que se riera de nuestras mentiras; ¡nos mira y se ríe como Dios!

Se quedaron callados. Davis permanecía de pie con el ceño fruncido, contemplando la noche.

—¿Las perlas? —dijo de repente—. ¿Se las ha enseñado? ¿Las tiene en casa?

—No, no me las enseñó; se me olvidó decirlo: solamente vi la caja donde las guarda —dijo Herrick—. ¡Pero no conseguirá quitárselas!

—Con respecto a eso, todavía tengo que decir un par de cosas —dijo el capitán.

—¿Cree que habría estado tan tranquilo en la mesa si no hubiera tenido todo previsto? —exclamó Herrick—. Los sirvientes estaban armados. Él estaba armado; siempre lo está; me lo dijo. Nunca lo hallará desprevenido. Davis, ¡lo sé! Todo ha terminado, se lo digo y se lo demuestro. Todo ha terminado, todo ha terminado. No hay nada, nada que hacer. Nada tiene sentido para mí, ni la vida, ni el honor, ni el amor. Dios mío, Dios mío, ¿por qué habré nacido?

Se quedaron callados tras este arrebato.

El capitán se llevó las manos a la frente.

—¡Otra cosa! —exclamó—. ¿Por qué le ha contado a usted todas estas cosas? ¡Me parece una locura!

Herrick movió la cabeza con tristeza.

—No lo entendería aunque se lo explicase —dijo.

—Creo que puedo entender cualquier imbecilidad que usted me explique —dijo.

—Pues muy bien, es un fatalista —dijo Herrick.

—¿Qué es eso?, ¿qué es un fatalista? —dijo Davis.

—Es un tipo que cree en muchas cosas —dijo Herrick—; cree que sus balas siempre dan en el blanco; cree que todo ocurre como Dios quiere, hagas lo que hagas; cosas así.

—Bueno, también yo creo lo mismo —dijo Davis.

—¿De veras? —dijo Herrick.

—¡Claro que sí! —dijo Davis.

Herrick se encogió de hombros.

—Entonces debe de ser usted un idiota —dijo, y apoyó la cabeza en las rodillas.

El capitán seguía de pie mordiéndose las uñas.

—Hay algo seguro —dijo por fin—. Tengo que sacar a Huish de ahí. No está preparado para enfrentarse con una persona como la que usted ha descrito.

Se dio la vuelta para irse. Las palabras habían sido muy claras, aunque no el tono; pero el otro lo interpretó correctamente.

—¡Davis! —gritó—, ¡no! ¡No lo haga! Piense en mí, no lo haga; piense en usted y déjelo en paz, ¡por el amor de Dios, por el de sus hijos!

La voz creció hasta convertirse en una ardiente queja apasionada; un poco más, y hasta su no muy lejana víctima habría podido oírlo. Pero Davis se volvió con un gesto y una blasfemia salvajes; el desdichado joven se tumbó con la cara contra la arena, allí se quedó, mudo e indefenso.

Entre tanto, el capitán se puso en camino rápidamente hacia la casa de Attwater. Mientras se dirigía hacia allí, se le agolpaban las ideas. Se había dado cuenta de todo, se había burlado de ellos desde el primer momento; ¡ya le enseñaría él a reírse de John Davis!, para Herrick era como un dios; sólo pedía un segundo para apuntar bien, y ya no habría dios. Se rio cuando sintió la culata del revólver. Tenía que hacerlo ahora, mientras iba. ¿Desde atrás? Era difícil llegar hasta allí. ¿Desde el otro lado de la mesa? No, el capitán prefería disparar de pie, de tal forma que uno pueda estar seguro de que agarra bien el arma. Lo mejor sería llamar a Huish, y cuando Attwater se pusiera de pie y se diese la vuelta, entonces, ése sería el momento. Absorto en sus planes, el capitán se dirigía hacia la casa con la cabeza baja.

—¡Arriba las manos! ¡Alto! —gritó la voz de Attwater.

El capitán, sin pensarlo, obedeció. Fue una completa sorpresa. Animado ya a convertirse en un asesino, se había metido sin querer en una emboscada; ahí estaba, con las manos levantadas, mirando hacia la terraza.

La fiesta ya había terminado. Attwater, apoyado contra una columna, apuntaba hacia Davis con el Winchester. Uno de los sirvientes estaba junto a él, con otra arma entre los gruesos brazos, estaba nervioso, los ojos, muy abiertos, revelaban su agitación. En la cabecera de la escalera, otro nativo ayudaba a Huish, que sonreía estúpidamente, a sostenerse en pie; Huish parecía contemplar con atención exclusiva su cigarro apagado.

—Bueno —dijo Attwater—, ¡creo que es usted un aprendiz de pirata!

El capitán hizo ese extraño ruido con la garganta que carece de nombre; se ahogaba de rabia.

—Le devuelvo a Mr. Whish, mejor dicho, la carne empapada en alcohol en que se ha convertido —continuó Attwater—. Habla demasiado cuando bebe, capitán Davis del Sea Ranger. Ya he terminado con él, se lo devuelvo con gratitud. ¡Eh! —gritó con furia—. Otro falso movimiento como ése y su familia tendrá que lamentar la pérdida de un valioso padre; ¡ni un solo movimiento, Davis!

Attwater pronunció una palabra en la lengua nativa, su mirada continuaba fija en el capitán; el sirviente empujó con fuerza a Huish hacia adelante desde el borde de la escalera, éste fue tropezando hasta que cayó a tierra, rebotó, se irguió apoyándose en una palmera. Su mente estaba por completo ajena a lo que ocurría; la expresión de agonía que deformó su rostro en el momento del empujón fue probablemente mecánica; sufría estas convulsiones en silencio, aferrado a un árbol como un niño; parecía, por los movimientos, que estuviera entretenido buscando manzanas en un árbol. Una mente más abierta o un ojo más observador podrían haberse dado cuenta de que un poco más adelante, en la arena, fuera del alcance de su mano, estaba el cigarro apagado.

—¡Aquí tiene su carroña londinense! —dijo Attwater—. Ahora muy bien podría preguntarme por qué no termino con usted de una vez por todas, como se merece. Le diré por qué, Davis, porque no tengo nada que hacer con el Sea Ranger, ni con la gente que usted ahogó, ni con la Farallone, ni el champán que robó. Ésas son cuentas entre usted y Dios, él lleva esos libros de cuentas, él decidirá cuándo quiere cuadrarlas. Por mi parte, yo no tengo sino sospechas, pero yo no mato por sospechas, ni siquiera a sabandijas como usted. Pero en lo que a mí se refiere, escúcheme bien, si vuelvo a ver a cualquiera de ustedes por aquí, entonces será otra cosa, tendrá que tragarse una bala. ¡Fuera de aquí! ¡Andando!, si realmente valora eso que usted considera su vida, ¡mantenga las manos arriba mientras se marcha!

El capitán se quedó como estaba, con las manos levantadas y la boca abierta: como hipnotizado y furioso.

—¡En marcha! —dijo Attwater—. ¡Un, dos, tres!

Davis se dio la vuelta y se alejó lentamente. Pero ya cuando dio la vuelta estaba pensando en la venganza. En un abrir y cerrar de ojos se escondió detrás de un árbol, se agachó pistola en mano, se asomó desde el escondite, se le veían los dientes, parecía una serpiente dispuesta a atacar. Demasiado tarde. Attwater y los sirvientes habían desaparecido; sólo brillaban las lámparas sobre la solitaria mesa y sobre la brillante arena alrededor de la casa; las

lámparas arrojaban en todas direcciones las nítidas y altas sombras de las palmeras.

Davis apretó los dientes. ¿Adónde se habrán ido, los cobardes? ¿En qué agujero se habrán escondido para que no los alcance? Era absurdo que intentase hacer algo, solo, con un revólver de segunda mano, contra tres personas armadas con Winchesters, que no asomaban ni siquiera una oreja por ninguno de los huecos de la silenciosa casa iluminada. Algunos podrían estar agachados en la parte trasera de la casa, apuntándole en ese mismo momento desde el techo de la bodega, donde guardaban las botellas vacías y los trastos. No, no había nada que hacer, sólo podía (si todavía era posible) retirarse con sus destrozadas y desmoralizadas tropas.

—Huish —dijo—, venga.

—He perdido el cigarro —dijo Huish, acercándose con torpeza. El capitán dejó salir una amarga blasfemia.

—Venga aquí ahora mismo —dijo.

—De acuerdo. Dormir aquí con Attwater. Subir a bordo mañana —contestó con buen humor.

—¡Por el amor de Dios, si no viene aquí ahora mismo, le dispararé! —exclamó el capitán.

No se puede saber si el sentido de estas palabras llegó a abrirse paso hasta la mente de Huish, pero, en un intento de coger el cigarro, se tambaleó y avanzó con paso irregular; así pudo llegar hasta Davis.

—¡Ahora camine en línea recta —dijo el capitán agarrándolo—, o sabrá lo que es bueno!

—He perdido el cigarro —respondió Huish.

La furia contenida del capitán estalló. Cogió a Huish, lo agarró por el cuello del abrigo, lo llevó corriendo hasta el muelle, lo empujó bruscamente haciéndole caer de bruces.

—¡Busque el cigarro, cerdo! —dijo; sopló el silbato hasta que la bolita en el interior dejó de moverse.

Una actividad inmediata respondió a bordo de la Farallone; se oyeron voces a lo lejos, enseguida se oyó el sonido de los remos sobre la superficie de la laguna del atolón; al mismo tiempo, cerca, Herrick se levantó y empezó a caminar lentamente. Se inclinó sobre la despreciable figura de Huish, boca abajo, al parecer sin conocimiento, tendido junto al mascarón.

—¿Muerto? —preguntó.

—No, no está muerto —dijo Davis.

—¿Attwater? —preguntó Herrick.

—¡Cierre el pico! —contestó Davis—. Creo que eso sí que sabrá hacerlo, ¡por Dios, si no, yo le enseñaré! No aguantaré más tonterías suyas.

Esperaron en silencio hasta que la barca tropezó en el extremo del embarcadero; cogieron a Huish de los pies y la cabeza, lo condujeron por el embarcadero, lo arrojaron al fondo de la barca sin ningún cuidado. Mientras bajaba, aún se le oyó algo acerca de la pérdida del cigarro; después de que lo subieran a la goleta como si fuera un bulto, y de que lo dejaran en el pasillo para que durmiera, aún pudo oírse que decía:

—¡Tipo estupendo este Attwater!

Aunque habría hecho falta un experto para entender lo que dijo. Esto es testimonio de cuánta inocencia albergaba este espíritu generoso respecto de las aventuras de la tarde.

El capitán se puso a pasear por el combés, con pasos interrumpidos por la ira; Herrick apoyó los brazos en la barandilla; la tripulación ya se había retirado. El barco se mecía con un delicado movimiento; a veces una polea trinaba como un pájaro. En la orilla, entre las columnas de las palmeras, se veía la casa de Attwater, que relucía a causa de la iluminación de las lámparas. Nada más se veía, ni arriba en el cielo ni abajo en la laguna del atolón, excepto las estrellas y su reflejo. Podrían haber sido minutos, incluso horas, el tiempo que Herrick pasó allí apoyado, mirando el agua, bebiendo paz. «Un baño de estrellas», estaba pensando cuando, de repente, se posó en su hombro una mano.

—Herrick —dijo el capitán—, he estado paseando y pensando en cómo resolver los problemas.

El joven se estremeció, pero no contestó, ni siquiera volvió la cabeza.

—Supongo que fui un poco brusco con usted en la orilla —continuó el capitán—, lo cierto es que estaba fuera de mí; pero ya se me ha pasado, tenemos que pensar en hacer algo, usted y yo.

—No pensaré —dijo Herrick.

—¡Vamos, amigo! —dijo Davis con amabilidad—; ¡éste no nos vale de nada, ya lo ha visto! Tiene que armarse de valor, y ayudarme a que las cosas salgan bien. ¡No le dará la espalda a un amigo! ¡Eso no es propio de usted, Herrick!

—Sí, sí que lo es —dijo Herrick.

—¡Venga, vamos! —dijo el capitán; se calló como si realmente no supiera

cómo seguir—. Mire —exclamó—, tómese una copa de champán. No lo tocaré para mostrarle que soy sincero. Simplemente es un tónico para usted, lo pondrá a punto.

—¡Déjeme en paz! —dijo Herrick; se dio la vuelta.

El capitán lo agarró por la manga; él se lo quitó de encima, se volvió hacia él, por un momento pareció como si fuese un demonio.

—¡Váyase al infierno! —gritó.

Se dio la vuelta de nuevo, esta vez nadie lo molestó, se dirigió hacia donde estaba amarrada la barca, meciéndose, que de vez en cuando se golpeaba contra la goleta. Miró alrededor. Una de las esquinas de la camareta se interponía entre el capitán y él; todo en orden; nadie lo vería en esta última escena. Se introdujo silenciosamente en la barca; después se metió, silenciosamente también, en el agua cuajada de estrellas. Se puso a nadar, como por instinto; ya tendría tiempo para parar.

La entrada en el agua sirvió para aclararle las ideas al momento. Los acontecimientos de tan desdichado día pasaron ante él como un friso de pinturas; agradeció a los dioses, si existieran, la puerta que se le abría al suicidio. Dentro de poco habría acabado todo, habría acabado la necia aventura, el hijo pródigo volvería a casa. Ante él lucía un brillante planeta, dibujaba con claridad una estela en el agua. Pensó que le indicaba el camino que tenía que seguir. Sería lo último que vería: esa mota deslumbrante que él había agrandado al momento hasta convertirla en Laputa; por sus terrazas paseaban hombres y mujeres de rasgos dulces y horrorosos al mismo tiempo, que lo miraban con indiferente compasión. Los espectadores imaginarios lo consolaban; se contaba a sí mismo las conversaciones de los otros; hablaban de él y de su triste destino.

La creciente frialdad del agua le hizo despertar de todas esas fantasías. ¿Por qué demorarlo? Aquí, justo donde estaba ahora, que cayera el telón, que hallara por fin el refugio, que reposara con todas las razas y generaciones de hombres en la casa del sueño eterno. Era fácil de decir y de hacer. Sólo había que dejar de nadar: no había ningún misterio, si es que de verdad quería hacerlo. ¿Podía? No, no podía. Lo supo al momento. Fue consciente en ese mismo instante de la oposición de sus miembros, unánime e invencible, que se aferraban a la vida con un único y firme propósito, dedo tras dedo, tendón tras tendón; algo que, al mismo tiempo era y no era él; al mismo tiempo estaba dentro y fuera de él; se había cerrado cualquier válvula minúscula en su cerebro; con un simple pensamiento viril podría volver a abrirla, pero tenía su propio destino, no menos ineludible que la ley de la gravedad. A cualquiera puede alcanzarlo a veces una conciencia que lo golpee en todas las articulaciones del cuerpo a la vez, el soplo del espíritu, algo que no es

completamente suyo, que su mente se rebele; que sin embargo ese espíritu lo lleve en contra de su voluntad a donde no quisiera ir. En ese momento, ese espíritu se le apareció a Herrick con la fuerza de una aparición. No había escapatoria posible. Se había cerrado la puerta ante su cara de apóstata. Debía regresar al mundo de los hombres sin ilusión. Debía arrastrarse hasta el final con la carga de su responsabilidad y de su desgracia, hasta que un resfriado, una bala perdida, un misericordioso verdugo acabaran con su infamia. Había hombres que se suicidaban, había otros que no; él era de los que no.

Durante al menos un minuto, todo el embrollo de este descubrimiento se agitó en su mente; a esto siguió una sombría certeza; con la increíble sencillez de la sumisión ante un hecho ya aceptado, se dio la vuelta y nadó con fuerza buscando la orilla. Había una valentía en esta decisión que no supo apreciar; no supo apreciar el valor de su decisión. Sólo sabía pensar en la degradación de su cobardía. Lo golpeó, como viento en la cara, una fuerte corriente de agua; luchó contra ella con fuerza y con fatiga, sin ningún entusiasmo, pero ganó terreno; medía su avance, sin ilusiones, mediante la hilera de árboles. Por un momento, tuvo un atisbo de esperanza. Oyó, hacia el sur, en medio de la laguna del atolón, el chapoteo de un gran pez, sin duda alguna un tiburón; se paró un rato, flotando en el agua. ¿No sería el verdugo? Pensó. Pero el chapoteo cesó; se hizo un profundo silencio; Herrick hizo un último esfuerzo por llegar a la orilla, enfurecido consigo mismo. ¡Ah, le daba igual lo del tiburón, pero si se acercaba…! Su sonrisa era trágica. Habría podido escupirse a sí mismo.

Sobre las tres de la mañana, la suerte, la corriente y el rumbo que marcaba el hecho de que fuera diestro, decidieron que llegase a la orilla justo enfrente de la casa de Attwater. Se sentó allí, se quedó contemplando un mundo en el que no había ni una sola luz de esperanza. ¡El pobre traje de buzo de la vanidad estaba hecho trizas! El cuento de hadas del suicidio, la idea de ese refugio que lo aguardaba, algo que siempre lo había seducido y apoyado en todas las decisiones de su vida, ¡vaya!, también eso había sido un cuento, también eso había sido una superstición. Se daba cuenta de que, inevitablemente, el resto de su vida tendría que enfrentarse con las consecuencias de sus actos. Clavado sobre una cruz, con los clavos de hierro de su propia cobardía. No tenía lágrimas, no quería contarse más cuentos. El asco que sentía hacia sí mismo era tal que incluso todo el proceso de mitología apologética había cesado. Se sentía como un hombre que hubiera sido derribado de una columna, que tuviera rotos todos los huesos. Se tumbó allí, asumió los hechos, ni siquiera intentó levantarse.

Empezaba a amanecer al otro lado de la isla, el cielo brillaba, las nubes se habían teñido de espléndidos colores, las sombras de la noche se habían evaporado. De repente, Herrick se dio cuenta de que el atolón y los árboles se

habían vuelto a poner su radiante uniforme; vio, a bordo de la Farallone, que Davis apagaba el farol, que empezaba a salir humo de la cocina.

Davis, sin ninguna duda, había reconocido a la figura de la playa; o quizá dudaba, porque, después de haber estado mirando durante largo rato haciéndose sombra sobre los ojos con la mano, se metió en el camarote y cogió los prismáticos. Eran muy buenos, Herrick los había usado con frecuencia. Con un instinto de vergüenza ocultó la cara entre las manos.

—¿Qué lo trae por aquí, Mr. Herrick-Hay o Mr. Hay-Herrick? —preguntó Attwater—. La vista de su espalda desde mi posición actual es realmente buena, yo que usted me quedaría quieto. Nos podemos llevar bien así, tal y como estamos, porque si usted se diese la vuelta, ¿sabe?, creo que eso sería desagradable.

Herrick empezó a levantarse lentamente; le latía con fuerza el corazón, se apoderó de él un repugnante nerviosismo, pero supo controlarse. Se dio la vuelta despacio, se enfrentó con Attwater y con la boca de un rifle que lo apuntaba. «¿Por qué no pude hacerlo anoche?», se preguntó.

—Bien, ¿por qué no dispara? —dijo con voz alta y temblorosa.

Attwater, lentamente, puso el arma bajo el brazo, después se metió las manos en los bolsillos.

—¿Qué lo trae por aquí? —repitió.

—No lo sé —dijo Herrick, diciendo después con una exclamación—: ¡Algo querrá hacer conmigo!

—¿Está usted armado? —dijo Attwater—. Lo pregunto por preguntar.

—¿Armado? ¡No! —dijo Herrick—. ¡Ah, sí, sí que lo estoy!

Arrojó a la playa una pistola empapada.

—Está mojado —dijo Attwater.

—Sí, estoy mojado —dijo Herrick—. ¡Algo querrá hacer conmigo!

Attwater leyó su rostro con mucha atención.

—Eso dependerá en buena medida de lo que usted sea —dijo.

—¿Qué soy? ¡Un cobarde! —dijo Herrick.

—Poco puede hacerse con eso —dijo Attwater—; sin embargo, cualquiera diría que es una descripción muy buena.

—Y ¿qué? —exclamó Herrick—. Es lo que soy. Platos rotos, un tambor reventado; toda mi vida se ha ido al agua; no me queda nada en qué creer, excepto en el más intenso horror de mí mismo. ¿Por qué he vuelto a usted? No

lo sé; usted es frío, cruel, odioso; le odio o creo que le odio. Pero es usted honrado, un caballero. Me entrego, completamente inerme, a usted. ¿Qué tengo que hacer? Si no puedo hacer nada, sea piadoso y atraviéseme con una bala, ¡sólo soy un cachorrillo con una pata rota!

—Si yo fuera usted recogería esa pistola, vendría a casa y me pondría ropa seca —dijo Attwater.

—¿Lo dice en serio? —dijo Herrick—. Usted sabe que ellos…, que nosotros…, que ellos…, supongo que lo sabe todo.

—Sé bastante, sí —dijo Attwater—. Venga a casa.

El capitán, desde la cubierta de la Farallone, vio cómo los dos hombres se internaban en la sombra de la arboleda.

David y Goliat

La cegadora luz del día mostraba un ovillo humano: piernas encogidas, cara contra la camareta; era Huish. Los frágiles miembros cubiertos por la fina vestimenta tropical apenas ocultaban unos huesos que parecían los de un pajarillo. Davis, sentado sobre la borda, agarrado a un estay, lo contemplaba con pesar, se preguntaba qué clase de consejo podría ofrecer semejante insignificancia. Desde que Herrick hubo desertado, desde que se pasó al campo enemigo, Huish era lo único humano que le quedaba, el único ayudante y oráculo.

Reflexionó sobre la situación con el corazón desfallecido. Se hallaba en un barco robado, las provisiones, bien por el descuido inicial, bien por la mala administración durante el viaje, eran insuficientes para poder llegar a cualquier puerto, sólo podían regresar a Papeete; allí, el justo castigo los esperaba en forma de gendarme, de juez con sombrero extraño, de horror en la lejana Noumea. Por esa parte no había ningún atisbo de esperanza. Aquí, en la isla, el dragón había despertado; Attwater con los hombres y los Winchesters vigilaban y hacían la guardia en la casa, ¡ay del que se atreviese a acercarse! ¿Qué les quedaba, pues, sino sentarse allí sin hacer nada, paseando por cubierta hasta que llegase el Trinity Hall y los esposaran, o hasta que la comida se terminase y comenzasen a pasar hambre? Davis estaba preparado para lo del Trinity Hall; haría una barricada en la camareta, moriría allí mismo, como una rata en su agujero. Pero ¿lo otro? El viaje de la Farallone, que tanto prometía, en el que él había puesto tanto interés solamente dos semanas antes, ¿podría ser esta pesadilla su conclusión? ¿Se pudriría el barco allí fondeado? ¿Se acercaría a rastras la tripulación para agonizar junto a los imbornales?

Antes que semejante certidumbre, cualquier peligro sería preferible. Casi sería preferible levar anclas y probar suerte, y quizá morir a manos de los caníbales en cualquiera de las menos conocidas Pomotu. Exploraba con la mirada, con todo cuidado, cielo y mar, buscando algún indicio de viento, pero las fuentes de los alisios estaban secas. Por donde ayer o unas semanas antes corría una bulliciosa corriente azul que transportaba nubes, reinaba ahora el silencio; la atmósfera permanecía inmóvil. En la inacabable cinta de la isla que se desplegaba a uno y otro lado, cubierta de palmeras plateadas, verdes y doradas, no se movía ni siquiera la más leve brizna; las palmeras contemplaban sus quietas imágenes en la laguna del atolón, como si fueran de metal. La larga cinta comenzaba a reverberar bajo el sol. No había escapatoria posible ese día, ni probablemente al día siguiente. ¡Pero las provisiones seguían consumiéndose!

Entonces inundó a Davis, desde lo más profundo de su ser, o, al menos, desde algún punto lejano entre los recuerdos de su infancia e inocencia, una ola de superstición. Esta racha de mala suerte era algo sobrenatural, incluso en los juegos de azar interviene la suerte; parecía como si el diablo hubiera repartido las cartas. ¿El diablo? Volvió a oír con claridad la campana de Attwater, que sonaba en medio de la noche, lejos, que se extinguía. Pero ¿si Dios…?

Pensó en otra cosa al momento. Attwater, ése era el problema. Attwater tenía comida y un tesoro: representaba la comida en el presente, la riqueza futura. Tendrían que enfrentarse con Attwater, debía morir. Enrojeció de vergüenza al recordar lo impotente que se había sentido la noche anterior, los despectivos comentarios que tuvo que sufrir en silencio. La ira, la vergüenza, el amor a la vida, todo apuntaba en una dirección, el problema era cómo. ¿Cómo llegar hasta él?, ¿tendría fuerza suficiente?, ¿lo ayudaría este desdichado puñado de huesos apoyado en la camareta?

Lo miraba con rara curiosidad, como si pudiera leer su alma; en ese momento, el durmiente se movió con una ligera inquietud, se dio la vuelta de repente, abrió los ojos y se le quedó mirando. Davis mantuvo la misma mirada lúgubre, Huish apartó la vista, se sentó.

—¡Dios mío, qué dolor de cabeza tengo! —dijo—. Creo que anoche bebí de más. ¿Dónde está el llorón de Herrick?

—Se ha ido —dijo el capitán.

—¿A tierra? —exclamó Huish—. ¡Vaya!, también a mí me gustaría ir.

—Le gustaría, ¿no? —dijo el capitán.

—Sí, me gustaría —contestó Huish—. Me gusta ese Attwater. Es un tipo estupendo, nos llevamos la mar de bien en cuanto ustedes se fueron. ¿No

tenemos aquí su vino? ¡Es como el amontillado de Spiers y Pond! Me gustaría tomarme un trago —suspiró.

—Pues no va a volver a tomar más, eso para empezar —dijo Davis con seriedad.

—¿Qué es lo que le pasa, Davis? ¿Resaca? Pues yo no estoy de mal humor —dijo Huish—; estoy contento como un canario.

—Sí —dijo Davis—, está usted contento, ya lo veo, también lo estaba anoche, creo, lo demostró pero que muy bien.

—¿Cómo? —dijo Huish—, ¿qué?, ¿de qué demostración me habla?

—Bien, se lo diré —dijo el capitán bajándose lentamente de la borda.

Lo hizo, con pelos y señales, le refirió y subrayó cada uno de los insultos; su vanidad y la de Huish estaban en juego, torturó ambas a conciencia; mientras hablaba causaba y sufría agonías de humillación. Fue la obra maestra de sarcasmo de un hombre sin pretensiones.

—¿Qué le parece? —dijo cuando hubo terminado; se quedó mirando a Huish azorado, serio, pero todavía desafiante.

—Le diré lo que pienso —respondió—, hicimos el ridículo.

—Por supuesto —dijo Davis—, ¡Dios qué ridículo hicimos! Me gustaría ver a ese hombre de rodillas ante mí.

—¡Ah! —dijo Huish—, pero ¿cómo lo conseguiremos?

—¡Ése es el problema! —exclamó Davis—. ¡Cómo hacernos con él! Son cuatro contra dos, aunque sólo hay uno que cuente, Attwater. Metámosle una bala a Attwater, los demás saldrán corriendo y cacareando como gallinas asustadas; el bueno de Herrick vendrá con el sombrero en la mano para que le demos su parte de las perlas. ¡El problema es cómo coger a Attwater! Ni siquiera podemos acercarnos, nos cazaría como a perros si nos acercáramos en la barca.

—¿Tiene algún interés especial en cogerlo vivo o muerto? —preguntó Huish.

—Lo quiero muerto —dijo el capitán.

—¡Bien! —dijo Huish—, entonces creo que me prepararé algo para desayunar.

Se dirigió a la camareta.

El capitán lo siguió.

—¿Qué ha dicho? —preguntó—. ¿Qué idea ha tenido?

—Déjeme en paz, ¿vale? —dijo Huish mientras abría una botella de champán—. Oirá mis planes pronto. Espere a que me calme la resaca con una copa de champán —se bebió el vaso y fingió escuchar—. ¡Escuche! —dijo—, escúchelo burbujear. Como el jamón al freír. Sírvase un vaso y verá qué amable se vuelve.

—¡No! —dijo el capitán con énfasis—; ¡no, de ninguna manera! Hay que trabajar.

—Usted paga y usted elige, amigo —respondió Huish—. Me parece una vergüenza estropear el desayuno por algo que ya es historia.

Se bebió las tres cuartas partes de una botella de champán, mordisqueó una galleta, muy despacio; el capitán estaba sentado enfrente, esperando como un caballo que tascara el freno con impaciencia. Huish apoyó los brazos sobre la mesa, se quedó mirando a Davis.

—¡Cuando quiera! —dijo.

—Ahora mismo, ¿cuál es la idea? —dijo Davis con un suspiro.

—Juego limpio, ¿eh? —dijo Huish—. ¿Dígame primero cuál es la suya?

—El problema es que no tengo ninguna —contestó Davis; estuvo divagando un buen rato, una conversación absurda, acerca de los problemas con los que se enfrentaban, se dio razones perfectamente superfluas sobre su propio fracaso.

—¿Ya? —dijo Huish.

—Ya me callo —respondió Davis.

—Bueno, entonces —dijo Huish—, deme la mano y diga: «Que me parta un rayo si no ayudo a este hombre».

Apenas subió el tono de voz, pero su interlocutor se interesó vivamente. La cara parecía la representación de la astucia, el capitán retrocedió como para evitar un golpe.

—¿Para qué? —dijo.

—Vaya —dijo Huish—. Exijo garantías.

Continuaba con la mano extendida.

—No veo a qué viene esta payasada —dijo el otro.

—Yo sí —respondió Huish—. Deme la mano, diga las palabras y oirá mi plan. No lo haga, y no lo oirá.

El capitán obedeció; respiraba de forma entrecortada y miraba al empleado con angustia. No sabía qué temer, pero le daba miedo lo que pudiera salir de

aquellos labios pálidos.

—Ahora, si me permite un segundo —dijo Huish—, iré a buscar a la criatura.

—¿La criatura? —dijo Davis—. ¿A qué se refiere?

—Es frágil. Hay que tratarla con cuidado —respondió el empleado con un guiño, y desapareció.

Volvió sonriéndose, traía en la mano un pañuelo de seda. Largas arrugas de perplejidad cubrieron la frente de Davis cuando lo vio. ¿Qué podría contener? No podía pensar en nada más raro que un revólver.

Huish volvió a sentarse en el mismo sitio.

—Ahora —dijo—, ¿se considera usted lo bastante hombre como para hacerse cargo de Herrick?, porque de Attwater me encargo yo.

—¿Cómo? —exclamó Davis—. ¡No podrá!

—¡Tranquilo! —dijo el empleado—. Deme tiempo. ¿Cuál es el primer obstáculo? El primer obstáculo es que no podemos llegar a la orilla, le diré cómo salvarlo. ¿Qué le parece una bandera blanca? ¿Cree que valdrá el truco, o Attwater nos achicharrará como perros en la barca?

—No —dijo Davis—, no creo que lo hiciese.

—Tampoco yo lo creo —dijo Huish—; no creo que lo hiciese; ¡estoy seguro de que no lo hará, espero! Entonces, ya puede decirse que estamos en la orilla. Lo siguiente es conseguir acercarse al gerente. Para eso tendrá que escribir usted una carta en la que diga que le da vergüenza presentarse ante él, que el portador, Mr. J. L. Huish, está autorizado para representarlo. Armado con lo que, a simple vista, es un recurso muy sencillo, Mr. J. L. Huish comenzará a negociar.

Hizo una pausa como si hubiese terminado, pero aún seguía mirando a Davis.

—¿Cómo? —dijo Davis—. ¿Por qué?

—Bueno, verá, usted es muy grande —contestó Huish—; él sabe que usted tiene un arma en el bolsillo, cualquiera podría darse cuenta enseguida de que no dudaría en utilizarla. Por tanto, no puede ir, usted queda fuera de juego, Davis. Pero él no se asustará de mí, ¡soy tan poca cosa! Estoy desarmado, ninguna duda sobre eso, mantendré las manos bien arriba —se calló—. Si puedo acercarme con cuidado a él mientras hablamos —prosiguió—, usted podría decir que voy en son de paz. Si no me deja, nos vamos y no ha pasado nada. ¿Comprendido?

La cara del capitán estaba distorsionada por el tremendo esfuerzo que le suponía el intentar comprenderle.

—No, no comprendo —exclamó—; no puedo entenderlo. ¿Qué quiere decir?

—¡Quiero decir que acabaré con la bestia! —exclamó Huish con un estallido de triunfo amargo—. Haré que ese matón se coma la hierba. Quiero acabar con él y con sus bromas; entonces seré yo quien se burle de él, ¡ésa sí que será una buena broma!

—¿Cuál? —dijo el capitán, casi con un susurro.

—¿Está seguro de que quiere saberlo? —preguntó Huish.

Davis se puso de pie y se fue hacia la camareta.

—Sí, quiero saberlo —dijo con un último esfuerzo.

—Cuando estás acorralado, haces cualquier cosa, ¿no? —empezó el empleado—. A eso me refiero, porque sé que a la gente no le gusta, se considera tremendamente vulgar —desdobló el pañuelo y mostró un frasco de cuatro onzas—. Vitriolo, eso es —dijo.

El capitán lo miró fijamente con la cara pálida.

—¡Esto es! —Seguía mostrándolo—. Quema hasta los huesos; ¡podrá ver el humo como si fuera el fuego del infierno! Una sola gota sobre sus malditos ojos y ¡qué pena Attwater!

—¡No, no, por Dios! —exclamó el capitán.

—Vamos, no sea miedica —dijo Huish—, ésta es mi fiesta, ¿no? Yo sí que puedo acercarme a ese hombre así, por las buenas. Él mide casi dos metros; yo, apenas algo más de metro y medio. Además, tiene un rifle en sus manos, está alerta, no es un novato. ¡Somos David y Goliat, de veras! Si le mandase acercarse y enfrentarse con él, entonces lo entendería. Pero no le he mandado eso. Sólo le pido que permanezca allí y entretenga a los negros. Todo parecerá bastante natural; ya lo verá, ¡nada más! Podrá verlo correr y aullar como un perro…

—¡No! —dijo Davis—. ¡No diga eso!

—¡Es usted un aguafiestas! —exclamó Huish—. ¿Qué es lo que quiere? Quería matarlo, anoche lo intentó. ¡Quería matarlos a todos, lo intentó; ahora le enseño cómo hacerlo, y sólo porque hay un frasco con una medicina, se pone hecho una furia!

—Quizá tenga razón —dijo Davis—. Pero es que no me parece bien, sólo es eso.

—La aplicación de la ciencia, supongo —dijo Huish con desprecio.

—No sé qué es —exclamó Davis, paseando por la cubierta—, ¡pero es algo! Me niego a hacerlo. No puedo mancharme las manos con un acto tan cruel. ¡Es demasiado repugnante!

—Supongo que lo que le gusta —dijo Huish— es cuando tiene la pistola, unas cuantas balas, y esparce los sesos de un hombre por todas partes, sobre gustos no hay nada escrito.

—No digo nada —dijo Davis—, es algo de aquí, dentro de mí. Es tontería, simplemente una pura tontería. No lo discuto, simplemente me niego a hacerlo. ¿No hay ninguna otra posibilidad?

—Búsquela usted mismo —dijo Huish—. No estoy casado con esto, si es que acaso cree que lo estoy; no soy ambicioso; tampoco quiero mandar; lo ofrezco, eso es todo, ¡si usted no puede enseñarme algo mejor, entonces lo hago!

—¡Hay riesgos! —exclamó Davis.

—Si me preguntase, le diría que las apuestas están siete a uno, pero no hay apostantes —dijo Huish—. Yo soy el cebo, eso es lo que soy.

El capitán se quedó mirándolo. Huish seguía allí sentado, pavoneándose con su macabra vanidad, jactándose de su refinada maldad; su valor y decisión resplandecían en él como una luz en un fanal. Davis sintió interés y cierto respeto hacia él, en contra de su voluntad. Hasta ese momento, el gruñón empleado se había mostrado apático, desinteresado, no dejaba de quejarse abiertamente si tenía que hacer cualquier cosa; ahora, como encantado por una varita mágica, allí estaba, sentado, decidido, con el rostro radiante. Se había animado, pensó, se preguntó: «¿Quién lo controlará ahora?»; se estremeció.

—Mírelo como quiera —continuó Huish—. ¡No tengo miedo! No me asusta Attwater ni me asusta usted, tampoco me asustan las palabras. Usted quiere matar a alguien, de acuerdo; pero quiere hacerlo con mucho cuidado, para no hacer daño a nadie, pero eso es imposible. El asesinato no es nada fino, no es fácil, no es seguro, hace falta un hombre que lo haga. Aquí está ese hombre.

—¡Huish! —exclamó el capitán con energía; se calló, se quedó mirándolo fijamente con las cejas arqueadas.

—¡Bien, continúe! —dijo Huish—. ¿Tiene otra idea mejor? ¿Hay algo mejor?

El capitán siguió callado.

—¡Ya lo ve! —dijo Huish, encogiéndose de hombros.

Davis volvió otra vez a su rápido paseo.

—Puede quedarse de centinela todo lo que quiera, no hay más salidas —dijo Huish.

Se quedaron callados un momento; el capitán, como si le hubiesen dado un golpe, confundido, dudaba entre rechazar la idea o seguir pensando.

—Pero veamos —dijo, parándose de repente—. ¿Podría…? ¿Podría hacerse? No…, no es tan fácil.

—Si consigo ponerme a veinte pies de distancia de él, sí que puedo, si usted está atento… —dijo Huish con tono de rotunda certeza.

—¿Cómo lo sabe? —estalló el capitán con un grito ahogado—. ¡Es usted un animal, usted ya lo ha hecho antes, estoy seguro!

—Eso es asunto mío —contestó Huish—, no soy persona de muchas palabras.

Se adueñó del capitán un sentimiento de asco, casi llegó a salir un grito de sus labios; de haberlo proferido, habría atacado a Huish, lo habría derribado, habría limpiado el suelo del camarote con él, en un acceso de ira que era casi una reacción moral. Pero pasó el momento, la frustrada crisis lo dejó más débil. La tentación era muy grande; por una parte: perlas; hambre y vergüenza, por la otra. ¡Diez años de perlas! Su imaginación las tradujo en una nueva y gloriosa existencia para Davis y su familia. El lugar para esta nueva vida debía ser Londres; había buenas razones contra Portland, Maine; las imágenes que le llegaban eran de costumbres inglesas. Vio a sus hijos en la fila del colegio, con el uniforme, un profesor los atendía y leía un gran libro mientras caminaba. Se había instalado en una hermosa casa, con el nombre en la puerta de entrada, Rosemore. Él estaba sentado en un sillón en el jardín, fumando un cigarro, con un cordón azul en el ojal, vencedor de sí mismo, de las circunstancias, de la maldad de los banqueros. Vio el salón, con cortinas rojas y conchas en la repisa; con la curiosa incongruencia de los sueños, se preparó el aguardiente en la mesa de caoba sin entrar en la casa. Entonces, la Farallone volvió a hacer uno de esos movimientos inútiles e incalificables que (incluso en un barco anclado en la más completa calma) le recuerda a uno la movilidad de los fluidos; volvió de nuevo bajo la cubierta de la camareta; la implacable luz del día bañaba todo, iluminaba todos los resquicios; el empleado, con actitud despreocupada, esperaba la decisión.

Empezó a caminar de nuevo. Anheló, como un caballo sediento de agua, el cumplimiento de los sueños; se encendió en su interior la codicia por estas cosas. El único obstáculo era Attwater, que lo había insultado desde el primer momento. Quería compartir con Herrick las perlas, insistía en eso; Huish se oponía, pero acabó con la oposición; se alabó a sí mismo. Él, después de todo,

no era quien iba a usar el vitriolo; ¿acaso era él el guardián de Huish? ¡Qué pena haber preguntado, pero, después de todo…! Vio a los chicos otra vez en la fila del colegio, con los uniformes que en otro tiempo él había considerado tan finos… A la vez se le vino a la mente la desagradable vergüenza de la noche anterior.

—¡Haga lo que le dé la gana! —dijo con voz ronca.

—Sabía que aceptaría —dijo Huish—. Ahora, la carta. Hay papel, pluma y tinta. Siéntese, yo le dictaré. El capitán se sentó, cogió la pluma, miró durante un momento con impotencia el papel, después miró a Huish. Algo había cambiado, había algo borroso en su mirada.

—Es un asunto terrible —dijo con un movimiento espasmódico de los hombros.

—Es un buen comienzo, no lo dude —dijo Huish—. Coja tinta. Veamos: Sir William John Attwater —dictó.

—¿Cómo sabe que se llama William John? —preguntó Davis.

—Lo vi en una maleta —dijo Huish—. ¿Lo tiene ya?

—No —dijo Davis—. Una cosa más. ¿Qué vamos a escribir?

—¡Por Dios! —exclamó Huish desesperado—. ¿Qué clase de hombre es usted? Voy a decirle yo qué es lo que tiene que escribir, ¡es mi tarea!, ¡si usted fuese tan amable de escribirlo de una maldita vez! Sir William John Attwater —repitió. Por fin el capitán empezó a mover la pluma casi mecánicamente; el dictado continuó:

Me dirijo a usted con sentimientos de profunda vergüenza y culpabilidad después de los hechos humillantes de la pasada noche. Mr. Herrick ha abandonado el barco y, con toda seguridad, le habrá hablado a usted sobre la naturaleza de nuestras intenciones. No hace falta decir que no podrán cumplirse: el Destino está en contra de nosotros, hemos tenido que doblegarnos ante él. Consciente como soy de la desconfianza que puedo suscitar, no me atrevo a solicitar el favor de entrevistarme con usted; pero, para poner fin a esta situación tan penosa para todos, he delegado en mi amigo y compañero, Mr. J.L. Huish para que le manifieste unas propuestas que, por su moderación, confío en que sean dignas de recibir su atención. Mr. J.L. Huish está desarmado, ¡lo juro por Dios!, mantendrá las manos por encima de la cabeza en todo momento, desde que se acerque a usted. Su fiel servidor, John Davis.

Huish leyó la carta con la inocente alegría del aficionado, se rio con emoción, volvió a abrirla más de una vez después de cerrada para sentir de nuevo el mismo placer; Davis, entre tanto, seguía sentado, inmóvil, con gesto

de preocupación.

De repente, se levantó, parecía dudar.

—¡No! —exclamó—. ¡No, no puede ser! Es demasiado; es una traición. Dios no nos perdonará.

—¿Para qué quiere a Dios? —contestó Huish con voz chillona y con furia—. Usted ya se condenó hace años con lo del Sea Ranger, usted mismo lo dijo. Por lo tanto, da igual que se le condene por algo más, y cierre el pico de una vez.

El capitán lo miró con lágrimas en los ojos.

—¡No! —suplicó—, ¡no, compañero! ¡No lo haga!

—Le doy un ultimátum —dijo Huish—. Vaya o quédese donde está; no me importa; yo voy a ver a ese hombre, voy a arrojarle el vitriolo a los ojos. Si usted se queda, iré yo solo; probablemente los negros me den un golpe en la cabeza, pero usted no saldrá ganando mucho. Sin embargo, no volveré a escuchar ninguna de sus quejas y estupideces, téngalo por seguro.

El capitán lo aceptó con un nudo en la garganta. La memoria, con voz fantasmal, le repetía al oído algo similar, algo que él mismo le había dicho a Herrick en una ocasión, pero parecía como si hubiera sido hacía años.

—Venga, deme la pistola —dijo Huish—. Tengo que prepararlo todo. Seis balas, procure no malgastarlas.

El capitán, como si estuviera viviendo una pesadilla, puso el revólver sobre la mesa; Huish limpió los cartuchos, engrasó el mecanismo.

Era ya casi mediodía, no corría ni una pizca de viento, el calor apenas se podía soportar, cuando los dos hombres subieron a cubierta, prepararon la barca, uno tras otro entraron en la cámara de la barca. Pusieron en el extremo de un remo una camisa blanca como bandera; los hombres, siguiendo instrucciones, para que los vieran con claridad, remaban lentamente. La isla aparecía incandescente ante ellos; sobre la superficie de la laguna del atolón, cegadores rayos de sol como monedas de cobre no más grandes que una moneda de seis peniques bailaban y apuñalaban los ojos; una luz deslumbrante se desprendía de la tierra, del mar, incluso del barco; como sólo podían mirar a lo lejos con los ojos entrecerrados, el exceso de luz parecía haberse transformado en una siniestra oscuridad que podría compararse con la de una nube de tormenta antes de descargarse.

El capitán había aceptado la tarea por una docena de motivos, el último de los cuales era el deseo del éxito. La superstición gobierna a todos los hombres, a los ignorantes y a los de naturaleza grosera, como Davis, los gobierna por entero. Podría asesinar, pero el horror de la medicina del frasco iba más allá de

lo que él podía soportar, sentía cómo los últimos lazos que lo unían a Dios comenzaban a romperse. El barco lo llevaba hacia la reprobación, hacia la perdición; sufría al ser transportado bajo una suerte de pasivo consentimiento, decía adiós a la bondad que hubo en él, a las últimas esperanzas.

Huish estaba sentado a su lado, estaba animado, aunque no era completamente sincero. Quizá jamás haya habido otro hombre tan valiente, valiente como una comadreja; hablaba para hacer público su propio valor, tenía que representar su papel de forma histriónica, debía sobrepasar incluso a Herodes, insultar lo más respetable, desafiar a lo más terrible, como en una desesperada apuesta contra sí mismo.

—¡Dios mío, qué calor! —dijo—. Hace un calor espantoso. ¡Bonito día para ser ahorcado! Quiero decir, debe de ser la mar de raro que te maten en un día así. Preferiría una mañana fría y con escarcha, ¿no le parece? —cantando—: «Una mañana fría, de escarcha vinimos junto a la zarza» —hablando—: palabra de honor que hacía diez años que no me acordaba de esto; solía cantarlo en la escuela, en Hackney, se llamaba Hackney Wick —cantando—: «cómo trabaja, cómo trabaja, cómo trabaja el obrero».

—Menudas tonterías. ¿Qué le preocupa? ¿Le gusta más lo del té o preferirá los placeres del golf?

—¡Cállese! —dijo el capitán.

—No, si no quiero saberlo —dijo Huish—. Es por razones de índole práctica, amigo; pueden matarnos antes de diez minutos, uno boca arriba y otro boca abajo. Menuda suerte si al otro lado apareciera usted sonriendo y allí lo esperase un ángel con su botella de brandy bajo el ala. Usted le diría: «Acérquese, me gusta eso».

El capitán refunfuñó. Mientras Huish presumía de valiente, el hombre junto a él rezaba. Rezar, ¿para qué? Sólo Dios lo sabe. Pero de su conciencia contradictoria, ilógica y perturbada, brotaba un torrente de súplicas, tan confusas como él mismo, tan solemnes como el juicio y la muerte.

—¡Señor, tú puedes verme! —continuó Huish—. Recuerdo que eso estaba escrito en mi Biblia. También me acuerdo de la Biblia, de Abinadab y los demás. ¡Dios —dijo señalando el meridiano—, verás muy pronto a un bebedor de ron, te lo prometo!

El capitán se enfureció.

—¡No voy a consentir que se blasfeme en mi barco! —exclamó.

—De acuerdo, capitán —dijo Huish—. Todo sea por complacerle. Cualquier tema que usted quiera sugerir: el pluviómetro, los pararrayos, Shakespeare, instrumentos musicales de vidrio…, los tenemos todos a mano.

Ponga una moneda en la ranura… ¡eh!, ¡ahí están! —exclamó—. ¡Ahora o nunca! ¿Disparará?

El hombrecillo se enderezó y se colocó con valentía en posición de alerta; miraba fijamente al enemigo.

El capitán, apenas erguido, miraba con asombro.

—¿Qué es eso? —exclamó.

—¿Qué es qué? —dijo Huish.

—Esas malditas cosas —dijo el capitán.

En efecto, había algo extraño. Herrick y Attwater, los dos armados con Winchesters, habían salido desde una arboleda justo detrás del mascarón; el sol se reflejaba sobre algo metálico, que ocupaba el lugar que en los seres humanos está reservado para la cabeza, pero se movían como hombres, eran cabezas sin rostro. Para Davis, entre el viento y el agua, su mitología parecía haber cobrado vida, Tofet parecía vomitar demonios. Sin embargo, Huish no se dejó desconcertar ni un momento.

—Cascos de buzo, tonto. ¿No lo ve? —dijo.

—Es verdad —dijo Davis con un suspiro—, pero ¿por qué? Ah, ya entiendo, para protegerse.

—¿Qué le dije? —dijo Huish—. Como David y Goliat. Los dos indígenas (eran ellos los que llevaban la extraña indumentaria de guerra) se pusieron a derecha e izquierda, se colocaron a la sombra, en los extremos de la posición. Incluso ahora que ya se había desvelado el misterio, Davis estaba, a decir verdad, preocupado, miraba fijamente el resplandeciente penacho de los cascos, se le olvidó, volvió a recordar la explicación, se sonrió.

Attwater se retiró de nuevo a la arboleda; Herrick, el arma bajo el brazo, se acercó solo al embarcadero. A medio camino se paró, saludó al barco.

—¿Qué quieren? —exclamó.

—Se lo diré a Mr. Attwater —contestó Huish avanzando con decisión por la escalera—. No se lo diré a usted, usted juega sucio, es una serpiente rastrera. Tenga una carta para él, ¡cójala, désela y que lo cuelguen!

—Davis, ¿es cierto esto? —dijo Herrick.

Davis levantó la barbilla, lanzó una mirada rápida a Herrick, apartó la mirada; se mantuvo callado. La mirada estaba cargada de profunda emoción, pero Herrick no pudo adivinar si era de odio o de miedo.

—Bien —dijo—, le daré la carta.

Hizo una señal con el pie en el tablón del pasillo del embarcadero.

—No pasen de esta señal hasta que traiga la respuesta.

Regresó hasta donde estaba Attwater apoyado en un árbol, le dio la carta. Attwater le echó un vistazo.

—¿Qué quiere decir esto? —preguntó, devolviéndosela a Herrick—. ¿Un truco?

—¡Supongo! —dijo Herrick.

—Dígale que venga —dijo Attwater—. No es uno fatalista sin motivo. Dígale que se acerque con cuidado.

Herrick se dirigió de nuevo hacia el mascarón. A medio camino del embarcadero esperaba el empleado, a su lado estaba Davis.

—Venga Huish —dijo Herrick—. Le ordena que vaya con cuidado, sin trucos.

Huish echó a andar rápidamente por el embarcadero, hasta que estuvo cara a cara con el joven.

—¿Dónde está? —dijo; para sorpresa de Herrick, la cara vulgar e insignificante que tenía ante él se sonrojó de repente, volvió a palidecer.

—Por ahí —dijo Herrick, señalando—. Ahora, las manos sobre la cabeza.

El empleado se dio la vuelta y se dirigió hacia el mascarón como si fuese a dirigirle sus plegarias; suspiró con fuerza, levantó los brazos. Al igual que otros hombres que compartían su desgraciado físico, las manos de Huish eran desmesuradamente largas y anchas; las palmas, en especial, eran enormes; un frasco de cuatro onzas no era nada para ese espacioso puño. Enseguida echó a andar lentamente para cumplir su misión.

Herrick lo siguió al principio. Después, un ruido a sus espaldas lo sobresaltó, se dio la vuelta, vio que Davis había llegado ya hasta el mascarón. Venía agachado y con la boca abierta, al igual que el hipnotizado sigue al hipnotizador; toda consideración humana e, incluso, la preocupación por la propia vida se consumían en una abominable y ardiente curiosidad.

—¡Alto! —gritó Herrick, cubriéndole con su rifle—. Davis, ¿qué está haciendo? Usted no viene.

Davis se paró instintivamente, le dirigió la tenebrosa vacuidad de su mirada.

—Póngase de espaldas al mascarón, ¿me ha oído? ¡Ahora! —dijo Herrick.

El capitán contuvo la respiración, se colocó contra el mascarón, al

momento siguió con la mirada a Huish.

Había una hondonada de arena en esa parte, un claro entre los cocoteros dejaba pasar la deslumbrante luz de sol. En el otro extremo, a la sombra, se podía ver la figura de Attwater apoyado en un árbol; hacia él, con las manos sobre la cabeza, se dirigía el empleado con paso torpe debido a la arena. El brillo del lugar resaltaba la baja estatura del hombre; no sería menos milagroso su empeño que si un cachorro pretendiera asaltar una fortaleza.

—Ahí, Mr. Whish. Ahí está bien —exclamó Attwater—. A esa distancia, con las manos arriba, sea buen chico; puede ponerme desde ahí al día respecto de las intenciones del capitán.

La distancia entre los dos era de, unos cuarenta pies aproximadamente, Huish la midió a ojo, se tragó una maldición.

Estaba angustiado por el esfuerzo de caminar sobre la resbaladiza arena, le dolían los brazos por la posición en que los tenía. Tenía preparado el frasco en la mano derecha, el corazón le latía con fuerza; con voz entrecortada empezó a hablar.

—Mr. Attwater —dijo—, no sé si usted habrá tenido madre…

—Para que no se agote mucho pensando, sí, la tuve —respondió Attwater —, pero de ahora en adelante, si me autoriza a sugerirlo, no es necesario que volvamos a hablar de ella durante esta conversación. Quizá debería decirle que no soy proclive a la sensiblería.

—Lo siento, señor, si me he entrometido en sus sentimientos —dijo el empleado, agachándose y avanzando un paso más—. Al menos, señor, nunca dije que no fuera usted un perfecto caballero; sé reconocer a un caballero en cuanto lo veo; como tal, no tengo la menor duda en entregarme a su compasiva consideración. Es duro, desde luego, es duro tener que rebajarse a esto, tener que venir a pedirle piedad.

—Cuando, si las cosas hubieran ido bien, todo el lugar podría ser suyo, ¿no? —sugirió Attwater—. Comprendo perfectamente sus sentimientos.

—Me está juzgando, Mr. Attwater —dijo el empleado—, ¡pero sólo Dios sabe cuán injustamente! Señor, tú puedes verme, era la frase que tenía en mi Biblia, mi propio padre la escribió en la primera página del libro.

—Siento tener que pedirle perdón de nuevo —dijo Attwater—, pero me parece que se ha acercado usted demasiado, eso, como sabe, no está en el trato. Me atreveré a sugerir que retroceda uno, dos, tres pasos, que se quede ahí.

El diablo, ante esta inconcebible decepción, se asomó a la cara de Huish; Attwater fue rápido en darse cuenta. Frunció el ceño, se quedó mirando

fijamente al hombrecito, lo estudió con detenimiento. ¿Por qué se acercaba subrepticiamente? Al momento el arma estaba en el hombro.

—Haga el favor de abrir las manos. Abra las manos, déjeme ver los dedos, ¡perro, tire lo que tenga ahí! —vociferó; la ira y la confianza en lo que estaba diciendo crecían juntas.

A continuación, casi al mismo tiempo, el intrépido Huish decidió arrojarlo, Attwater apretó el gatillo. Apenas hubo un segundo de diferencia entre las dos decisiones, pero fue a favor del hombre del rifle; todavía no había salido el frasco de la mano del empleado, cuando la bala destrozó la mano y al empleado. En un abrir y cerrar de ojos, el desgraciado ya estaba en las agonías del infierno, bañado en llamas, convertido en un loco vociferante; después, una segunda bala, más piadosa, acabó con él.

Todo había empezado y terminado en un suspiro. Antes de que a Herrick le diese tiempo a reaccionar, antes de que Davis pudiera terminar de proferir su grito de espanto, el empleado yacía en el suelo conmocionado.

Attwater se acercó al cuerpo, se agachó y lo observó; puso su dedo sobre el vitriolo, su rostro palideció, a continuación se reflejó en él toda su ira.

Davis aún no se había movido; permanecía atónito de espaldas al mascarón, agarrado a él, tenía el torso avanzado.

Attwater se dio la vuelta lentamente, apuntó con el rifle.

—¡Davis! —gritó con voz como una trompeta—, ¡le doy sesenta segundos para que haga las paces con Dios!

Davis levantó la mirada, su mente pareció espabilarse. No pensó en defenderse, ni siquiera buscó la pistola. Se quedó quieto, estremecido, preparado para enfrentarse con la muerte.

—Creo que no voy a molestar al Viejo —dijo—, teniendo en cuenta la tarea en la que estaba metido creo que será mejor que no me dirija a él.

Attwater disparó; la víctima hizo un movimiento espasmódico; justo encima de la frente, un agujero negro manchó la blancura del mascarón. Hubo una pausa tenebrosa; se repitió el disparo, de nuevo el golpe y el ruido de la bala contra la madera; esta vez el capitán la había notado pasar rozando la mejilla. Un tercer disparo, empezó a sangrar por un oído; al otro lado del rifle que apuntaba, Attwater se sonreía como un piel roja.

Davis tenía ahora claro en qué consistía el cruel juego en el que él era el muñeco; tres veces había saboreado la muerte, debía saborearla siete veces más antes del final. Levantó la mano.

—¡Un momento! —exclamó—, aprovecharé los sesenta segundos.

—¡Bien! —dijo Attwater.

El capitán cerró los ojos con fuerza, como un niño, mantuvo las manos alzadas con gesto ridículo y trágico.

—Dios mío, por el amor de Cristo, cuida de mis dos hijos —dijo; después, una pausa y un titubeo—, por el amor de Cristo. Amén.

Abrió los ojos, miró al rifle con boca temblorosa.

—¡No me haga esperar tanto! —suplicó.

—¿Ésa es toda su oración? —preguntó Attwater con un tono raro de voz.

—Eso creo —dijo Davis.

—¿Sí? —dijo Attwater, apoyando la culata del rifle en el suelo—, ¿ya lo ha hecho? ¿Ya ha hecho las paces con el cielo? Porque conmigo sí. Váyase y no cometa más errores, padre pecador. Recuerde que cualquier cosa que haga a los demás, Dios la multiplicará por mil sobre los suyos.

El desdichado Davis se alejó tambaleándose del mascarón donde había estado apoyado, cayó de rodillas, movió las manos, se desmayó.

Cuando volvió en sí, tenía la cabeza apoyada en el brazo de Attwater; junto a él estaba uno de los hombres con el casco de buzo, llevaba un cubo de agua, con la cual, su anterior ejecutor le lavaba ahora la cara. El recuerdo de ese tenebroso momento volvió a resurgir en él; volvió a ver a Huish que yacía muerto, a sí mismo tambaleándose al borde de la insondable eternidad. Con mano temblorosa agarró al hombre al que había venido a matar; le estalló la voz como la de un niño que habla entre los delirios de la fiebre:

—¡Ay! ¿No hay misericordia? ¿Qué debo hacer para salvarme?

«¡Qué bien! —pensó Attwater—, he aquí un verdadero penitente».

Final

Un hermoso atardecer, caluroso, con fuerte viento, dos semanas después de los acontecimientos descritos, un mes después de que se subiera el telón de estos incidentes, pudo verse a un hombre que rezaba sobre la arena de la playa del atolón. Un grupo de palmeras lo separaba de las viviendas; desde el lugar donde estaba arrodillado, el único trabajo de la mano del hombre que interrumpía la extensión de agua era la goleta Farallone, en muy diferente fondeadero, anclada a unas dos millas a barlovento en medio de la laguna. El bullicio de los alisios resonaba con violencia por toda la isla; las palmeras más

cercanas silbaban y chocaban entre sí por causa del viento, las más lejanas hacían un ruido grave parecido al de las ciudades; aun así, a cualquier hombre que no hubiese estado tan absorto le habría llegado, entre el bullicio del viento, la aguda nota de la voz humana que procedía de las viviendas. Había una actividad intensa. Attwater, con el torso desnudo, echando una vigorosa mano, dirigía y animaba a cinco canacos; por la voz y los animados esfuerzos, podía deducir que algún grato imprevisto hacía que estuviesen ajetreados; la bandera británica ondeaba de nuevo al viento en el mástil. Pero el orador de la playa, totalmente ajeno a las voces, rezaba con vehemencia y fervor; el sonido de su voz aumentaba y disminuía una y otra vez, su rostro brillaba y se deformaba con continuos cambios de humor, a veces de piedad, otras de terror.

Ante los ojos cerrados el esquife había seguido rumbo hacia la distante y abandonada Farallone; pudo verse cómo la abordaba la figura de Herrick, cómo pasaba a la camareta, cómo se dirigía después al castillo de proa, para entrar finalmente por la escotilla mayor. Los movimientos eran seguidos por una densa nube de humo; apenas hubo regresado al esquife, cuando empezaba a separarse del navío, la goleta empezó a arder. Ardía con violencia, no había ahorrado queroseno, y el fuelle de los alisios avivó el fuego. A medio camino de vuelta, cuando Herrick miró hacia atrás, vio a la Farallone envuelta hasta los masteleros en llameantes lenguas de fuego, parecía que el humo lo persiguiera a lo largo de la superficie de la laguna. En una hora, calculó, las aguas se habrían cerrado sobre el barco robado.

Sucedió que la barca se dejaba llevar por la fuerza del viento, mientras él tenía la mirada fija en la estela, y mientras medía el progreso de las llamas; se halló de repente justo al norte del grupo de palmeras; fue entonces cuando vio la figura de Davis absorto en sus devociones. Lanzó una exclamación, por una parte de molestia, por otra de diversión: se puso al timón, dirigió la proa hacia la playa, a unos veinte pies del inconsciente devoto.

Cogió la boza, bajó a tierra, se acercó y se quedó de pie. Aun así, el fluir incoherente y voluptuoso de los rezos no cesaba. No le era posible entender las plegarias del orador, se quedó escuchando con un extraño sentimiento de buen humor y pena; fue solamente cuando oyó su nombre adornado de epítetos cuando puso la mano sobre el hombro del capitán.

—Siento interrumpir su actividad —dijo—, pero quiero que vea la Farallone.

El capitán se puso en pie con dificultad, jadeando, con la mirada absorta.

—Mr. Herrick, ¡no me sobresalte de esta forma! —dijo—. No estoy bien desde que… —se calló—. Pero ¿qué me estaba diciendo? Ah, la Farallone —miró a lo lejos con tristeza.

—Sí —dijo Herrick—. ¡Allí está ardiendo! Me imagino que sabrá lo que eso significa.

—La Trinity Hall, supongo —dijo el capitán.

—La misma —dijo Herrick—; fue avistada hace media hora, se dirige hacia aquí a toda velocidad.

—Bueno, tampoco me importa tanto —dijo el capitán, con un suspiro.

—¡Vamos, no sea desagradecido! —exclamó Herrick.

—Quizá usted no opine como yo, pero, la verdad, preferiría quedarme en la isla —contestó el capitán pensativo—. Aquí he hallado la paz, he encontrado la paz en la fe. Sí, creo que esta isla es lo bastante buena para John Davis.

—¡Nunca había oído otra tontería igual! —exclamó Herrick—. ¡Cómo! Con todo a su favor, la Farallone ha desaparecido, se ha despedido a toda la tripulación de forma satisfactoria, tiene algo seguro para su esposa y sus hijos, y usted, usted mismo, ¡resulta que es el favorito, el niño mimado arrepentido de Attwater!

—No, Mr. Herrick, no diga eso —dijo el capitán con amabilidad—; sabe muy bien que él no hace ninguna diferencia entre nosotros. Pero ¿por qué no puede ser usted uno de los nuestros?, ¿por qué no se encomienda a Jesús y conoce este maravilloso Paraíso? Es lo único que necesita, diga sencillamente: «Señor, creo, ayúdame a creer». Él lo acogerá en sus brazos. ¡Lo sé con absoluta certeza! ¡También yo he sido un pecador!

Freeditorial

¿Te gustó este libro?
Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es